



Un paseo
por las
HIGHLANDS

Ariadna Baker

*Un paseo
por las*
HIGHLANDS

Primera edición.
Un paseo por las Highlands
Ariadna Baker
©Diciembre, 2019.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



No me lo podía creer. Alexandra me lo había dicho mil veces. Dejé de hablarle por dudar de ella, pero tenía razón. Ahí estaba Marcos con otra, mientras me hacía creer que tenía mucho trabajo y se quedaba en el despacho hasta altas horas.

Permanecí unos segundos ante la esquina de la cristalera mirando hacia dentro. Estaban al fondo, tomando un café y él le acariciaba con cara sonriente, con esa sonrisa que hacía mucho tiempo no le salía conmigo.

Me fui hacia mi casa y me puse a recoger todo. Era temprano, los había pillado desayunando, se veía que quedaban varias veces al día como me había dicho Alexandra.

Dos maletas con mi ropa. Unas bolsas con mis objetos personales y una nota sobre la mesa diciendo que le deseaba que fuera muy feliz. Era todo lo que podía desearle, no cabía en mí ningún otro sentimiento malo hacia él.

Por supuesto que me dolía su deslealtad, me producía rabia, dolor, indignación. Me había partido el alma y solo le podía reprochar que no hubiera tenido la valentía de sentarse frente a mí y decirme que se había enamorado de otra persona.

Lo que más me fastidiaba es que le pregunté en varias ocasiones y me dijo que cómo se me podían ocurrir esas cosas, que en él no cabía ese tipo de actos. Encima mentiroso, pero bueno, como ya le había dicho en la nota, le deseaba que fuera feliz.

La casa que habíamos compartido los últimos tres años en los que decidimos irnos a vivir juntos, era de él, se la había comprado un tiempo atrás, así que agarré todo, lo metí en mi coche y me dirigí a casa de mi madre.

Ni siquiera miré atrás al salir. Cuando era más joven había llevado peor las separaciones. Pero a estas alturas del partido, tenía claro que la vida son ciclos y que, cuando uno acababa, otro comenzaba.

En cualquier caso, volvía a mi casa, a mis raíces y sabía que no me iban a faltar mimos ni un buen hombro sobre el que apoyarme. Aunque fuera por una circunstancia tan dolorosa, era un lujo volver a casa.

Mi madre vivía sola. Me había tenido de soltera. Mi padre nos abandonó cuando yo apenas tenía dos años. Se enamoró de otra y se fue sin importarle todo lo que dejaba atrás.

Pronto me dio el bajón. Aunque quería hacerme la fuerte, lloré de impotencia. Yo amaba mucho a Marcos. Era verdad que me sentía muy apartada de su vida en el último año y eso me hacía mucho daño, pero yo lo amaba y me había aferrado a la idea de que aquello, como decía él, “era por el cansancio laboral”, por los casos tan importantes que estaba llevando en el despacho

ya que era abogado.

Llegué a mi casa y dejé las cosas en el coche. No quería entrar de forma exagerada, así que me abrió la abracé y rompí a llorar.

—Adara, cariño, ¿qué ha pasado? —dijo con la más compungida de las voces.

—Vuelvo a casa, mami. Te necesito.

Me tomé un café con ella y le conté todo. Ella acariciaba mis manos y me intentaba consolar. Era una gran madre, una gran persona y todo un pilar en mi vida.

—Mi niña, no hace falta que te diga que, si ese es del pie que cojea Marcos, por mucho que tú lo hayas querido o lo quieras, has tomado la decisión correcta. Sencillamente, no te merece.

—Lo sé, lo sé, mamá. Y no te preocupes que estoy totalmente segura de que he tomado la decisión correcta, lo que pasa es que la herida acaba de abrirse y escuece.

—Es lógico, cariño. Siento mucho que te haya ocurrido todo esto y ojalá que hubiera sido de otro modo, pero ya sabes lo mucho que me alegra tenerte en casa.

—No sé lo que haría sin ti mamá. Estaba deseando verte y contarte.

—¡Acabáramos! Menudo niño que está hecho el tal Marcos por mucho título de abogado del que presume. No te llega ni a la suela del zapato, hija mía.

—Gracias, mamá.

—De nada mi niña y ahora ya sabes, ¡cabeza alta!

—No tengas duda de que lo haré.

—Aquí solo hay una persona que ha salido perdiendo con su actitud y no eres tú —guiñó el ojo.

Cuando supo que tenía todas mis pertenencias en el coche, se levantó y me hizo un gesto. Salimos a por ellas y las metimos en mi dormitorio, ese que ella había conservado siempre por si me volvía a hacer falta.

—Está todo como lo dejaste la última vez, pero si necesitas hacer algún cambio o lo que sea, adelante.

—Claro, mamá.

—¿Quieres que te ayude a organizarlo todo o te apañas?

—Puedo hacerlo perfectamente. No te preocupes de nada. Descansa tú del berrinche que te has llevado.

—¿Descansar? Yo no “uso” de eso, hija. Me voy a la cocina a prepararte esos pimientos asados que tanto te gustan.

—¡Eres un cielo, mami! Amén de la mejor cocinera del mundo...

—Y tú una verdadera zalamera...

Tenía claro que ahora se me había caído el mundo encima, pero sabía que iba a salir de aquella, solo tenía treinta años y un trabajo estable como profesora de mi ciudad.

Acababa de coger las vacaciones al ser primeros de julio, así que al menos tenía dos meses por delante para volver a respirar y regresar al trabajo recuperada de este duro golpe que me había dado la vida.

Era evidente que hubiera sido todavía más duro tener que digerir todo aquello en plena vorágine laboral, de modo que pensé que en el fondo tenía suerte.

Comencé a colocar todo en mi habitación. Mi madre me dejó a solas a propósito. Sabía que necesitaba mi espacio más que nunca.

Desde niña fui muy familiar pero también muy independiente y, en los momentos duros, necesitaba estar a mi aire escuchando a mi “yo” interior.

Llamé a Alexandra. Estábamos un poco alejadas desde que ella comenzó a insistir en la infidelidad de Marcos. Era mi amiga de toda la vida. Habíamos estudiado juntas desde la edad de cinco años hasta la universidad, ya que hicimos la misma carrera, pero ella cogió la plaza en un pueblo a veinte kilómetros.

—No llores, no me expliques nada, te quiero como una hermana y lo sabes. Lo único que me importa es que te hayas dado cuenta de lo que te estaba haciendo. A mí me tienes, me tendrás siempre, no me tienes que dar explicaciones y créeme que no las necesito. ¿Cuándo nos vemos? —preguntó exigiendo en plan mandona, como demostrando que era lo único que le importaba en esos momentos —me hizo sonreír.

—Cuando quieras, tengo dos meses libres por delante igual que tú, así que soy toda tuya.

—Y digo yo, siempre soñamos con irnos de viaje algún día juntas ¿No crees que es el momento?

Un cosquilleo recorrió mi barriga...

—Justo, es el momento justo —dije de forma convencida.

—¿Y si nos vamos a las Tierras Altas de Escocia como siempre hablamos?

—A las Highlands... ¡Sí! —grité emocionada.

—Pues listo Adara. Ahora en cuanto almuerce me pongo a buscar vuelos, hoteles y el alquiler de un coche en el aeropuerto... ¡Nos vamos! —gritó emocionada.

—No me lo puedo creer —sonreí emocionada.

—¡Sí, por favor! Tú te has pintado siempre sola para lograr las mejores ofertas, rutas, excursiones... No sé cómo lo haces.

—Arte que tiene una. Tú déjalo todo en mis manos y ocúpate ahora de organizar tus cosas. Ya verás como en un pis pas estamos volando a tierras escocesas.

—Es como un sueño, amiga. Poco podía imaginar esta mañana que mi vida iba a dar tantas vueltas hoy.

—¿Pues sabes lo que te digo? Que me apunto a darlas contigo...

—Lo vamos a pasar de miedo.

—En eso es en lo único que tienes que pensar ahora. Bueno en eso y en qué meter en la maleta que nosotras, ya se sabe, “antes muertas...”

—“Que sencillas” —terminé de decir.

—Pues eso mismo. Vamos, que ya estás tardando en danzar a elegir modelitos. Presiento que va a ser el viaje de nuestra vida...

—Y mira que ha sido improvisado.

—Con más vera, entonces. Lo que no se piensa, es lo que mejor sale. No veo ya la hora...

—Tú, en tu línea, tan paciente como toda la vida... No sé cómo puedes ser profesora con lo mucho que nos sacan a veces de quicio...

—Ay, mira, mira, ni me lo recuerdes. Que muy adorables y todo lo que tú quieras, pero hay niños que dejan en pañales al muñeco ese diabólico, al Chucky.

—Alguno otro hay que es para decirle a su madre que se lo vuelva a meter por dónde lo sacó, pero vamos...

—Sí. Algo vale que dos meses de vacaciones lo compensan todo.

—Así es...

Conforme íbamos hablando notaba que éramos las mismas de siempre. Es lo mejor que tenía nuestra amistad que, en el caso de llegar un altibajo, éramos capaces de superarlo con humor y dejar que pasara por debajo de la puerta.

Colgué la llamada y me fui a la cocina. Me apoyé en el quicio de la puerta sonriendo y mi madre me miró sin entender nada.

—Me voy con Alexandra a Escocia —me puse a tocar las palmas emocionada.

—¿En serio? —se puso las manos en la cara sorprendida pero feliz.

—Acabo de hablar con ella. Ya sabes que siempre tuvimos en mente hacer un viaje y ahora me lo ha propuesto. Además, Escocia era nuestro destino predilecto.

—Y que lo digas. Os encanta la historia de los escoceses. Siempre habéis fantaseado con los Highlanders, mientras leíais esos libros que os hacían babear —sonrió abrazándome —Os vendrá muy bien ese viaje juntas y a ti hija, te hará llevar estos momentos de otra manera, habéis dado en el pleno —me hizo un guiño.

—Ya estoy de los nervios —dije moviendo las manos con rapidez.

—Pues me alegro de que tus nervios sean por eso y no por lo que no lo merece.

—Ya, por eso estoy nerviosa. Sé que será todo más fácil si pongo tierra de por medio y encima con Alexandra. Estábamos por mi culpa y mi ceguera muy separadas.

—Adara, ella es tu hermana, aunque no sea de sangre, sabes que siempre te perdonará, como tú a ella, os queréis con locura.

—Sí —sonreí con melancolía.

—Llevo toda la vida diciéndote que en los momentos duros es cuando una tiene la oportunidad de comprobar a quién tiene verdaderamente a su lado.

—Así es mami. Me da la sensación de no haberme portado demasiado bien con ella últimamente y, sin embargo, ni un reproche ha salido de su boca.

—Ni saldrá, cariño. Ni saldrá. Eso ya es cosa del pasado. Lo ideal es que te hayas dado cuenta de tu error tanto con ella, como con ese mequetrefe. ¡Te van a faltar hombres a ti! Tú das una patada y la cola de pretendientes que se forma es de kilómetros...

—Y eso sin exagerar ni nada, ¿no, mami?

—Efectivamente...

Volví a mi cuarto con el dolor por lo sucedido, pero con la felicidad de saber que iba a comenzar un viaje muy soñado. Era una mezcla de sensaciones muy agrisulces, pero ya estaba deseando verme allí con ella.

Inconscientemente, me puse a seleccionar entre mi ropa qué me llevaría. La emoción del viaje me embargaba. Yo era cáncer y aquello era inevitable. Mi carácter era una montaña rusa y tan pronto podía estar llorando por los rincones como sonando a modo de cascabelito.

Era una chica con suerte. En los malos momentos, el apoyo me venía a raudales y sabía que el universo recompensa a quien coge “el toro por los cuernos” y, al menos, me sentía orgullosa de mi decisión.

Y, encima, de repente tenía por delante un viaje que tantas veces habíamos proyectado, como habíamos aplazado. Y aquella sería la definitiva. ¡Íbamos a quemar las Highlands!

Capítulo 2



Y llegó el día...

Una semana fue lo que tardamos en sumergirnos en ese viaje, una semana en la que había llorado y reído a partes iguales, en la que no había tenido noticias de Marcos...

El muy desgraciado, ni se había preocupado en darme una explicación, aunque imagino que no la tenía, era lo que parecía. Se había enamorado de otra y le tiró más que yo.

Y ahí estaba en el avión de lo más nerviosa, a punto de aterrizar, después de habernos hecho diez selfies y dicho mil tonterías...

Salimos del aeropuerto de Edimburgo y nos encendimos un cigarro. El vicio podía con nosotras y yo en ese momento me los fumaba de tres en tres.

—No me lo puedo creer —dije dando una calada y mandando una foto a mi madre de ambas en el aeropuerto.

—El corazón se me va a salir por la boca.

—Ya he visto unos hombres...

—Mírala que pronto se olvidó del muerto.

—Ya quisiera, pero bueno, no me voy a pasar un viaje de lamentaciones y lo voy a vivir a tope —aplaudí emocionada.

—No te voy a permitir que estés triste en ningún momento —me echó la mano por encima y besó mi mejilla.

—“Y si con otra, pasas el rato, vamos a ser feliz —canté emocionada —vamos a ser feliz, felices los cuatro...” —señalé a las dos y eché la mano hacia atrás por encima de mi hombro refiriéndome a los otros dos que me habían jodido en España.

Se echó a reír.

—Por supuesto, si ellos se lo van a pasar bien, nosotras de puta madre —aplaudió esta vez ella mientras daba saltitos emocionada.

—Ya te digo yo que sí, ¡que se preparen las Highlands que hemos aterrizado! —exclamé.

Cogimos el coche que habíamos alquilado y nos dirigimos a la que sería nuestra primera parada, que no era otra que Edimburgo.

Habíamos cogido un hotel en el casco antiguo de la ciudad. Desde allí tendríamos cerca Grassmarket y Royal Mile, además el barrio tenía mucha historia y cerca de ese lugar teníamos el castillo de Edimburgo, así que mejor no lo podíamos haber elegido.

Dejamos las cosas en el hotel y nos fuimos a pasear por esas calles empedradas, aquello era precioso, diferente, tenía algo especial.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

—Más o menos como para comerme “una vaca rellena de pajaritos” —dijo.

Así era ella. De repente tomé conciencia de lo mucho que había echado de menos las salidas de mi amiga.

Nos fuimos directas a comer a un lugar de hamburguesas que se veía de lo más animado, así que se notaba que debían servir bien la comida...

—¿”Dónde va Vicente”?” —preguntó.

—“Donde va la gente” —respondí, riendo.

—Pues eso, que para mañana es tarde...

Nos pedimos un menú cada una y las patatas venían con un queso que nos hizo gemir de placer en varias ocasiones.

Las dos teníamos “un saque” considerable, así que no había duda de que íbamos a dar cuenta de ese menú, ¡y de tres más que nos hubieran puesto!

Me venía a la mente de vez en cuando la imagen de Marcos, pero la intentaba quitar rápidamente de mi cabeza. Me dolía mucho, pero yo iba a poder con ello, tenía claro que, si el sentimiento no era recíproco, no era necesario fustigarse de ninguna de las maneras.

Alexandra era todo un apoyo para mí. Además, su carácter alocado, bromista e irónico conseguía sacarme a cada momento una sonrisa.

—Por favor, que montón de hombre guapo por metro cuadrado —dijo gimiendo mientras comía al ver a un chico que acaba de entrar y que era un bombón andante —Hoy salimos de copas así que please, ahora descansaremos un rato y luego nos vamos a coger una de esas borracheras de “padre y muy señor mío” —soltó otro gemido por el sabor de la hamburguesa.

—Si, por favor, vamos a bebernos hasta el agua de los acantilados —respondí emocionada.

—Tampoco te pases, a ver si vamos a volver a España en una caja de madera —ladeó la cabeza indignada.

—Lo que no mata, te hace más fuerte —le hice un guiño.

—Pues también tienes razón, pero ahora déjame disfrutar de esta hamburguesa —seguía gimiendo.

—Disfruta, disfruta. Siempre has sido una lentorra comiendo.

—Los placeres de la vida hay que disfrutarlos lenta e intensamente —guiñó un ojo.

—Sí, sí, tú dame ahora muchas clases de Zen pero luego eres una “mari nervios” de mucho cuidado...

Abrí el Facebook y me quedé paralizada. Miré incrédula y volví el móvil hacia Alexandra para que viera lo mismo que yo.

—Hijo de... —negó con la cabeza al ver la foto que había subido Marcos con ella, diciendo que “el amor había llamado a su puerta”.

—Pues yo le daba con esa misma puerta en los hocicos, a él y a ella, a los dos tortolitos, vamos —dije, indignada, según me repuse un poco de la impresión.

El caso no era ese, lo peor de todo es que las personas que yo consideraba amigas en común, los felicitaban y celebraban ese estado sin preocuparse por saber que estaba yo sintiendo.

Procuré que esto último no me afectara demasiado. Ya había aprendido que la hipocresía era la carta de presentación que debería llevar mucha gente en la frente.

—Anda y que le den por donde amargan los pepinos. Esto me hace más fuerte, te puedo garantizar que no me va a afectar en nada, por mucho que duela. Su indiferencia me hace vivir todo de otra manera y este viaje no se lo va a cargar.

—Así se habla joder, deberías haber estudiado Ciencias Políticas.

—Anda, anda —negué riendo.

—Estoy totalmente contigo, Adara. ¡Faltaría más que tú estuvieras llorando por las esquinas por un patético así!

—Ni de coña. Ni una lágrima se merecía, pero a partir de hoy voy a sacar una mejor versión de esas que están ahora tan de moda y me voy a poner el mundo por montera.

—¡Esa es amiga!

Terminamos de comer y volvimos al hotel. Eran apenas las tres de la tarde, con dos o tres horas descansando, ya podíamos tirarnos a la calle, de modo que la cama nos esperaba.

Por otra parte, allí tenían por costumbre comenzar la fiesta temprano y nosotras, pues eso, nos íbamos a poner a la altura de las circunstancias y costumbres de ese lugar, que atrapaba desde el primer momento. Un poco por aquello de “allá donde fueres, haz lo que vieres”.

Llegamos al hotel y nos tiramos una en cada cama, mirando al techo, charlando sobre las primeras impresiones.

—Si fuera rica, me pasaría la vida viajando...

—Alexandra, si fuera rica ya le hubiera dado dos vueltas enteras al planeta —reí.

—Pues mira que has podido viajar, pero que hombre más soso tenías al lado.

—Eso es verdad, no salía de su zona de confort. Todo en él era cuadriculado, a base de rutina de lunes a domingo, hasta para ir a comer a un sitio había un día, pero bueno, algo tendría que me enamoró.

—Una labia impresionante —resopló.

—Menos mal que al menos me lo hacía bien, si encima lo hubiera hecho mal sería para comérselo y cagarlo en la gran puñeta —solté con brutalidad mientras me reía — Vamos, todo un regalito que echó su madre al mundo...

—Su madre, otra como él y cómo fingía... a ti no te podía ver.

—Claro que no me podía ver. Además, era mi suegra “la bruja”, lo que pasa que yo la mencionaba así interiormente, pero que tía más amargada, que mal me caía, cómo fingía delante de su hijo y cómo actuaba por detrás. Menos mal que la veía poco. Ahora estará loca de contenta.

—Pues que rece para que la que llegó no tenga los santos cojones de plantarle cara. El karma actúa, a veces con retraso, pero no se olvida de nadie y esa tiene todos los boletos, la estirada... —su cara era de asco total.

—La regalo, con moña y todo, que le den —me acurruqué en la cama.

—Pensándolo bien, te has quitado una buena de encima, con el hijo y con la madre.

—Pues mira, chica, sí. Y, después de lo que he visto hoy, no tengo la más mínima duda de que antes lo tenía que haber hecho.

—No pienses así. Lo has hecho en el momento adecuado. Ya sabes lo que dicen “nadie escarmienta en cabeza ajena”. Tenías que verlo con tus propios ojos para comprobar del asqueroso palo que iba, el muy indeseable.

—Eso es verdad.

—Además, ya lo hemos hablado durante la comida, que tu vida con él no era precisamente para tirar cohetes. Ahora vamos a vivir momentos maravillosos. Ya lo verás.

—Sí. Además, he de reconocer que me ha hecho hasta un favor. Con el tipo de vida tan aburrida y sedentaria que llevábamos, me había dado por comer y hasta había cogido unos kilitos...

—Pues no se te nota nada, guapa, No sé dónde los habrás echado...

—No, si es que con el disgusto de la separación los he perdido que da gusto y ahora vuelvo a

estar...

—Divina de la muerte. Así estás...

—Tienes razón. Estoy que crujo —reí— Total, como ya no tengo abuela, me lo digo yo...

—Claro, tonta. Si vas a salir ganando en todo y por todo. Si hasta la forma de vestir te había cambiado...

—Tampoco puedo quitarte la razón en eso. Es que el tío era de un clásico que tiraba para atrás... Y al final me iba llevando a su terreno, porque para no desentonar con él, es verdad que ya no vestía como siempre. ¡Manda narices!

—¡Y tanto que manda! Nos cruzamos alguna vez por la calle y te hubiera chocado. A ver, tampoco es que llevaras las enaguas de mi abuela, pero un poco Srta. Rottenmeier sí que ibas, reconócelo...

—Tú eres una cabrona redomada. Manda huevos las cositas que me dices...

—La pura verdad y lo sabes, pero ya todo eso pasó a la historia. ¿Qué piensas hacer cuando volvamos?

—Pues verás, en principio igual me quedo una temporadita a dejar que mi madre me mime, mientras busco piso...

—¿De alquiler?

—No. He decidido que quiero comprarme algo. Con independencia de que vuelva a vivir con algún tío, que ahora mismo no es algo que me plantee, a mí no me vuelve a pasar que me separe y no tenga un techo mío...

—Así se habla, amiga. Fíjate que yo también tengo algo así en mente. Estoy harta de pagar alquiler. Al final es un dinero a fondo perdido...

—¿Te imaginas que nos compramos algo en la misma urbanización?

—Ya te digo. En una que sea glamurosa con su piscina, sus pistas deportivas...

—Ahí le has dado. Que nos permita ponernos morenitas tan pronto como llegue el buen tiempo y bajar a jugar partidos de pádel al final de la tarde...

—Menuda revolución íbamos a formar las dos en la misma urbanización.

—Eso es. Íbamos a ser la comidilla de las Viejas del Visillo esas que no faltan en ninguna comunidad.

—¿Y sabes lo mejor de todo?

—No. Dime.

—Pues muy sencillo. Solo con hablar de planes de futuro se te está encendiendo la mirada.

—Di que sí. Empiezo a ilusionarme de nuevo. Y hay un detalle que no podrá faltar en mi casa.

—Cuenta, cuenta...

—Un frigorífico Smeg, de esos con aire vintage. Me chiflan...

—Siempre has sido muy sibarita, pero si te gusta, te rascas el bolsillo y a tomar morcillas...

—Sí. Todo está decidido. Y luego las pagas extras las podíamos dedicar a viajar. No hay nada como viajar. Tenemos que empezar por sacarle el máximo jugo a este sitio...

—A ver qué jugo quieres sacar tú de aquí, porque te advierto que los Highlanders parecen de otra especie. Por mi madre de mi alma que esos sí que están para exprimirlos... hasta la última gota.

—Ya te digo...

Quería dormir al menos un par de horas, habíamos madrugado para el vuelo y ya habíamos tenido un primer contacto con la ciudad.

Cuando nos levantamos corrimos raudas a ponernos de lo más monas. Disfruté como años atrás, cuando Alexandra y yo siempre nos arreglábamos juntas para salir de marcha.

A ella se le daba mejor arreglar el pelo y a mí el maquillaje, de modo que también en eso nos complementábamos a la perfección. Así que ahora a prepararse para darlo todo.

Capítulo 3



Y ahí estábamos para darlo todo...

Después de debatir cómo vestarnos durante al menos una hora, decidimos ponernos unos jeans, unas sandalias de caña de esparto muy monas atadas al tobillo, una camiseta de tirantes con un buen escote, un poco de maquillaje, melenas al aire y ¡fiesta!

Entramos al primer pub de madera donde, para sorpresa nuestra, había unos chicos en la barra con Kilt, las faldas tradicionales escocesas que se ponían los hombres.

—Me cago —carraspeó y se apoyó sobre la barra sonriente mirando al camarero que venía hacia nosotras.

—Dos de lo que sea —dije riendo y volteando los ojos, en mi inglés más trabajado. La verdad que tenía mucha soltura.

—Oh no —rio, dejándonos y babeando —Por favor —se puso la mano en el pecho sonriendo —debéis elegir vosotras.

—Te elegiríamos a ti —soltó Alexandra con descaro —pero como no vamos a poder tener opción a ello, nos vamos a decantar por elegir dos cervezas bien grandes y frías.

—De acuerdo —dio dos golpes en la barra sonriente y nos puso la que quiso, de uno de esos tantos grifos que había con diferentes cervezas.

—Yo creo que aquí me voy a volver loca de deseo, voy a reventar, me gustan todos —dijo mirando hacia todos lados y fijando de nuevo la mirada en el camarero, que tenía una dentadura digna de anuncio de televisión.

—¿Quién era Marcos? —pregunté cogiendo la cerveza que nos había acabado de poner.

—Ni lo sabemos ni nos importa, anda que no hay buen pescado en el mercado —volvió a echar una ocular por todo el pub.

—Pues yo paso de carne entonces —reí.

La música era celta, atrapaba y te sumergía en el lugar en el que estábamos. Aquel país tenía un magnetismo especial, era para vivirlo de todas las maneras, con intensidad.

Alexandra cómo no, se puso a hablar con dos chicos que habían entrado y se habían colocado a nuestro lado, en la barra.

No tardó en haber presentaciones. Uno se llamaba Andrew y el otro Alec, los dos rubios y apuestos, fuertes, con una sonrisa impresionante. Allí parecía que los clonaban.

Eran muy simpáticos. Pronto se sometieron a la ronda de ruegos y preguntas obligadas, por parte de mi amiga y mía. Les sacamos todo, en diez minutos ya solo nos faltaba saber el patrimonio que poseían, pensé mientras reía en aquella conversación donde descaradamente

soltaban datos de dos.

Hermanos, Andrew tenía treinta y ocho años y Alec cuarenta. Los dos eran de las Tierras Altas, de un lugar llamado Ullapool, considerado una de las ciudades más bonitas de las Highlands, con tan solo mil y pocos habitantes, a las orillas del Lago Broom.

Estaban en Edimburgo para pasar unos días. Se iban en dos, como nosotras. Solían venir de vez en cuando a disfrutar, salir de compras, de copas, ya que según decían, pese a que les gustaba la tranquilidad de su pueblo, de vez en cuando era necesario perderse en una gran ciudad.

Vivían independientes, en dos casas que sus padres les hicieron iguales en unas de sus tierras. Poseían grandes terrenos y las rentas les permitían disfrutar de una posición desahogada, en la finca principal de sus padres.

Eran de lo más simpáticos y aunque fuera raro, nos pillaban las ironías y bromas. De todos modos, no íbamos a poder decir que “parecían tontos cuando los compramos”. Ellos también tenían tela, no sabía cuál era peor de los dos, lo que sí tenía claro que para mí era más irresistible Andrew y conociendo a mi amiga y a sus miradas, a ella le atraía Alec.

Nos invitaron a unas copas de whisky escocés. Por invitar, hasta nos dijeron de pasar unos días en sus tierras, cosa que hasta estábamos pensando, pues una vez que saliéramos de Edimburgo, nos recorreríamos las Tierras Altas por libre, improvisando, así que no íbamos a descartar conocer ese lugar donde ellos vivían y que tanta belleza decían que poseía.

—De veras que os va a gustar y nosotros estaremos muy felices de poder enseñaros el lugar en el que vivimos y todos sus alrededores. Os va a gustar —dijo Alec.

—Bueno, pues en ese caso igual nos dejamos caer por allí —contestó Alexandra —¿Qué te parece, Adara?

—Bueno, pues que podíamos estudiarlo sí. Déjame consultar con mi agenda —guiñó el ojo.

—En ese caso, un lugar precioso estará esperando a unas chicas preciosas —dijo Andrew.

Ellos sí que eran dos preciosos. Pensé que la madre que los parió debió de ser pastelera, porque unos bombones como aquellos no los fabricaba como cualquiera.

e

De allí nos fuimos a otro pub con ellos.

—Si no conocéis esto, podemos llevaros de ruta por todos los pubs más chulos de la zona... —dijo Andrew.

Estaba claro que aquellos dos eran más listos que el hambre y se estaban asegurando no perdernos de vista en toda la noche. Por nuestra parte, estamos encantaditas. Tampoco teníamos la más mínima intención de soltarlos.

—¿Por qué no? —contestamos al unísono.

Estuvimos así hasta que ya comenzaron a cerrar los locales y los chicos nos acompañaron hasta la puerta del hotel. Nos intercambiamos los números de teléfono y quedamos en hablar.

—En hablar, dicen —soltó Alexandra mientras abría la puerta de la habitación —yo con ese lo que haría sería de todo menos hablar —rio, mientras se iba desnudando.

—Son guapísimos, la verdad.

—¡Están buenísimos! Joder sí es que tengo la sensación de que nos lo vamos a pasar muy bien en este país —se tiró en la cama.

—Pues alegría para el cuerpo —reí acostándome.

—Paso, la verdad es que paso, no quiero pensar, voy a dormir que mi mente se vuelve muy

calenturienta y ya me lo imagino con un Kilt y sin nada debajo, por favor, eso sería la bomba — resopló.

—¿Crees que lo usarán?

—Estos tienen pinta de estar arraigados a las tradiciones. Además, viviendo en esos lugares, de las Tierras Altas, estos son unos auténticos Highlanders, te lo digo yo.

—Tiene que ser bonito vivir una fiesta de esas que montan los Highlanders...

—Pues nada, nos ponemos manos a la obra y les decimos que nos tienen que hacer una de recibimiento si quieren que vayamos. Mañana mismo les pongo un mensaje. Para algo intercambiamos los teléfonos —gimió y se encogió en posición fetal.

—Estás como una cabra —negué riendo mientras apagaba la luz.

Conociendo a Alexandra. Era capaz de todo, una persona a la que se le pasaba por la cabeza algo y hasta que no lo conseguía no paraba, así que me esperaba cualquier cosa de ella.

—No hay duda de que hemos tenido un inicio de viaje cojonudo, ¿no te parece? —pregunté.

—¡Y tanto! —contestó —Es la leche. La primera noche y ya estamos citadas con dos Highlanders de los de verdad. Es de lo más emocionante —respondió.

—Y encima con invitación a su tierra incluida. Lo vamos a pasar de escándalo, por mi madre que vamos a revolucionar las Tierras Altas...

—Ya te digo, yo con Alec hacía paz y guerra...

—Y yo con Andrew...

—Alguien está pasando página a marchas forzadas y “otro alguien”, que soy yo, no puede alegrarse más...

—¿Cómo crees que serán? —pregunté.

—¿En la cama?

—No en misa, ¡no te jode! —exclamé.

—Pues ya se sabe. Tienen fama de ser tipos duros pero todo corazón en el amor. Una perfecta mezcla... Vamos, tanto, que siempre he pensado que es una leyenda urbana...

—¿Pues sabes qué te digo? Que aquí estamos las dos para comprobarlo.

—De eso no tengo ninguna duda. No podíamos haber venido a un sitio mejor. A mí estos chicos me dan un morbo que flipo...

—Calla ya, anda que me estás revolucionando...

—Sí, pero vamos, que tú al menos con el soso de Marcos algo harías, pero yo llevo una temporada a pan y agua que flipo. Vamos que, cuando coja a Alec, ese va a chillar.

—No te preocupes que ese te quita las telarañas de ahí debajo de una embestida —dije.

—Y después la bruta soy yo. Está claro que “unas tienen la fama y otras cardan la lana” —añadió, partida de risa...

—Pero vamos que Andrew también apunta maneras. Yo creo que son tal para cual. Tienen pinta de empotradores los dos...

Bromas aparte, Andrew tenía algo especial. Daba la impresión de ser de esas personas que te hablaban pausadamente, sonriendo, en un tono de voz bajo, sin interrumpir. Era correcto, irónico, pero sin ser soez, tenía esa chispa que iluminaba con su mirada, nada que ver con Marcos, que se volvió apático, poco atento, serio y malhumorado, pero bueno, ya se sabía el porqué de esa conducta.

Marcos dolía, pero era más la decepción que otra cosa. Tenía claro que no iba a sufrir por él, que no iba a pasarlo mal por alguien al que yo no le había importado.

Aceptaba que se hubiera enamorado de otra persona, eso lo entendía, pues no somos dueños

de nuestros sentimientos y menos aún debemos de controlar algo de tal envergadura.

Lo que no le perdonaba era la traición reiterada, pues con ella llevaba mucho tiempo y era lo que me causaba el dolor...

Habría agradecido que desde el primer momento me hubiera sentado y hubiera sido sincero. A mí me hubiera matado, aunque lo hubiera entendido y respetado, pero no, él prefirió serme infiel una y otra vez. Eso es lo que no comprendía y no había razón que me llevara a hacerlo. Fue un cobarde y un canalla, muy poco hombre.

—¿Estás dormida, Adara?

—No. Y mira que estoy reventada pero la emoción me puede. Estoy deseando que llegue mañana.

—Y yo también.

—Desde luego es que eres un caso. No solo eres la mejor organizadora de viajes del mundo, sino que contigo la diversión siempre está garantizada.

—Es lo que hay —rio.

—Te juro que no tengo ni idea de cómo lo haces. Yo todavía me estaba ubicando en el sitio y tú ya les estabas dando palique...

—Hombre eso está cantado. Yo no voy a buscar a ninguno, pero las señales las cazo al vuelo. Eso lo tengo claro.

—¿Y estos nos estaban enviando señales?

—Claro. Desde el mismito momento en que se nos colocaron al lado...

—Y allí estabas tú, “mariquita, la primera”, como siempre.

—Así es. No ha nacido la que se me adelanta a mí cuando algo me mola.

—Eso lo tengo claro. Arañas, vamos...

—Araño para arriba, para que se infecte —rio.

—Eres única amiga, no cambies nunca...

—Si cambio es para ser más cafre todavía, no te preocupes...

—Como sigamos así mañana vamos a tener más ojeras que un mapache —dije.

—De eso nada. Mañana vamos a estar monísimas para encandilarlos, que aquí tema, pero tema....

Capítulo 4



—Pues el tiempo de vestirnos de ducharnos y bajar, una media hora —miré hacia la ventana y ahí estaba hablando por teléfono Alexandra, ante mi asombro al abrir los ojos —Venga, ahora nos vemos. Saludos.

Se giró y me miró sonriente.

—¿Con quién hablabas?

—Con Alec. Vienen a por nosotras para llevarnos a un sitio a desayunar —se puso a saltar emocionada tocando las palmas, como una niña chica.

—Me quedo muerta, me quedo muerta —negué riendo —¿Te ha llamado directamente?

—Ajá —dijo afirmando de forma rotunda, encogiendo los labios y haciéndose la interesante —Vamos, no creo que tú lo dudarás.

—Desde luego que no. Eres irresistible, ya los estás hipnotizando. En cero con dos están comiendo de nuestra mano —reí.

Se fue al baño a ducharse y me levanté para preparar mi ropa. Miré por la ventana y ya se veía el ambiente en las calles, me encantaba aquellas calles con tanta vida e historia.

Llevábamos años queriendo poner los pies allí, pero las perspectivas eran todavía mejores de lo que nunca imaginamos.

—Jodida, ve saliendo ya, que de un infarto no te mueres. No he visto a una tía más tranquila para ciertas cosas. Te vas a arrugar como un garbanzo en el agua.

—Lo que no voy a hacer es correr por un tío. Ese gusto sí que no se lo doy a ninguno —dijo, desde dentro de la ducha.

—Pero les has dicho que en una media hora y a este paso...

—A este paso que esperen un poco, que eso le añade más emoción al asunto...

—Tú y tus teorías...

—Hazme caso, que no se los puede poner muy anchos, que luego no hay quien los aguante...

Cuando salió Alexandra entré yo, así que me duché, me sequé un poco la melena y me vestí. Ya estaba lista para vivir el día en aquella ciudad.

—¿Qué apuestas a que nos están esperando como dos clavos ya?

—Nada, nada. ¡Menuda emoción! Yo estoy que no quepo en el pellejo.

—Vamos que a partir de ahora va a llorar por Marcos...

—Rita la Cantaora, esa es la que va a llorar —dije, muerta de la risa.

Bajamos y ahí estaban, sonrientes, guapísimos. Nos fuimos con ellos andando hacia una cafetería impresionante. Tenía unos bollos para chuparse los dedos. Me quería comer esta estantería de un bocado, me había levantado hambrienta.

—Uno de esos y otro de aquellos y...

—Va a ser mejor si eliges el que no quieres y que te pongan el resto de la bandeja —rio Andrew.

Su sonrisa esa preciosa y sus ojos de una profundidad que daban ganas de perderse en ellos.

Pedimos los cafés y finalmente optamos por pedir un poco de variedad para compartir. Salimos a la terraza exterior aprovechando que la mañana estaba de lujo.

Andrew era tremendo. A pesar de su educación y saber estar era todo un showman. Tenía constantemente unos gestos alucinantes, con cualquier broma o cosa que soltábamos hacía muchas caras, pero siempre en su línea educada, pero yo me moría de la risa, inclusive me sonrojaba por momentos.

—Adara, este es como el muñeco ese que teníamos de pequeñas, el “Pipo Gestitos”, ¿no te acuerdas? —preguntó Alejandra, muerta de la risa...

—¡Anda la leche! Es verdad —reí.

—¿Cómo? No entiendo —dijo él.

—A ver, que las caras que pones se parecen a un muñeco que teníamos de pequeñas Alexandra y yo —le expliqué.

—¿Yo, un muñeco? —preguntó.

¡Y no lo sabía él bien! Era un muñeco, pero de bonito el jodido. Y yo estaba cada vez más animada a jugar con él.

Alec no paraba de decirnos que al día siguiente teníamos que irnos con ellos a su ciudad, que estábamos invitadas a pasar unos días.

—No me lo digas más, que al final lo vamos a hacer y todo —dijo Alexandra encendiendo un cigarro y echándole el humo en la cara.

—Pues listo. Mañana os venís con nosotros, estáis hasta cuando queráis, sin prisas —sonrió.

—Pero nos tenéis que hacer una fiesta de esas escocesas de verdad... —dijo con descaro.

—Eso está hecho, no te preocupes por ello —le hizo un guiño.

Ya me veía por toda la cara en esas casas de sus tierras. Desde luego que lo de nosotros era de órdago, confiábamos en ellos. Era una locura irnos con unos desconocidos, pero nada nos iba a frenar.

—Nos vamos, nos vamos... sin duda —me dijo Alexandra cuando fuimos juntas al baño.

—Y tanto que sí. Va a ser una experiencia alucinante. Y mira que si me lo llegan a decir al oído hace un tiempo digo que ni loca me voy con unos desconocidos...

—A ver, mucha cara de psicópatas no es que no tengan, no seas paranoica. A mí, miedo no es que me den precisamente...

—Miedo les vamos a dar nosotras a ellos cuando los cojamos por banda, estos dos se van a llevar el premio gordo...

Ese día nos recorrimos la ciudad de su mano. Nos enseñaron todos los lugares con encanto, aquellos con más valor histórico y turístico. Fue una pasada descubrir de esa manera tales sitios.

—Tenemos que ver el Castillo de Edimburgo —dijo Alec, Es uno de los imprescindibles de la ciudad.

—Sí, sí. Es uno de los destinos que tenía apuntados. Empezamos por allí si queréis —dijo Alexandra.

El castillo es una maravilla situada en una colina en pleno centro histórico, rodeado de acantilados.

—Muy bien, pues entonces vamos a aquel extremo de la Royal Mile y subamos por Castlehill —dijo Andrew —Eso sí, espero que estéis en forma porque la cuesta es empinada.

—¡Mira este! Que espera que estemos en forma —dice —No nos conoce, Adara.

—Sobre todo a ti. Los vas a dejar patidifusos...

Aquellas palabras las habíamos dicho en español, que era la consigna para cuando queríamos guardarnos un as en la manga o hacernos alguna confidencia.

Alexandra siempre había sido una crack de los deportes y, por ejemplo, corría pruebas como la de los 101 kilómetros de Ronda en Málaga, como si tal cosa...

—¡Esta chica es como una cabra montesa! —dijo Alec cuando la vio subir la cuesta a toda leche.

El castillo nos encantó. Tenía un mogollón de curiosidades para ver como el cañón de la una en punto...

—Mira, Alexandra. ¿Te dice algo? En punto...

—Pues sí. Me dice que no he sido puntual en mi puta vida ni lo voy a ser —sacó la lengua.

Los chicos fueron nuestros guías. Ellos eran entusiastas de todo aquello y nos lo enseñarían mejor que nadie.

Nos encantó cuanto vimos: la capilla de Santa Margarita, la Piedra de Scone, el Mon's Meg, los Honores de Escocia, el cementerio de mascotas, las antiguas prisiones y el Museo Nacional de la Guerra.

También nos explicaron que, de haber ido en agosto, podríamos haber visto los famosos desfiles de la Royal Edinburgh Military Tattoo, un desfile militar espectacular en el que por lo visto había fuegos artificiales y gaitas.

—¿Y si ese día una no tiene el cuerpo para gaitas, sino para jotas? —preguntó Alexandra, con ganas de hacerles la picha un lío a los dos con sus juegucitos de palabras...

Se miraron entre ellos con cara de no estar entendiendo una mierda y siguieron su camino.

Una vez terminada esa visita y, de nuevo en la Royal Mile, flipamos. Justo 1,8 kilómetros, es decir, una milla escocesa “royal mile” que comunicaba el Castillo de Edimburgo con el Palacio de Holyrood.

Pasemos por aquellas calles, nos contaron las historias de muchos de esos edificios antiguos, compramos algunos recuerdos en las tiendecitas tradicionales y callejamos por lugares llenos de encanto.

—¿Queréis ver la verdadera esencia de Edimburgo? —preguntó Andrew.

—¡Por supuesto! —coreamos ambas.

—Entonces vamos a entrar por aquí —nos dijeron...

Fue en ese momento cuando nos sumergimos en las calles adyacentes a Royal Mile con los closes, los pasadizos cubiertos que llevaban a bonitos patios interiores, o los pends, pintorescos callejones en pendiente que bajaban de la colina del castillo.

—Si queréis ver algo chulo de verdad, nos dijeron, tenemos que quedarnos a hacer el Tour de los Fantasmas —dijo Alec.

—Salvo que a las señoritas les dé el miedo el asunto —replicó Andrew.

—Miedo les va a dar estos cuando los cojamos nosotros —rio Alexandra por los bajinis...

—Ya te digo....

—Hay muchos, dijo Alec, pero yo lo reservaría para la noche y ahora podemos hacer el de las criptas de South Bridge.

—¡Nos apuntamos! —dije.

—Eso es. Nosotras nos apuntamos hasta a una ronda de aspirinas —solté.

Había que reconocer que aquellas criptas eran un túnel al pasado de Edimburgo, una visita histórica más que tenebrosa.

—A mí se me están poniendo los pelos como escarpas —dije.

—Pues yo tengo más miedo que siete viejas —soltó Alexandra.

Los chicos, muy condescendientes, aprovecharon en ese momento para echarnos los brazos por encima de los hombros y tal, a modo de arroparnos.

Queríamos ver lo máximo posible de la ciudad, pero si intentábamos entrar en todos los sitios iba a ser imposible.

—Es que me da penita no poder entrar —dije delante del Palacio e Holyrood.

—Mucha penita y todo lo que tú quieras —guapa, me dijo Alexandra, pero lo que tenemos es un día y no lo podemos estirar como un chicle.

Los chicos nos contaron de qué iba la cosa, aunque algo me había documentado yo en Internet.

—No tengas pena. La próxima vez que vengáis a Edimburgo, entramos —dijo Andrew.

—Son una monada —le dije a Alexandra, mientras nos adelantábamos un poco. La próxima vez que vengamos, dice, como si esto estuviera a la vuelta de la esquina.

—Tú cállate tonta, que igual al final le cogemos el gusto al asunto y sí que volvemos pronto.

—Bueno, dependerá de cómo rematen estos dos la faena —le guiñé el ojo.

—Si es por eso, me da a mí que nos vamos a tener que abonar al puente aéreo —rio.

—¡Dios te escuche!

Total, que el asunto fue que aquel había sido, en el siglo XII, la residencia oficial de la Reina de Inglaterra siempre que visitaba Escocia y que su interior era de estilo barroco con muebles y tapices antiguos.

—Mira bonita, todo tiene su parte buena. No te pierdes nada. De haber seguido con Marcos te hubiera servido para coger dos o tres ideitas para decorar vuestra casa así estilo tradicional —me dijo la jodida, en español —pero vamos, que ya tiene sentido...

—Tú eres una cabrona redomada...

Y nos tuvimos que reír porque los chicos nos dijeron que habían pillado lo de cabrona, que sabían que era un insulto...

—Muchos sabéis vosotros... ¿Y cuáles más...? A ver —los retó ella.

El caso es que nos dejaron sentadas de culo, porque del resto no tenían ni idea, pero tacos e insultos se los sabían todos...

Nos siguieron contando que allí estaban también los apartamentos de María Antonieta, el gran salón llamado "Great Gallery" y la capilla, pero que su lugar favorito eran las bonitas ruinas de la abadía agustina de Holyrood, en la que fueron coronados varios reyes escoceses.

—¡Mira, Agustina como tu tía! —dijo la jodida —¿Y no es en su casa donde tu madre y tú os coméis el roscón de Reyes? Esto debe ser el karma porque yo veo mucho paralelismo —dijo.

Los chicos se tiraron al suelo de risa y yo negaba con la cabeza. Lo suyo era soltar una

burrada detrás de otra...

El resto del tiempo lo dedicamos a ver sitios tales como la Catedral de St. Giles, situada a mitad de la Royal Mile, con su cúpula hueca en forma de corona real que sobresale en la silueta del centro histórico.

En su interior, nos quedamos embobadas con sus techos, el gran órgano, la estatua de John Knox y las vidrieras. Esta vez fui yo la que recordó internamente a mi ex cuando mencionaron la Capilla del Cardo...

El recorrido por Victoria Street fue precioso, junto con la Royal Mile, constituían las dos calles más bonitas y famosas de Edimburgo.

—¡Esto es un cachondeo! —exclamó Alexandra cuando vio que estaba a dos niveles.

—¿Sabíais que J.K. Rowling, la escritora se inspiró en esta calle para crear el Callejón Dragón de la saga de Harry Potter? —preguntó Andrew.

—¡Anda, la leche! Ya decía yo que esto me recordaba a algo.

i

—¡La que habéis liado! —les recriminó Alexandra. Ahora habéis sacado a la friki que lleva dentro —dijo, metiéndose conmigo para no variar.

—¿Te gusta Harry Potter? —preguntó Andrew.

—Bueno a ver, es un poco jovencillo para mí. Me gustan más bien las películas —dije, mientras ellos se partían de risa.

—¡Te ha visto cara de “asaltacunas”! —empezó a reír otra vez el trasto de mi amiga.

—No, no, es que a mí también me gustan, las películas claro —rio el bueno de Andrew — ¡Tenía un bocado en esa lengua!

También recorrimos el laberinto de callejones de Mary King’s Close y, ya al atardecer, subimos a la colina de Calton Hill para ver la puesta de sol sobre la ciudad, que se nos antojaba de lo más romántica.

Indudablemente, mereció la pena y nos permitió disfrutar de unas vistas inigualables con la Old Town y la New Town a nuestros pies y el castillo de Edimburgo en el fondo.

Y, por la noche, por aquello de que “lo prometido es deuda”, hicimos el mencionado Tour de los Fantasmas, que nos hizo entender por qué en Escocia hay una cátedra de parapsicología.

—¡Los muertos y nunca mejor dicho! —dijo Alexandra —Esto le daría en el canto del gusto al de Cuarto Milenio.

Eso sí, cuanto más nos hablaba el guía, de casos de brujería, asesinatos y sucesos paranormales, más cerquita teníamos a nuestros Highlanders, cogiéndonos por la cintura.

Al final fuimos a parar al cementerio de Calton...

—¡Yo me voy a cagar en todo lo que se menea! —dijo Alexandra.

—Ahí va a entrar mi abuela, no te jode —añadí yo...

—No seáis miedicas —corearon los chicos...

¡La hostia! Al final había que reconocer que merecía la pena verlo, pero vaya si daba viruji...

Visto aquello estuvimos debatiendo si volver a los pubs o entrar ya en el cine de las sábanas blancas, vamos en la cama. Y al final optamos por hacer esto último por estar más descansados al día siguiente.

Después de un intenso día, en el que habíamos exprimido lo mejor de Edimburgo con sus correspondientes paradas para comer y demás, llegamos al hotel ilusionadas. Por la mañana partíamos para Ullapool, a casi cinco horas de donde estábamos.

Habíamos quedado ya que en íbamos en dos coches puesto que mi amiga y Alec irían en el de ellos y Andrew y yo, en el que habíamos alquilado.

—Son tan monos —dijo Alexandra agarrándose a la almohada.

—Me encanta Andrew —reí entrecortada.

—Algo me dice que vamos a tener unas vacaciones mejor de lo soñadas...

—Pues como siempre dices... ¡Alegría para el cuerpo!

—Cuando fui a por tabaco con él, me besó —carraspeó.

—¿En serio? —no daba crédito a lo que me decía.

—Sí, estábamos esperando para que nos atendieran y nos miramos. Me besó rápidamente y se apartó sonriente.

—Yo me muero, no me lo puedo creer.

—Una que no pierde el tiempo y otro que no se resiste a mis armas de seducción —soltó con descaro.

—Desde luego, que te veo volviendo preñada del Highlander —resoplé apagando la luz.

—Pues al menos volveré, veremos tú, que a lo calladito seguro que llevas dentro una bomba de relojería —rio.

—¿Yo? A mí nadie me besó ni provoqué que lo hicieran —carraspeé.

—Bueno, veremos hasta dónde te la meten —como no, ella y sus finuras.

—Pues por el mismo sitio y profundidad que imagino que te la meterían a ti —miré las redes para ver si había novedades.

—¿Algo nuevo del desgraciado? —preguntó refiriéndose a ver si había colgado algo Marcos.

—Sí, una foto con ella agarrándose las manos —Puse el móvil mirando hacia ella para que lo viera —Y con el estado de “In love con la vida...”

—Este ve muchos anuncios —volteó los ojos.

—Y muchas películas —reí.

Me dolía ver eso, claro que sí, era innegable, pero también pesaba la decepción que sentía por él y eso me generaba sentimientos encontrados. Además, que no, que no iba a sufrir ni llorar más, que no se lo merecía y lo que había hecho conmigo, no tenía nombre, mucho menos perdón.

—Estoy agotada pero no puedo dormir...

—Alexandra, mañana salimos bien temprano, más vale que te concentres y cuentes ovejas, perros, gatos o dinosaurios, pero mañana no quiero ver que te quejes.

—¿Y qué vas a ver tú si yo me voy en su coche?

—Pobre Alec, la que le quedará, va duérmete.

—¿Como te imaginas sus vidas allí?

—Joder, Alexandra, en serio que me vas a dar la noche, pues una vida de campo, de tranquilidad y paz. No sé viendo por Internet cómo es aquello, menos fiesteros, son de todo.

—Bueno, ya vienen a la ciudad a hacerlo — rio.

—Pero de vez en cuando, no en su vida habitual —resoplé sabiendo que no se callaría.

—¿Te imaginas que yo voy para la casa de Alec y tú a la de Andrew?

—No creo, pero vamos, tampoco me importaría —reí.

—Claro, de día estaríamos los cuatro y de noche... —gimió provocando una risa improvisada en mí.

—Me parece genial tu mente calenturienta, pero ¿quieres dormite de una vez?

—Ya voy hija —dijo ofendida.

Si no la cortaba, pasaba toda la noche hablando de sus fantasías de todo tipo con aquel

Highlander, que sí, a mí me atraía mucho Andrew, pero me gustaba sorprenderme, aunque reconozco que también fantaseaba. En cualquier caso, había que dormir y ella era demasiado insistente con sus pensamientos.

Puse de fondo un canal de Youtube donde hablaban de casos paranormales. La voz de ese chico relatando lo sucedido era de lo más perfecta para coger el sueño mientras lo escuchábamos, así que fue la manera en la que conseguí que nos quedáramos dormidas.

Capítulo 5



—¡Vamos para arriba! Que nos esperan los escoceses —saltaba Alexandra en lo alto de mi cama.

—Joder hija, más bruta y no naces —me senté en la cama y puse mis manos en la cara.

—Niña, esos ánimos que nos esperan “los faldas sexys” —dijo emocionada.

—Yo me cago en todo, vaya despertar me has dado —me fui al baño a encerrarme en él, ducharme y vestirme.

—Eso, no preguntes si la que se levantó antes lo necesita.

—No haber dado por saco y haberte metido —saqué la lengua y cerré la puerta del baño.

—Sí, sí, no te preocupes. Eso se llama “la que venga atrás que arree...”

Salí diez minutos después y olía a tabaco.

—Has fumado y nos pueden multar —resoplé.

—Pues no hay pruebas, lo tiré por la venta —se metió al baño.

Menos cabeza que una niña pequeña, tenía la merluza aquella. A mí me iba a dar algo con ella cualquier día, menos mal que la quería con locura y sabía que tenía un fondo que pocas personas poseían.

Salió del baño un rato después sonriente. Cogimos las maletas y bajamos. Ya estaban esperándonos con el coche, en el cual metimos las cosas y nos fuimos a desayunar antes de comenzar el viaje.

—Vuestros padres se van a echar las manos a la cabeza al vernos aparecer con nosotras —dije riendo mientras tomaba el café.

—Tranquila —dijo Andrew sonriente —os quieren hacer mañana hasta una comida típica, así que seréis bien recibidas, de todas maneras, dormiréis en nuestras casas, no en las de ellos —levantó la ceja.

—A mí como si me ponéis una tienda de campaña en una esquina de las tierras —dijo Alexandra sonriendo ampliamente.

—No, por favor, ¿quién osaría hacer eso? —dijo Alec negando con la cabeza.

—Cualquiera, pues hay que tener mucha valentía para aguantar a dos españolas unos días —respondí.

—Para nosotros es un verdadero placer —dijo Andrew sonriente.

Placer es el que pensaba yo darle al guapito de cara aquel. Se me hacía la boca agua solo de escucharlo. Aquella idea me hizo sonreír internamente.

Terminamos el desayuno y le di la llave del coche para que condujera. Él era el que conocía las carreteras bien y yo prefería disfrutar del paisaje que nos iríamos encontrado por el camino,

ese que tanto había imaginado por los libros y visto por las redes.

Durante el trayecto me iba describiendo los lugares, además que paramos en un lugar que constituía un paraje único e idílico. Allí nos tomamos un refresco y estiramos un poco las piernas antes de proseguir el viaje.

Él me comentaba que afrontar el camino a las Highlands era como lanzarse a la conquista de una región tan mágica como mítica.

—Para mí, el simple hecho de conducir por la izquierda, ya es una aventura. No necesito más —reí.

Conforme nos íbamos acercando a las Tierras Altas comprendía por qué dicen que es un paraíso que conviene explorar con tranquilidad.

Aquella región montañosa en la que la mayoría de las carreteras no eran más que caminos asfaltados con los apartaderos, que ellos llaman “passing places” para facilitar el cruce sin problemas de los coches, era digna de hacer un kit —kat en nuestras vidas, para saborear con intensidad.

—Las Highlands son un cóctel de lagos con monstruos, regiones remotas, viejos círculos de piedra en los que viven los espíritus de los druidas y castillos encantadores y encantados —dijo.

—Tú sí que eres encantador —solté —provocando en él la más irresistible de las sonrisas.

Andrew era una persona culta. Se notaba a la legua y a mí la cultura y la inteligencia siempre me habían gustado más que a un tonto un lápiz. Además, era muy amante de la historia y de todo lo que atañía a sus antepasados. Me entusiasmaba escucharlo.

Además, me contó su día a día allí. Se le notaba muy feliz con su vida. Adoraba estar en aquel rincón disfrutando de las tierras familiares, esas que tenían de todo: ganado, caballos, productos de la tierra...

Sus padres tenían sesenta años. Cuando él nació, ellos eran todavía muy jóvenes. Los describía como las personas más nobles y honestas que jamás había conocido. Se le notaba ese amor que sentía hacia su familia y la unión con su hermano Alec.

Había tenido una relación con una chica durante cinco años, pero esta no quería vivir allí. Además, consiguió una plaza en Glasgow y se trasladó para trabajar como enfermera en uno de los hospitales de la ciudad.

Tras su marcha, él quedo destrozado. Le había costado mucho levantar cabeza y superar la ruptura de la que pensó que iba a ser la mujer de su vida. ¡Ella se lo había perdido!

Todo lo contrario de lo que le sucedió a Alex. Él estuvo con una chica con la que todos pensaban que se iba a casar, muy querida en las tierras de la familia y considerada como una hija más.

En el caso de ellos, el problema fue que Alec se dio cuenta de que aquella relación no le hacía feliz, que era más cariño que pasión y decidió romper antes de dar el gran paso, cosa que causó mucho dolor, pero que respetaron y apoyaron, pues ante todo querían su felicidad.

Según me contó, sus padres estaban muy unidos, se respetaban, se complementaban y tenían muy buen rollo. En las tierras todos los trabajadores los querían mucho y eso hacía que el ambiente allí fuera muy bueno entre quienes las trabajaban.

Conforme más nos íbamos acercando, más tenía la sensación de que iba a descubrir algo que me recordaría ese viaje toda la vida. Iba a sentir este país en toda su esencia, con sus gentes, con su día a día.

Estaba feliz, emocionada. A medida que hablaba con Andrew se acrecentaban mis ganas de descubrir todo lo que rodeaba su vida. Me parecía una persona de lo más interesante.

—Lo último que podíamos pensar Alexandra y yo cuando proyectamos este viaje es que finalmente íbamos a terminar conociendo las Tierras Altas de la mano de dos Highlanders. ¡Es la bomba! —exclamé.

—Si te sirve de algo, tampoco podía imaginar cuando nos fuimos el otro día a Edimburgo que iba a volver tan bien acompañado. Y mi hermano también. Vamos, que hemos triunfado por partida doble —rió.

Triunfar, triunfar íbamos a triunfar los dos cuando por fin estuviéramos a solas, porque yo no sabía si me la región era o no mágica, como él decía, pero a comprobar si lo eran sus polvos, a eso estaba de lo más dispuesta.

En ese momento me sonrió y me hizo gracia pensar en el hecho de si podría haberme leído el pensamiento, ¡hubiera sido la monda!

Ya estábamos entrando en su territorio, ese que nos abriría las puertas a uno, dos, tres o varios días...el destino decidiría.

Capítulo 6



Aquello era impresionante. En el sentido más literal de la palabra. Las fincas estaban a las afueras del pueblo dando a unas vistas espectaculares a orillas de Loch Broom.

La suya era una finca de muchas hectáreas y en medio, la impresionante casa de sus padres. A un lado mirando al lago estaban las casas de Andrew y Alec.

Aparcamos los coches entre las dos casas y mi amiga me dijo descaradamente que se iba con Alec. Este reía feliz y Andrew se encogía de hombros diciendo que me tenía que aguantar e irme con él.

—Hasta luego, cafrecilla. Que lo pase usted de lujo —dije.

—Ídem —sacó la lengua y se fue dando brinquitos, muy Heidi ella, se debía pensara que llevaba a Pedro de la mano.

Vaya problema el mío, pues encantada que me iba con aquel macizorro...

Entré a la casa y aquello era precioso. La entrada amplia y espaciosa y al final unas cristaleras que daban al lago con una terraza. En ese pasillo, a la derecha, una imponente cocina también con amplios ventanales. A la izquierda un buen cuarto de baño y al fondo, donde las cristaleras, el salón cogiendo todo el ancho de la casa.

En la parte de arriba había cuatro dormitorios y dos baños, uno en el pasillo y otro en la habitación principal. Aquello era realmente precioso. No tenía palabras.

Al ver tanto dormitorio pensé que esperaba que en ellos quisiera meter muebles y no niños porque, de ser de otro modo, más que una mujer iba a necesitar una coneja y yo no estaba por esa labor.

Dejamos mis cosas en una de las habitaciones de invitados. Me dijo que eligiera dejando entrever que podía dormir con él, pero los nervios me hicieron salir pitando a una de las habitaciones de invitados y plantar mis cosas ahí.

—Siempre tienes tiempo a cambiar de opinión —dijo apoyado en el quicio de la puerta.

—Claro, pero no de golpe, que me muerdo del susto. Además, aquí hay dos camas, te puedes venir, te dejo en ese lado de la habitación —dije con sorna bromeando.

—Todo es pensarlo —carraspeó.

Por mucho que yo fantaseara una y otra vez imaginándome en la cama con Andrew, tenía que reconocer que la infidelidad de Marcos me había marcado en ese sentido y necesitaba coger confianza antes de volver a compartir cama con un hombre.

De hecho, la noche antes, después de darle unas pocas de vueltas al respecto en el dormitorio con Alexandra, ella dijo una de las suyas.

—Pero ¿dónde esté escrito que ahora te vaya a dar miedo darte un revolcón con un tío bueno?

—me dijo.

—No, mujer, a ver, miedo, miedo, tampoco es.

—Entonces, ¿qué puñetas es?

—Pues nada, que yo creo que lo que necesito es un empujoncito.

—En ese caso ni te preocupes porque no digo yo un empujoncito, ese te va a dar un empujón que te va a embarcar en Venus, ya lo verás...

—Ea, pues ya me has dejado más tranquila. Sabía yo que con tu sensibilidad estaba a salvo, bonita.

—¡Nada, nada, a mandar! —dijo.

Estaba inmersa y riendo para mis adentros con ese pensamiento cuando Andrew me indicó que le siguiera.

Bajamos a la cocina y sacó del frigorífico dos cervezas. Luego puso un cuenco con unas patatas chips y otro con queso.

—Así no vais a conseguir echarnos de aquí —reí al mirar lo bien que ponía todo.

—Bueno, espacio hay —me miró sonriente.

—No se lo digáis así a Alexandra que pide hasta excedencia un año —dije con sorna.

—La ponemos a currar aquí. Hay mucho trabajo en la finca —reía.

—Eso no le va a hacer tanta gracia, me temo —volteé los ojos.

—Vaya, pues no sabe lo que se perdería. Aquí se vive muy bien —levantó la ceja.

—Eso he oído. Lo que sí tengo que reconocer es que debe ser muy diferente al tipo de vida al que nosotras estamos acostumbradas.

—Eso no puedo rebatírtelo...

—Pero vaya, que eso no le resta ni un ápice de mérito al sitio que, como bonito, es un rato largo...

—Gracias por la parte que me toca.

—Y tu casa me ha dejado obnubilada. Es muy...

—Termina la frase, por favor.

Me había quedado un poco cogida y tenía que arrancar la moto...

—Pues muy Andrew, en realidad...

—Define eso, por favor.

—A ver, es todo como muy agradable y hospitalario. Parece que entras en tu propia casa.

—Eso me encanta. Es justamente lo que deseo. Espero que te sientas aquí como en tu hogar durante el tiempo que decidas permanecer.

—¡Vamos que estoy en mi casa!

—Justo eso...

—Pues sal que la pongo en venta —reí y él se contagió.

Estuvimos un rato allí y luego nos fuimos a dar el encuentro a los chicos. Nos íbamos a comer a casa de sus padres, una construcción al estilo medieval, sublime. Eso sí, amplía hasta decir basta, como unas cuatro veces más grande que la de los chicos. Aquello imponía de una forma brutal.

—Madre mía, si esto debe ser como el Palacio de Liria pero en las Highlands —dijo Alexandra cuando cruzamos el umbral de la puerta.

—Sí, con la única diferencia de que aquí no creo yo que se bailen muchas sevillanas...

—Eso será porque no queremos, porque yo me pongo los zapatos de tacón y taconeo, como decía Mecano en la canción de “Una rosa es una rosa” —soltó ella.

—Tú sí que estás hecha una rosa, bueno mejor una capulla —dije.

Su madre nos recibió como si nos conociera de toda la vida. Era una mujer con una sonrisa llena de amor y ternura. Nos agarraba las manos, feliz.

—Es la antítesis de una suegra —me dijo ella por los bajinis en un momento dado.

—No hace falta que lo jures, ni escoba de bruja tiene, ni nada parecido —reí, recordando a la madre del innombrable.

Su padre derrochaba humildad y sonrisas, lo mismo que su mujer. Se llamaban Cameron y Megan, dos personas que se hacían querer desde el minuto uno y que nos habían preparado una mesa de lo más elaborada como recibimiento.

Alexandra nos hizo reír mucho durante la comida. Ellos no paraban de llorar de la risa y sus padres negaban con la cabeza. Entre lágrimas, decían que se notaba que veníamos de España, que llevábamos la gracia en la sangre.

—Por favor, tenéis que venir a comer más veces. Esto no tiene precio —decía su padre dando patadas en el suelo.

—¡Pero solo si paras de dar patadas que parece que tienes el baile de San Vito en las piernas, Cameron! —dijo Alexandra.

Se tiraban al suelo con nuestra forma de expresarnos, ya que intentábamos hacer un híbrido entre nuestras expresiones habituales y el inglés, y aquello era un descoloque

Bebimos vino a reventar y eso ya fue el remate, porque Alexandra achispada no tenía desperdicio. Vamos, con decir que al final sí que se puso a taconear y todo... ¡Bendito el día que ideamos viajar a las Highlands!

—Tú canta que yo bailo —Adara.

—Tú estás majara, jodida...

—No seas aguafiestas, que cantar y bailar al mismo tiempo no puedo, que me desconcentro.

—Si es por música, yo pongo música celta —dijo Megan.

—No, Megan, bonita. No puede ser, que taconear con música celta, no termino de verlo....

El asunto es que al final allí me vi a voz en grito cantando “una rosa es una rosa, es...”, mientras ella “taconeaba” con sus Converse puestas. Todo un espectáculo, digno de ser filmado y que efectivamente quedó recogido para la posteridad.

Nos fuimos a dar una vuelta por las tierras durante la que nos enseñaron de qué vivían ahí. La verdad es que tenían muchos trabajadores y todo estaba muy organizado.

Llamaba poderosamente la atención el medio de vida de aquel lugar, con el que me quedé impresionada. Era un remanso paz, todo desconexión. Allí no existía el estrés, ni nada parecido a ello.

Esa noche preparamos una cena en la casa de Alec, en la terraza, mirando a aquel lago que era una preciosidad. Él insistió en que cenáramos juntos y ya luego, para dormir, “cada mochuelo a su olivo”.

—Una cosita rapidita que estoy deseando hincarle el diente a mi Highlander, no os vayáis a poner a contar batallitas después de la cena, que me cago en todo y en más —me advirtió Alexandra, toda dulzura, en su línea, antes de la cena.

—No mujer, tranquila. Yo también tengo muchas ganas de ir tanteando el terreno —le dije.

—Tú tantea lo que quieras, pero luego que te la meta hasta el fondo —dijo, en otro alarde de elegancia.

Ya en casa de Alex, yo estaba alucinando con la belleza del entorno y con el amor y respeto de

desprendía esa familia. Eran increíble las sensaciones que tenía desde que había entrado en esas tierras. Parecía como si hubiera recobrado una parte de mí que estaba muerta: la libertad...

Con la vista retrospectiva, pensé que había que joderse. No podía haber estado más apartada de la realidad en los últimos tiempos. Recordé aquella frase de “Y con la venda de los ojos me hice un lazo en el pelo. Ahora estoy más guapa y menos ciega”.

Alec y Alexandra se hacían muchas muestras de cariño. Algo me decían que ya habían pasado por unos momentos más intensos que los simples besos. Habrían intimado cuando estuvimos cada pareja en una casa, porque se les notaba de lo más cómplices y melosos el uno con el otro.

Andrew me regalaba miradas que traspasaba mi piel, pero yo me ruborizaba. El haber estado tanto tiempo con el mismo hombre me había vuelto una extraña en ese mundo de la seducción y la atracción. Me sentía ruborizada en todo momento con esas miradas.

—Pues conmigo bien que se ve te va la lengua, que si el Highlander por aquí o por allá —me decía en aquellos días Alexandra.

—Ya, pero entre nosotras. El caso es que luego basta con el hecho de que me mire para no saber dónde meterme. Me quedo de lo más cortada.

—Pues espabilando que es gerundio —me decía siempre ella.

Cuando terminamos la cena nos fuimos para casa de Andrew. No podía ser más caballeroso y eso me derretía. Se quedó a dormir conmigo en la habitación de invitados, en la otra cama. Nos separaba un metro con la mesita de noche de por medio.

Nos quedamos de cháchara, hablando sobre nuestras vidas, sobre lo vivido con Marcos y el proceso de adaptación al que me había tenido que someter de golpe.

En realidad, eso era lo peor de todo, que fue sin previo aviso, pero lo cierto es que cada vez notaba que era lo mejor que me había podido pasar, pues aquello no era amor, al menos por su parte.

Andrew exponía unas reflexiones que me hacían ver el sentido y el porqué de las cosas.

Si me sinceraba conmigo misma me hubiera encantado dormir abrazada a ese hombre, besarle, pegarme a él con fuerzas. Tenía algo que atraía como un imán.

Luego ponía los pies en la tierra y tomaba conciencia de que yo no me veía preparada, por mucho que lo fantaseara, pero aún tenía el corazón roto en mil pedazos.

Procuraba parecer restablecida, pero por muy fuerte que me vieran, por muy bien que lo hubiera comenzado a asumir desde hacía unos días, yo sentía que todo mi mundo se había resquebrajado y aunque quería probar nuevas experiencias y vivir todo de golpe, la realidad es que me daba miedo, mucho miedo...

No tardé en quedar dormida después de escucharlo hablar con tanto cariño, pero entre el vino, el viaje desde Edimburgo y el largo día, ya estaba demasiado agotada, por mucho que no quisiera caer en brazos de Morfeo, no puede resistirme.

—Lo siento mucho, pero creo que se me está agotando la batería —dije.

—Haberlo dicho, te traigo el cargador —contestó de lo más servicial, como siempre.

—No, no digo la del móvil —reí —Me refiero a la mía. Estoy ya cansadita.

—Vale, soy un torpe y un charlatán. Duerme preciosa. Buenas noches.

—Buenas noches, Andrew. También te deseo que descanses.

Capítulo 7



Desperté y no estaba en la otra cama...

Fui al baño y me duché. Luego bajé y estaba en la cocina tomando un café y preparando el desayuno.

—Buenos días —sonreí al entrar.

—Buenos días, guapísima —se acercó y ante mi asombro me agarró por la cintura y me pegó a él, dándome un tierno beso en la mejilla —¿Dormiste bien?

—De lujo —sonreí aún sostenida entre sus brazos.

—Dame un beso —dijo mirándome sonriente.

Le di un beso en la mejilla y negó con la cabeza.

—Ahí no —rio.

—No me hagas esto que me muero de la vergüenza —puse mi cara sobre su hombro y reí ruborizada.

—Si no hay beso, no hay desayuno —carraspeó, bromista.

—Me muero de la vergüenza —reí en su hombro.

Me separé, lo miré y le di uno rápido. Me volví a separar y se quedó sonriente mirándome mientras seguía preparando el desayuno.

—¿Suficiente? —pregunté, tan cortada como risueña.

—De momento sí —contestó, divertido.

Puso el desayuno en la mesa mientras me lanzaba unas miradas que me lo decían todo. Yo no podía aguantar ese rubor que parecía que iba a hacer estallar mis mejillas.

—Tú amiga y mi hermano se han ido al pueblo a comprar algunas cosas. Luego comeremos aquí.

—O sea, comen aquí, pero van ellos a por las cosas —reí.

—Los mandé, así se entretienen y yo te dejaba dormir un poco más —se sentó en aquella amplia mesa, frente a mí.

—Alexandra se despierta súper temprano. Siempre me andaba despertando a mí en Edimburgo, vaya habilidad tiene para madrugar. Yo creo que tengo perdidas las energías —reí.

—Yo creo que tú estás falta de que te mimen y cuiden mucho —dijo en tono bromista, pero con un ápice de verdad.

—No te voy a quitar la razón —contesté, con ganas de recibir mimos.

—¿Te apetece hablarlo?

—Ahora mismo no —negué con la cabeza.

—Bueno, pues cuando quieras, aquí estaré.

Internamente pensé que, si ya tenía narices hablar de los sentimientos de una abiertamente, hacerlo en inglés, idioma en el que me defendía bastante bien pero no tenía la misma fluidez, ya era la leche. Sonreí.

Tras el desayuno recogimos la mesa y me puse a fregar. Andrew no quería, pero a cabezona no me ganaba nadie y no iba a estar por la cara esperando a que me lo hicieran todo. Yo no era así y no lo iba a permitir.

—Desde luego, ¿no ibas a dejar que te mimara? —me preguntó un tanto alucinado al ver lo dispuesta que estaba a recoger la cocina.

—Pues lo mismo sí —reí.

—¿Y entonces? —volvió a preguntar él.

—Entonces, recibir mimos no tiene nada que ver con no poder arrimar el hombro. No se me caen los anillos por fregar un par de vasos y platos, no te preocupes.

Cuando terminé de fregar me sequé las manos y ahí estaba él pegado a mí.

—Abrázame con fuerzas —dijo riendo.

—¿Y eso? —reí nerviosa.

—Te falta un poco para dar lo mejor de ti, te cuesta abrazar, lo haces con miedo. No sientas que es nada por encima del afecto y déjate llevar —abrió sus manos produciendo en mí un ataque de risa nervioso.

En el fondo tenía razón. La separación de Marcos me había vuelto una persona insegura, fría y yo era muy cariñosa. Es más, Alexandra, que de eso sabía tela, me comentaba que hasta mis gestos denotaban una actitud de estar a la defensiva.

Lo abracé con fuerzas y sentí el cariño con el que él lo hacía. Nos quedamos así cerca de un minuto. Me besaba la curva del cuello y yo noté que el mundo se paraba en ese momento.

—¿Mejor? —preguntó al separarse cogiendo mis manos.

—Sí —dije riendo enrojecida.

—Te han hecho mucho daño, pero sé que dentro de ti hay una gran cantidad de amor y eres una persona especial. Tengo mucha intuición y no suelo fallar —carraspeó mirándome sonriente.

Salimos a la terraza con otro café. Era de los míos, necesitaba bastante para afrontar la mañana...

—Son increíbles estas vistas —dije encendiendo un cigarro.

Se puso detrás de mí y me abrazó mirando al lago. Un cosquilleo recorrió mi estómago.

—Mira al horizonte, piérdete en las vistas, siente como si todo estuviera a tus pies y como si nada enturbiara lo que tienes ante ti —dijo produciendo un cosquilleo en mi barriga.

—Eso hago. No sabes lo increíble que es esto, no te imaginas la suerte que tienes de vivir aquí.

—La misma suerte que el haberte conocido —besó mi cuello y me giré.

Le di un beso y él lo llevó a más profundidad. Estuvimos unos instantes con esos besos tiernos y a la vez de lo más excitantes. A mí me revoloteaban todas las mariposas que tenía en mi interior. Era algo que deseaba cada vez más.

Nos miramos sonrientes y volvimos a abrazarnos, esta vez con fuerzas, de una forma que me decía que tenía que dejarme llevar por ese momento y por aquel hombre que la vida había puesto en mi camino y, que a pesar de saber que tenía fecha de caducidad, quería disfrutar a tope, dejar salir aquella mujer que había en mi interior.

—¿En qué piensas? —mi niña.

—En nada. Estoy feliz. Simplemente es eso. Hacía mucho tiempo que no me sentía así —dije.

Estuvimos un rato entre arrumacos, miradas, besos y demás gestos de complicidad que lograban sacarnos una sonrisa de esas que desnudan el alma y alegran al corazón. Así al menos me sentí yo, además de comprobar que él también parecía estar cómodo y con ganas de ese momento. Al menos lo buscaba tanto o más que yo.

Un rato después, llegaron los chicos. Habían comprado carne para la barbacoa situada entre las dos casas, en un jardín impresionante, así que sacamos cervezas, patatas chips y nos pusimos a preparar todo mientras una música relajante de gaitas amenizaba la mañana.

Mi amiga estaba de lo más feliz, no paraba de hacer carantoñas a Alec. Este se desvivía también con ella y se dejaba querer.

Andrew también, pero yo era más vergonzosa y me costaba delante de ellos actuar con demasiada naturalidad. Además, que se me hacía extraño, quisiera o no, todo me hacía recordar que venía de una relación de mucho tiempo, donde el centro del mundo era Marcos, el eje sobre el que había girado mi existencia.

Pasamos todo el día los cuatro, ni aparecimos por casa de sus padres. Esa jornada la habíamos tomado de relax, cervezas, música, charlas y apartados de todo y todos.

Por la noche, al subir a las habitaciones Andrew cogió mi mano y tiró hacia su dormitorio. Era el principal y más amplio, además de tener una cama el doble de una normal de matrimonio. Yo reí avergonzada, le pedí que me dejara ir a poner los pantalones cortos y camiseta de dormir.

Me cambié en el otro cuarto y creo que estuve echando a “pito pito gorgorito” si hacer o no el amor con él. Por una parte, mi cuerpo lo pedía a gritos, pero por otra, la idea me seguía dando pavor.

Era injusto que una relación en la que yo solo había dado y dado, me hubiera dejado así de tocada. Eso sí, al menos no hundida.

Terminé de analizar mis pensamientos con calma. Sabía que no tenía que precipitarme e intuía que la persona que tenía al lado me lo iba a poner muy fácil en ese sentido. Al final, era una chica con suerte, como siempre me decía mi madre.

Tras cambiarme, entré y nos metimos en la cama. Yo estaba de los nervios. Nos besamos, abrazamos y sonreímos, pero no pasó nada más. Él tenía mucho tacto y sabía que yo estaba realmente bloqueada, que me iba a dar algo sí él intentaba dar un paso.

—Duerme, preciosa —dijo, para mi absoluta tranquilidad.

—Ok. Lo intentaré. Tengo que reconocer que la cama es alucinante —dije, en un intento de no pillarme los dedos en nada.

—¿Solo la cama? —dijo, buscándome la lengua.

—La cama y la compañía —sonreí. No lo dudes. Le di un sonoro beso en la mejilla.

La forma en la que me abrazaba me hacía sentir bien. No había duda de que aquel hombre era especial y me lo demostraba por instantes. Bien merecía al menos un cumplido por mi parte.

—Me encanta tu pelo rubio —dijo.

—¿Y no se te ha caído el mito? —pregunté.

—¿Qué mito? —miró extraño.

—El de que todas las andaluzas somos morenas y vamos con el traje de faralaes...

Se echó a reír de aquel modo que embelesaba. Su risa producía en mí una especie de efecto hipnótico que me encantaba.

—Bueno, algo de eso hay. De hecho, tu amiga taconeaba que no veas —dijo.

—Ese trasto de amiga que tengo es que sirve igual para un roto que para un descosido —añadí, sin darme cuenta de que esa última frase la había dicho en español.

Me miré riendo y traté de hacerle alguna traducción lo más exacta posible. Me hice un lío y al final, acabamos riéndonos los dos...

Capítulo 8



Su mano en mi barriga acariciando fue lo que me despertó.

Giré la cabeza y lo miré sonriente. Le di un beso que me salió del corazón, con un “buenos días” de lo más cariñoso y mimoso. Así estaba yo, necesitaba mimos esa mañana.

Me abrazó y me pegó a él sonriente.

—He dormido de vicio, que cama más cómoda —dije entre besos.

—Me alegro. Yo también dormí genial abrazado a ti —carraspeó sonriente y lo volví a besar.

Sus manos se fueron a mis glúteos y me arrastraron, colocándome encima de él. Noté su miembro, pero me hizo gracia, se iba subiendo por momentos mientras nos besábamos entre risas.

Me daba pudor pensar en verme desnuda delante de él. Lo deseaba, pero rezaba porque ese día no fuera el momento. Aún necesitaba soltarme más, sentirme más yo, no de esa manera que todo me frenaba, como si el pasado me golpeará a modo de látigo.

—Estás monísima con ese pijama —me dijo.

—Gracias —saqué la lengua.

—Bueno en realidad te sienta de lujo todo lo que te pongas. Eres como una muñequita...

—Una muñequita rubia, ¿no?

—Sí. Una “Barbie” —contestó él, muerto de la risa.

—Y tú eres el Ken, ¿no?

—O por lo menos es lo que quiero —dijo, sacando de nuevo a relucir aquella preciosa sonrisa.

Estuvimos un rato jugueteando con caricias y besos, inclusive tocó mis pechos y se le escapó algún gemido, pero no pasó nada más, nos quedamos con las ganas.

No había duda de que, en su caso era por respeto hacia mí y por no hacerme sentir mal al precipitarlo todo y, en el mío, por ese miedo cervical que aún seguía existiendo en mí pero que poco a poco iba canalizando.

—Igual tienes hambre —dijo —¡Venga perezosa, arriba!

—¿Y tú? ¿Tienes hambre?

—Sí, pero no te voy a contestar de qué salvo que sea en presencia de mi abogado.

—Lo pillo, lo pillo —dije, ya más suelta.

Nos fuimos a la cocina y cogí unas uvas. Me senté sobre la mesa mientras charlábamos y me las comía según él preparaba las tostadas y el café.

Estaba claro que era cierto que pretendía mimarme. Se notaba en cada gesto, a cada momento...

Nuestras miradas eran continua provocación y sensualidad. Me iba soltando poco a poco pero no por ello dejaba de ruborizarme.

Sentía que estaba viviendo un momento de cuento, de esos que aparecen en tu vida cuando menos lo esperas, inclusive cuando aún no es el momento, pero algo me decía que el universo era muy sabio y sabía cuándo sí o cuándo no lo era y este debía serlo.

Tras el desayuno nos fuimos al encuentro con los chicos que ya estaban en el coche de Alec esperándonos.

—¿Qué tal, chicos? ¿Cómo habéis dormido? —pregunté. Yo parecía nueva o algo, me las buscaba sola...

—Poco —respondió Alexandra —guiñando el ojo.

Nos fuimos al pueblo a pasar el día. Querían que conociéramos con mayor profundidad ese lugar que los vio nacer y por el que se movían habitualmente.

Yo estaba encantada porque todo lo que fuera sentirme más cerca de ese chico me cautivaba y conocer sus orígenes me ayudaba a hacerlo.

Cuando nos bajamos del coche Andrew me agarró la mano. Los otros dos iban delante andando agarrados por el hombro y la cintura. Eso era empezar unas vacaciones en manos de dos Highlanders... ¡Quién nos lo iba a decir!

Entramos en un bar de madera muy chulo, Escocía en toda su esencia...

Mi amiga estaba desatada. Pidió un chupito además de la cerveza y ahí fuimos todos a acompañarla. Como decía Alec, “era de muy malas personas dejarla sola”.

—¡Viva la madre que parió a Escocia y a las Tierras Altas! —soltó con ganas de empezar a liarla...

Con ella se sabía siempre cómo comenzaba la fiesta, pero no cómo terminaba.

Andrew era un payaso disfrazado de señor, pero tenía cada punto que me hacía reventar de la risa, sobre todo cuando buscaba a Alec y a Alexandra que sin pelos en la lengua le soltaban barbaridades.

Había momentos en que Alexandra y yo nos mirábamos y pensábamos lo mismo. Seguro que ella también tenía claro que, de haber sido de Málaga, como nosotras, no hubieran podido ser más graciosos.

—Dos chupitos más y me pongo a taconear aquí mismo y revoluciono Ullapool entero —decía con unas ganas de cachondeo que tiraban para atrás.

—Y lo hace y lo hace —advertí, para risa de los chicos —No conocéis al “Huracán Alexandra” en toda su magnitud —dije.

Empezamos a tomar cervezas y chupitos. Ya era mediodía, así que pedimos unas hamburguesas con patatas que era lo único que preparaban de comida en ese bar. Allí solo se servían bebidas, pero vamos, ese menú era excepcional, joder cómo cocinaban los escoceses...

Mi amiga... Bueno ella estaba más que desatada, quería una fiesta en plan escoceses, ellos con sus kilt, y nosotras con faldas hechas de la misma tela de tartán.

—Y la quiero y la quiero —repetía una y otra vez. Vamos que yo no me voy de aquí sin fiesta como Alexandra que me llamo —dijo.

—Que sí, mujer, que estos chicos te van a preparar una que vas a flipar —añadía yo, haciendo fuerza, como si jugáramos al poli bueno y al poli malo.

—Di que sí amiga, porque si no, no los invitamos a la feria de Málaga y entonces no van a saber lo que es “gloria bendita”.

—No, no. Eso no nos lo perdemos por nada del mundo —dijo Alec.

—Si es que tiene delito haber estado varias veces en España y no conocer Andalucía. Vamos, que si mi amiga y yo no venimos a por vosotros no os enteráis de la película... —dijo Alexandra.

—No te preocupes que ya la conoceremos, guapa —añadió Alec, lanzándole un beso.

A mí, la sola idea de poder devolverles todo aquello que estaban haciendo por nosotras me maravillaba y ya me imaginaba por toda Málaga con mi Highlander de la mano. ¡Este chico le había dado un giro de tuerca a mi mente en tan solo unos días!

De allí nos fuimos a otro pub, o bar, como quiera que se llamen, pero eran todos a cuál más bonito. Además, las personas de ese lugar eran amables, hospitalarias y muy predisuestas. Se notaba en el ambiente, con todos los que nos cruzábamos y nos saludaban nos recibían con las mejores de sus sonrisas.

—Desde luego aquí la gente es la caña —dije —Sabía que merecía la pena venir, pero no podía imaginar cuántas cosas nos perderíamos de no hacerlo... —dije, de lo más contenta.

—Y te digo que todavía no has descubierto algunas de las mejores —soltó Alexandra, de lo más descarada y guiñándome un ojo.

Era igual desde pequeña. Todo lo que se le venía a la mente lo espetaba, tal cual, sin darle forma y sin anestesia.

—Calla, jodida, que nos ha mirado todo el pub —dije, entre dientes.

—Da igual —decía ella —Si ellos ya lo saben. Por algo tienen fama los Highlanders —seguía sonriendo como si tal cosa.

—A ti te da igual ocho que ochenta, muchacha... —le dije.

—Pues sí, mira y ahora di lo que te dé la gana porque será verdad que estoy más raspada que la espalda de un violín, pero digo las verdades como puños...

—No tienes remedio, no tienes remedio —negué con la cabeza.

—Pero ¿qué he dicho? —preguntó. Si no he dicho nada de que sean como el negro del WhatsApp ni parecido —volvió a soltar...

Los chicos miraban atónitos y empezaron a reír de tal modo que resonaba en todo el pub.

—¿Ves? A ellos les gusta que yo les diga cositas —decía la jodida, sintiéndose respaldada — Además, es que tú me las pones a huevo y yo solo tengo que...

—Que batarla, que batarla —terminé yo la frase que tantas veces en su vida le había escuchado decir.

Si algo tenía claro es que ese día era de fiesta total y que íbamos a dar todo de nosotros, pues la vida estaba para celebrar y por qué no, para cogerla doblada, ¡para eso estaban las ocasiones!

Ese momento en que Alexandra comenzó a bailar con la música celta en plan jota, me morí de la risa, aunque no fui yo sola, pues se desternillaron igualmente los hermanos y todos los que estaban en el local que la animaban y vitoreaban: una vergüenza, lo bueno es que no nos conocía ni Dios.

Una vez salimos de allí, decidimos que era hora de ver más cosas o, al final, lo único que íbamos a poder decir de Ullapool es que se cogían unas cogorzas de mucho cuidado...

A esas alturas ya habíamos comprobado lo que los chicos nos contaban de aquel sitio, que era

uno de los paisajes más impresionantes que se pudieran encontrar en Escocia.

Por lo visto, estábamos en una de las ciudades más bonitas de las Highlands, con unos parajes incomparables y con todo lo tradicional que se pueda encontrar en Escocia.

—Aquí donde lo veis Ullapoll fue fundada como un pueblo de pescadores de arenque. Al estar ubicado en la costa oeste del Lagro Broom, ya podéis imaginar que tiene un acceso muy fácil al mar y eso hizo que su puerto fuera ideal para la pesca... —dijo Andrew.

—¡Puñetas! Parece que te has tragado un guía —dijo Alexandra, partida de risa.

—No lo sabes tú bien —añadió Alec. No es porque sea mi hermano, pero creo que no hay nadie en todo el pueblo que conozca mejor todo sobre que él que mi hermano.

—¡No exageres! —dijo, aunque la verdad es que siento pasión por mi pueblo.

—Muy pasionales me parecen a mí estos chicos —dijo Alexandra, para buscarles un poco la lengua.

—Ven aquí, que te como —le respondió Alec, para darle un besazo de película.

—Sigue anda, que a mí me interesa. Deja que estos dos se entretengan mientras —dije.

—Bueno ahora sigo, pero ven tú también anda que, si no, se queda ¿el banco cojo? ¿No es eso lo que decís vosotras? —dijo con un montón de gracia.

Me encantó aquel beso improvisado. Estaba claro que cada vez estábamos todos más a gusto y se notaba tela de las marineras, y nunca mejor dicho, en aquel pueblecito que olía a mar por los cuatro costados.

Lo cierto es que íbamos todos plétóricos por sus calles. El paseo marítimo nos encantó. Allí nos hartamos de hacernos fotos y selfies. Los cuatro juntos, por parejas, luego las chicas poniendo morritos, ellos poniendo cara de tipos duros, ¡eran para comérselos!

—No somos nosotras las únicas extranjeras, ¿verdad? —pregunté llamándome la atención que, aparte de los escoceses locales, había muchos trabajadores de Europa del Este.

—No, no, claro. Hay muchos que vienen hasta aquí a trabajar.

—Se nota también que vienen de un clima fresquito porque de Málaga, no debe haber mucha gente, ¡la Virgen si hace rasca aquí! —dijo Alexandra.

—Eso es verdad —dije —Yo solo me quedo en mangas cortas ahora un ratito al mediodía, pero luego me falta nada más echarme un poncho peruano por encima —dije.

Los chicos se echaron a reír. Para ellos aquello era bastante calor...

—Pero no negaréis que está guay la cantidad de horas del día que tenemos de sol. Desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche...

—Bueno, de sol, sol, tú sabes —dije —Pero vamos que te entiendo quieres decir horas de día...

—Eso —dijo él.

—Es verdad. Yo me he quedado loca. Aquí amanece a una hora que no deben estar puestas las carreteras ni nada todavía —dijo Alexandra.

Volvimos a reírnos con sus ocurrencias. Es que había que morir con ella. Y todavía no había terminado una cuando ya iba a por otra.

—Madre mía que vosotros dos hacéis más paradas que un trono de Semana Santa. Me tenéis hasta el gorro ya y eso que no llevo —dijo —quejándose de lo mucho que los chicos se paraban a saludar a sus vecinos.

A mí también me había llamado poderosamente la atención, pero pensando que se trataba de un pueblecito de 1.300 habitantes, tampoco tenía aquello nada de particular. Todos se conocían, como era lógico.

En un momento dado de la tarde nos acercamos a orillas del Lago Broom para divisar desde allí la belleza de la costa noroeste de Escocia en estado puro.

El paisaje que se divisaba a lo lejos, entremezclado con la belleza de las brumas que parecían esconder las montañas era fastuoso.

—Y todavía os quedan por ver muchas cosas —dijo Andrew.

—¿Cuáles? —pregunté.

—Pues las playas de arena blanca de Durness o el pasaje casi lunar del lago Eriboll —contestó Andrew.

Por aquel día ya había estado bien. Estábamos reventados y las copas que llevábamos en el cuerpo iban haciendo mella en forma de cansancio.

Y eso que, por la tarde antes de cenar ya empezamos a cortar, a beber refrescos. Ya no podíamos cogerla más de la que teníamos encima, era mejor frenar por el bien del pueblo y de nosotros.

A mí solo me salía la canción de “Marinero de Luces”, de Isabel Pantoja, esa era la que le pegaba a aquel pueblo pesquero. Era la esencia de todo, así que cómo no, la canté mil veces y hasta los chicos se aprendieron en un español de aquella manera el estribillo.

—Tú dirás que yo con mis bailecitos, pero anda que no estás “dando el cante” tampoco —dijo Alexandra.

—Pues mira sí, que ya me estoy yo animando —reí.

Mi amiga estaba de lo más pillada con Alec. Ya le había dicho hasta que lo amaba más que a su propia vida, a chillidos pelados, en medio de esas calles donde la calma era su tónica habitual.

La suerte era que pocos la entendían, pocos sabían de ese español tan profundo que estaba diciendo emocionada mi amiga. Los chicos sí la entendieron, más que nada porque yo iba traduciendo por momentos.

De allí nos fuimos ya para las casas. Bueno a Alexandra no se le ocurrió otra cosa que meterse en la de Andrew directa a la terraza, así que nos fumamos un par de cigarros durante un rato, antes de irnos a dormir.

Corrijo, la verdad sea dicha, la cogí de la mano y la acompañé hasta casa de Alec con cariño, para que se fuera de una vez, él nos seguía atrás riendo.

Nosotros subimos, me metí en la ducha, me puse el pijama y mientras Andrew hacía lo mismo, me dormí. Vamos, fue algo impresionante, creo que conforme iba cayendo en la cama iba entrando en un coma de esos que te llevaban a colarte directamente en el séptimo sueño, sin pasar por los anteriores.

Capítulo 9



Sus manos de nuevo jugando con mi barriga...

Abrí los ojos y ahí estaba él sonriente, mirándome con ese brillo en los ojos que me hacía sentir especial a su lado, en esos momentos que no solo tocaba el cielo con las manos, sino que me olvidaba de todo y todos, algo que era importante en esos momentos.

—Buenos días, mi Highlander —me acurruqué junto a él.

—Buenos días, mi española —soltó con sorna abrazándome.

—Eso sonó raro —reí apretándolo más contra mí.

—Sonó precioso —me besó con pasión y desenfreno, justo lo que necesitaba yo esa mañana que me había levantado de lo más melosa.

Creo que no hicieron falta palabras, pues las miradas lo dijeron todo. Llevábamos mucho tiempo posponiendo algo que ambos deseábamos desde lo más profundo de nuestro ser.

—Tranquila, deja que todo fluya —dijo, en el más sugerente de los tonos.

Por toda respuesta le sonreí...

Y comenzó a desnudarme, a despojarse de la camiseta y de los pantalones cortos del pijama. Me dejó en ropa interior ante sus ojos ardientes, esos que iban a explotar en deseos.

¿Era mi momento? No lo sabía, pero lo deseaba, no podía seguir aferrada al miedo de lo desconocido. Seguía viviendo en la zona de confort del pasado, ese que ya no me pertenecía y era hora de abrirme a nuevos horizontes, a nuevas cosas, a nuevos cuerpos, como este, el de ese hombre que comenzaba a hacer palpitante mi corazón.

Me puso sobre él y comenzó a desabrochar sigilosamente mi sujetador.

Notaba su miembro viniéndose arriba de una manera imparable. Con el roce me estaba poniendo de lo más caliente y excitada, además de que su cuerpo era imponente, suave y fuerte, me encantaba la sensación de agarrar sus brazos.

Me giró y se puso entre mis piernas. Me quitó las bragas y volví a sentir su mirada clavada en todo mi cuerpo, con deseo, mucho deseo.

Por mi parte, notaba como si el corazón se me fuera a salir del pecho.

Apretó mis pechos y gimió a la vez que se movía un poco para que notara bien su miembro entre mis partes. Aquello no era posible, yo quería notarlo dentro ya, me estaba poniendo como loca.

Con una suave mordida de labio le di a entender mis ganas.

Se puso sentado sobre sus piernas y las mías a cada lado de él. Me pegó más y quedé un poco en volandas y fue entonces cuando con sus juegos de manos me hizo tocar el cielo en un solo momento.

Luego se puso un preservativo y me penetró sosteniendo mis piernas con sus manos en el aire. Aquello era impresionante, me imponía y mucho, a la vez que me hacía morir de excitación.

Fue un rato impresionante, si tenía una idea de lo que leí en los libros, esto había superado todas mis expectativas, sin dudas había sido tremendamente excitante y placentero.

Desde siempre me había atraído al máximo todo que lo que tuviera que ver con los Highlanders, pero mi primera experiencia con Andrew me había dejado flotando en las nubes.

Me cogió en brazos y nos fuimos a ducharnos, entre miradas, risas y muchas muestras de cariño.

—¿Bien? —preguntó.

—Requetebien —dijo.

Fue como si de un plumazo todos mis miedos hubieran desaparecido. La mezcla había sido apoteósica: grandes dosis de excitación, a las que se le añadía mimo y regadas con una pizca de confianza.

En la ducha siguieron las miradas de complicidad. Miraba a la Adara de hacía unos días y no me reconocía. Estaba pletórica con cuanto vivía junto a él y, ahora que habíamos abierto la veda de la cama, estaban por llegar momentos sensacionales. Se intuía.

—No sé que era eso que te oprimía, pero espero haber contribuido a que te relajes, bonita —me dijo.

—Sí, sí, no te preocupes que relajarme me he relajado tela —reí.

¡A haberme quitado la opresión decía! Lo que me había era desatascado las cañerías, pero bien, y es que, para eso, tenía un buen aparato...

Bajamos a desayunar y no tardaron en llegar los chicos. Ese día nos quedamos sorprendidas.

—Hoy nuestros padres van a preparar una fiesta para vosotras. Os daremos un poco a conocer la vida aquí, las tradiciones y demás —dijo Alec, dejándonos con la boca abierta.

—Me muero —dijo Alexandra poniéndose las manos en la cara.

—Por cierto —irrumpió Andrew —mañana nos vamos con vosotras de viaje. Queremos haceros un recorrido por las Highlands —dijo para nuestro asombro y nos pusimos a aplaudir como niñas pequeñas.

¿Se venían con nosotras? ¡Joder! Eso sí que era emocionante y me encantaba esa idea. En el fondo estaba con ganas de conocer más a ese chico que estaba comenzando a iluminar mi vida.

Bueno, en el fondo y en la forma. En realidad, por muchas ganas que tuviera de seguir rumbo al resto de las Highlands, lo que menos me apetecía era despedirme de Andrew en aquellos días.

Preparamos otro café para todos y nos sentamos un rato en la terraza. Aquello era para no perderse las vistas, las sensaciones y la buena energía que se cogía desde aquel lugar.

—Madre mía, que tranquilidad —dijo Alexandra, que ya estaba tardando en decir alguna de las suyas —Esto es para echar un candado y tirar la llave a la gran puñeta. Yo de aquí no me movería.

—Nos alegra que os guste nuestra tierra —dijo Andrew.

—¿Y a quién puede no gustarle esto? Es normal que estéis de moda en todo el mundo —dije.

—¿Estamos de moda? —sonrió Alec.

—Así es —dije. Moláis mucho...

—Y eso que no habéis escuchado a Andrew hablar en gaélico escocés...

—¿Lo hablas? —pregunté.

—De su respuesta, de la que no entendí ni media palabra, deduje que lo hablaba y de puta madre.

Tenía que morir con él. Era toda una cajita de sorpresas que cada vez me atraía más y más. Guapo, culto, sensible, amable, educado, cariñoso y encima empotrador. ¡Parecía que lo habían hecho de encargo!

Nuestras miradas eran de lo más reveladoras. Me encantaba, me gustaba cómo me trataba, cómo se comportaba, todo lo que le rodeaba. Cabe recalcar que Alec era igual. Tenían los dos un corazón y un buen humor increíbles, para aguantarnos a las dos ya había que echarle paciencia...

—No me puedo creer la paz que respiro aquí, no me lo puedo creer... —volvió con la misma idea Alexandra, dando una calada al cigarro y con la otra mano sosteniendo la taza de café.

—Es increíble, la verdad es que sí —dije mirando hacia el horizonte. Todo era espectacular y transmitía una calma que jamás antes había experimentado.

—Pues nada, veníos a vivir a Escocia — — bromeó Alec.

—Claro y tú nos das trabajo —rio Alexandra.

—Trabajando te iba a tener todo el día —le hizo un guiño con esa broma de lo más sensual.

—Ah no, eso es explotación de otro tipo —rio mientras le tiraba el humo a la cara. Y eso ya lo esperaba. Yo me refiero a un trabajo de verdad...

—Pensé que aceptarías —bromeó Alec haciéndole un guiño.

—Yo quiero que me explote este a mí —señalé a Andrew con un gesto de cabeza.

—Ya pagué yo, con lo callado que estaba —se cruzó de brazos pegado a la barandilla.

—Aquí no se salva ni Dios, el que no corre vuela —contesté muerta de risa.

—Ya veo que aquí más vale cerrar el pico —dijo Alec, haciendo el gesto de poner una cremallera a sus labios.

—Eso, no sabéis los cojones que tenemos las españolas —carraspeé.

—¿Ah sí? Eso lo tendré que ver —dijo Andrew levantando la ceja.

—Ponme a prueba —reí con sarcasmo —Quedas a prueba desde este momento —tosí.

—Vale, pero digo yo, algo malo tendré que hacer para que me fustigues ¿No? —levantó las manos, sonriente.

—Pues eso mismo, protestar, que no estás de acuerdo en nada —reí ya dándole la primera en la frente.

—Por cierto, para la fiesta espero que llevéis Kilt, si no, vaya mierda de tradición —dijo buscona Alexandra.

—Y vosotras ¿Qué llevaréis? —preguntó Andrew mirándome fijamente.

—Nosotros la carga de aguantaros ¿te parece poco? —soltó Alexandra provocando una risa en todos.

—“De la calle vendrán y de tu casa te echarán” —dije recordando el refrán, pero ellos no lo entendieron. De todos modos, se rieron igual. Muy Highlander, machotes y todo lo que quisiéramos, pero les gustaba un cachondeo más que a un tonto un lápiz.

Estuvimos hasta la una de la tarde ahí charlando en la terraza. Luego nos fuimos a cambiarnos para irnos al jardín de la casa principal donde se haría esa comida especial y según ellos habría barra libre...

Mucho me temía yo cómo iba a terminar la fiesta y la despedida de aquel lugar, ya que al día siguiente nos íbamos y nada menos que con ellos ¿se podía pedir más a la vida? ¡Pedazo de viaje! Aquello era asombroso.

Estuve un rato pensando en lo que me ponía. Mientras buscaba algo apropiado y esperaba a

Andrew, sonó mi teléfono. Era mi madre. A la pobre la tenía un poco abandonada, para qué nos íbamos a engañar.

—¡Hola, mami!

—¡Hola, zalamera! ¿Estás metida en un búcaro de Lebrija o qué? Si no te llamo, no sé de ti.

—¡Mamá tienes unas cosas! —reí.

—Menos risas y ponme al día. Que de un WhatsApp de vez en cuando no pasas. Muy misteriosa estás tú.

No sabía cómo lo hacía, pero siempre se lo olía cuando algo emocionante pasaba en mi vida. Cuando le preguntaba solía contestar lo mismo, con sorna: “Es que te conozco como si te hubiera parido”.

—Bueno mami, pues el caso es que conocimos a dos chicos en Edimburgo y, al final, una cosa ha llevado a la otra y ahora mismo estamos en sus casas, que están en las mismas tierras que la de sus padres y...

—Pero bueno, hija, ¿Y cuándo pensabas darme esas buenas noticias?

—¡Y yo preocupada por si acaso todavía andabas con pena!

—No mamá, nada de andar con pena, más bien ando con Andrew. Es una monada. Bueno, una ricura. Quiero decir que no una monada, porque no se parece a un mono. Más bien lo definiría como un león, pero luego es todo corazón y...

—Hija mía, no hace falta que digas mucho más. Tú estás coladita por ese hombre. Se ve de lejos...

—¿Me lo dices en serio mamá? Mira que tú nunca te equivocas en estas cosas. Bueno y eso no es lo mejor. Lo mejor es que tiene un hermano que también es estupendo y Alexandra y él están como locos...

—Madre mía, madre mía... Esto es como lo de “7 novias para 7 hermanos” pero en dos nada más, ¿no?

—Algo parecido mami. Y, además, que hoy nos han dado la sorpresa de que mañana se vienen con nosotras de ruta por todas las Highlands. Se han ofrecido a servirnos de guías.

—Encima caballerosos. Me van gustando estos chicos.

—Sí, bueno y luego están sus padres, que también son un encanto.

—Ejem, ejem —carraspeó. Y que juegan con ventaja, por lo que voy viendo, que yo todavía no conozco a mi yerno.

—¿Qué dices de yerno, mamá? ¡Ojalá! —suspiré —Esto es demasiado bonito para que dure. Alexandra y yo tendremos que poner los pies en el suelo en algún momento.

—Eso no es lo yo que te he enseñado, mi niña —dijo.

—Ya mamá, pero tienes que entender que no es que nosotras vivamos en Málaga y estos chicos en Estepona. El asunto es que están en las Tierras Altas de Escocia.

—¿Y...? Ya hablaremos del gobierno tú y yo. Mientras pásalo de muerte hija. Sácale todo el jugo al viaje.

—Sí, bueno ahora justo vamos a ir a la casa de sus padres que nos han organizado una fiesta tradicional.

—Pues entonces ponte muy guapa y ya me contarás. Y dile a mi yerno que ya tengo ganas de verlo por Málaga, que se va a comer un espeto de sardinas en la playa que le van a saber a gloria...

Capítulo 10



Estaba en la cocina esperando a Andrew mientras se cambiaba. Cuando apareció me quise morir, me puse las manos en la cara y negué incrédula con la cabeza.

—Dios mío, si no lo veo, no lo creo —dije al verlo vestido con esa falda y con el resto de esa indumentaria que me estaba poniendo cardíaca. ¡Me lo quería comer!

—¿Mejor así? —preguntó apoyándose en el quicio de la puerta de la cocina y cruzando los brazos con esa sonrisa.

—Yo solo quiero saber una cosa...

—Dime.

—¿Llevas algo debajo? —reí nerviosa.

—Eso lo tendrás que descubrir, pero luego, ahora nos esperan —hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

Salimos hacia fuera y ahí estaba mi amiga meada de la risa. Alec también iba vestido como su hermano y con gesto negador de aguantar la de improperios que le habría soltado Alexandra.

—¡Viva Escocia, cabrones! —gritó Alexandra llorando de la risa.

—Hija de mi vida, eso se dice en México —negué riendo.

—Yo lo digo donde me de la real gana —me sacó la lengua.

—Ya veo —volteé los ojos —Eres purito respeto a las tradiciones.

Llegamos a una parte de la casa de atrás donde estaba todo techado y en forma de jardín, como el de los chicos, pero más amplio y preparado, con barra de madera incluida llena de bebidas.

La música de las gaitas fueron el mejor de los recibimientos. Su padre y amigos estaban vestidos como los chicos y su madre con esa sonrisa arrolladora cogiéndonos de la mano a modo de recibimiento. Desde el primer día percibí que era de una mujer de esas que enamoran el alma y tienen una paz interior de la que pocas personas pueden presumir.

—Estáis muy guapas —nos dijo.

—Tus hijos sí que están guapos —dijimos nosotras —Se le notó el orgullo en la cara y agradeció el gesto apretándonos las manos.

En la fiesta me reí de lo lindo. Además de hartarnos a cervezas y chupitos escoceses, nos habían preparado un asado de carne y unos postres tradicionales que eran para deleitarse con cada bocado.

—Eso son haggies, nos indicaron los chicos...

—En cristiano —dije.

—Bueno es el plato más tradicional de Ullapool.

—Pero ¿qué es exactamente? —pregunté.

—Bueno, tú lo has querido —contestó Andrew —Debiste primero probar y después preguntar.

—Suéltalo ya que todavía le va a parecer peor a la pobre —dijo Alec.

—Son corazón, pulmones e hígado de oveja mezclado con cebollas, especias, sal y harina de avena...

—Vamos el terror de un vegano —dije, sin pensar demasiado en lo que me había dicho y probándolo.

—Está de muerte, Alexandra, Pruébalo —le dije.

—Ya sabes que yo soy un poquillo más delicadilla para estas cosas —miraba con recelo.

—Venga ya tonta que, si te digo que está bueno, lo está...

—Pues es verdad. Está de puta madre...

El surtido de pescado que nos pusieron también estaba para chuparse los dedos.

—¡Manda cojones, Adara, que vengamos de Málaga para hartarnos de pescado en las Highlands!

—Verdad, aunque hay que reconocer que es otro estilo, pero está para hincarle el diente... —dije.

—Como todo lo de aquí, hija, como todo lo de aquí... —dijo.

Como colofón de fiesta los chicos iban abriendo ya una botella.

—No es por nada, pero este es el mejor whisky de malta del mundo así que ya podéis aprovechar.

—¿Y no tenéis una copita de Bayleys o de algo un poquillo más suave para empezar? —pregunté.

Se rieron y nos vinieron a decir algo así como que “mariconadas, las justas”. ¡Estábamos apañadas!

—Vamos a salir de aquí a cuatro patas, Alexandra con tanto whisky.

—¡Y sin él! —guiñó el ojo, apartándose un poco —Oye, ya habrás debutado con tu Highlander, ¿no? Que no creo que lo tengas en el dique seco todavía...

—No, no. Ya hemos estado y...

—¿Y?

—Pues no creo que te vaya a contar nada que todavía no sepas. Se quedan cortas las novelas, ¡estos tíos enamoran y follan como ningunos!

—Ya te digo. Yo estoy enganchada perdida a Alec —dijo.

—¡Anda ya! ¿No me había dado cuenta!

—Pues tú calla que tampoco se te nota ni ná lo que te gusta Andrew —Vas dejando un reguero de caldillo a su paso...

—Bruta, no. Lo que yo te diga. Eres el acabose...

Andrew y Alec eran de lo más graciosos. Nos buscaban mucho la lengua, inclusive nos sacaron a bailar para enseñarnos las danzas celtas.

Alexandra terminó mezclándolas con el flamenco. Hizo una fusión que partía a todos de la risa, pero es que había ingerido mucho alcohol y se había propuesto darlo todo.

Por mi parte estaba exactamente igual, sin caer en el ridículo, había empinado bien en el codo y estaba lo suficientemente achispada como para seguirle el ritmo.

Su madre charlaba mucho con Alexandra y conmigo, nos contaba detalles familiares, anécdotas y demás de los chicos. Nosotras estábamos tirándole de la lengua para sacar toda la información que pudiéramos y ellos volteaban los ojos y reían al vernos tan emocionadas tirando de su pasado.

—Eran dos trastos —nos contaba —Lo que no se le ocurría al uno se le ocurría al otro. Siempre saltando y brincando, sin temor a nada. Así estaban continuamente.

—Con más bollos que la escupidera de un loco, ¿no? —preguntó Alexandra y esa mujer es que se tiraba al suelo de risa con nuestras cosas.

—Más o menos, llenos de brechas y de mataduras...

—Tenemos más de una cicatriz para demostrarlo —dijo Alec, mientras se acercaban a ver qué se estaba cociendo entre las mujeres.

Ya habíamos reparado en ellas. En particular, Andrew tenía una en la ceja que denotaba que había sido una buena pieza mientras que Alec la tenía en la barbilla. Y luego, cada uno, tenía unas cuantas repartidas por el resto del cuerpo...

—Pues a mí esas cicatrices me ponen que me muero —me dijo Alexandra cuando fuimos al baño. Les da una pinta de malotes que chorreo hasta la patilla...

—¡Ya te digo! Y luego sacan el armamento pesado y ya, para qué queremos más, porque Alec será igual, ¿no?

—Y tanto. Un cañón de artillería tiene el tío ahí abajo. De gordo y de duro...

—¡Eres la monda!

—¿Pues para qué cojones preguntas?

Pasamos todo el día allí. A la hora de la la cena se volvió a encender la barbacoa, aunque no habíamos dejado de picotear en ningún momento, se estaba tan bien que yo rezaba para que las horas fueran más lentas.

Estaba siendo memorable. No me quería perder ni un momento de ese día, en el que los amigos de la familia y ellos nos estaban agasajando con una celebración tan divertida, emotiva e histórica que se nos iba a quedar para siempre gravada en nuestras retinas y corazón.

La velada duró hasta la una de la madrugada. A esa hora ya todos se fueron marchando y nos quedamos los cuatro allí sentados tomando la última copa. Al menos eso habíamos dicho, pero viendo lo bien que estábamos todos, no me quedaba muy claro si realmente sería la última o no...

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntaban.

—Nos hemos descojonado —coreábamos.

—Pues esa era la idea. No os ibais a ir de nuestra casa sin conocer la esencia de esta tierra. No seríamos...

—¡No seríais Highlanders, en ese caso! —chillábamos las dos, que estábamos algo más que achispadas.

—Ya nos vais pillando la esencia —dijo Alec.

—Y otras cositas también —añadió Alexandra, guiñándole el ojo.

Andrew y Alec estaba súper graciosos. Nos pillaban las indirectas y bromas al vuelo. Mi amiga no paraba de ponerlos a prueba, pero el buen humor de ellos y la ironía de la que hacían gala, al final terminaron consiguiendo que mi amiga los diera por imposible y no pudiera con ellos. Yo estaba muerta de risa, ni las palabras me salían de todo lo que había ingerido ese día.

—Para vosotros la perra gorda —les decía, en alusión a la famosa moneda antigua española.

—¿La qué? —preguntaron ellos...

—Nada, nada, que es muy largo de explicar. Y además como yo diga algo de historia va a saltar el que parece que se ha tragado la enciclopedia entera y para qué queremos más.

—Me temo que eso va por ti —le dije a Andrew, que se encogía de hombros y reía.

Yo no paraba de pensar. Si alguna amiga me llega a contar que se va de vacaciones y al tercer día de conocer a alguien se mete en su casa... ¡Diría que estaba loca!

A modo de excusa, me decía que había situaciones y situaciones. Algo nos arrastró a hacerlo y me alegraba por momentos. Habíamos tenido la suerte de encontrar a dos personas geniales en el lugar y momento perfectos, dos hermanos que transmitían demasiado.

No sabría cómo explicarlo, pero desde el primer momento me fie de ellos. claro que la podía haber cagado, pero algo me decía que no y seguí mis instintos...

También la loquilla de Alexandra, que para esas cosas sí estaba centradilla, me había dado el empujoncillo. La noche antes de irnos con ellos lo hablamos en la habitación del hotel.

—Entonces, ¿nos vamos con los chicos? —pregunté.

—Joder, Adara, yo creo que nos podemos fiar. Nos han enseñado hasta su documentación para que viéramos la cara de “pringados” que, según ellos, tenían en las fotos...

—Es verdad. Y nos llevan a casa de sus padres.

—Vamos, que digo yo que si quisieran descuartizarnos no nos iban a llevar allí al ladito de su madre... Joder, que esa no será como tu antigua suegra, que sí nos podía haber metido en el caldero, la muy bruja...

—Tienes razón. Sí la verdad es que lo único que nos queda por saber es si tienen algún empaste. ¡Nos vamos para su casa! —dije.

De siempre se ha dicho que las personas que viven así son las más campechanas, más nobles, más hospitalarias y más honestas. Su entorno equivalía a vivir conectados con el universo más allá de todo lo material con lo que nos encontramos diariamente. Allí no cabía lo artificial y ese tipo de vida era diferente, era más sano...

Eso sí, se les veía acomodados económicamente, con buenos coches, confortables casas a las que no le faltaba un detalle, pero era diferente, se percibía en todo momento.

Nos fuimos a dormir quedando todos en estar listos a las once de la mañana para salir a perdernos por las Tierras Altas, un lugar que, desde que puse el pie allí, me di cuenta de que era mucho más de lo que había imaginado.

Subí casi a gatas, a empujones de Andrew. Se me había subido todo a la cabeza de golpe. Me quería llevar en brazos, pero no se lo permití, ya me veía yo rodando las dos escaleras abajo. A pesar de ser un hombre musculoso y fuerte, había bebido, así que mejor a rastras que rodando.

Me tiré en la cama y volé las sandalias, ni me quería cambiar, no podía con mi alma, así que Andrew retiró mis pantalones cortos y me dejó más cómoda con la camiseta para que ya sí, durmiera plácidamente.

Habíamos bebido lo suficiente para dejar el mundo correr esa noche, porque teníamos ya una paliza encima y no estábamos para darnos otra. Estuvimos los dos de acuerdo y nos reímos mucho acordándolo.

—Pero solo una cosita, al final no me has dicho si llevabas algo debajo del Kilt...

—Y tú, ¿qué crees?

—Pues que sí...

—¿Y eso?

—Porque lo he estado pensando y, de ser de otra manera, la cobra esa que tienes ahí abajo, lo mismo se había asomado por el dobladillo y yo no la he visto saludarme ni nada...

Río con ganas, pero no soltó prenda al respecto. Con Andrew era todo armonía y buen rollo. Además, coincidíamos en los gustos, en la forma de ver la vida y hasta en los pequeños detalles. ¿Tenía que estar mi alma gemela en las Highlands? ¿No podía estar más cerquita?

Capítulo 11



Todo me daba vueltas, me quería morir de la resaca.

Andrew me miró y me ayudó a incorporarme.

—Vamos a darnos un baño y ahora te doy una pastilla con el café y verás que se te pasa todo —levantaba la ceja sonriente.

—No te rías, que me estoy muriendo.

—Bueno, pues lo mismo ocurre un milagro y revives ¡Vamos! —me cogió en volandas y me llevó a la ducha.

No podía ni abrir los ojos. Estaba horrible, sentía cómo si me martillearan las sienes.

Tras la ducha, en la que Andrew se encargó de mí como si fuera una niña pequeña, me vestí y bajamos a la cocina.

Preparó el café, un zumo, la pastilla y unas tostadas que devoré como si no hubiera un mañana. Poco a poco se fue aliviando el dolor y volvía a ser más persona, pero no mucha más, tenía un mal cuerpo que no podía con él. Era como si todo fuera ralentizado, a cámara lenta...

—Eso te pasa por beber tanto —dijo Alexandra entrando sonriente.

—Eso es porque no soy una borracha como tú que ya eres inmune —resoplé poniéndome la mano en la frente.

—Pues te recuerdo que bebiste muchos más chupitos que yo...

—Anda, vete un poquito a tomar por culo, que ni terminar de desayunar me has dejado —negué.

—Mírala, da pena verla y encima se queja, desde luego, que tener amigas para esto.

—Calla —levanté la mano —calla o te comes la taza.

—Mejor me la bebo —me la quitó de la mesa y dio un trago —Joder que bueno, quiero uno, ya me tomé dos, pero viendo que no me hacen efecto y que la única nerviosa es mi amiga, pues quiero uno —sonrió con ironía.

—Te juro que o te callas o te cojo por los pelos y limpias todo el terreno.

—Me callo —rio moviendo la mano en señal de que yo estaba muy inaguantable.

Terminé de desayunar con ellos el café y nos fuimos para el coche de Andrew, un todoterreno blanco y nuevo. Al final el coche alquilado lo llevaron Alexandra y Alec hasta el pueblo que había una oficina allí.

Los seguimos y lo entregaron, no nos iba a hacer falta y al día siguiente había que renovar así que, ahí se quedaba ya que como no sabíamos el tiempo que íbamos a estar en Escocia, lo quisimos alquilar en un principio por pocos días.

De allí nos fuimos directos a Inverness, estaba a poco más de una hora, así que el camino se

hizo corto, yo iba delante con Andrew y mi amiga con Lucas detrás.

Todo me impresionaba. Aquellos paisajes suponían un deleite para la vista. Era impresionante cómo imponían. Te hacían sentir pequeña pero muy llena, aquello te llenaba de vida.

Cogieron un apartamento en el centro con dos dormitorios de matrimonio, una cocina, baño, salón y un pequeño balcón. Era una pasada.

—¡Guau! Es súper acogedor. Mola... —dijo.

—Madre mía, ¡si nos lo llega a decir un pajarito al oído antes de venir...!

—Lo ahogo en un cubo por embustero —soltó, la bestia parda de mi amiga.

Nos peleamos con ellos por pagar, pero no hubo forma. Ya lo habían hecho por Internet y pasaban de cogernos nada, así que por más que les dijimos, advertimos y hasta amenazamos, no nos tomaron en cuenta, pero me parecía mal después de los días que habíamos estado en sus casas con todo por delante.

—Por lo menos, ya os lo devolveremos en Málaga —dije —Otra cosa no acepto. Está decidido.

—Eso, niños, que allí os vais a dejar de gaitas y nunca mejor dicho, para bailar sevillanas como Alexandra que me llamo.

Bajamos a hacer una compra. La que liamos en el supermercado fue monumental. Madre mía que cogió un gel de baño Alexandra y los chicos se miraban de forma rara. Lo miré y no vi nada extraño, pero sí, sí lo era, nos soltaron que había cogido un gel estimulante.

—Pues ya coge dos —solté muerta de risa agarrada al carrito.

—Pero vamos, no entiendo cómo lo podéis tener mezclado con los demás productos —dijo indignada.

—Calla, coño y coge otro, que nos lo vamos a pasar pipa —dije con descaro.

—Desde luego que te han cambiado las Highlands —negó con la cabeza.

—Y a ti te han puesto muy retraída —reí.

—Basta —dijo Alec —nos está mirando todo el mundo —carraspeó.

—Lo que me importará a mí, no me conoce ni el cura de la iglesia —reímos.

—Bueno, cogedlo sí queréis y si no, no, pero sigamos.

—Yo sí me lo llevo —lo cogí agarrándolo sobre mi pecho.

—Guarra me salió la niña —dijo mi amiga bromeando.

—Muy guarra —hice como si le fuera a tirar un bocado.

—Yo me quedo muerta —puso su tarro en el carro y comenzó a tirar de él como indignada, pero bien que se llevaba su bote.

Bueno cogimos un carro hasta la bola de cosas, pero hasta la bola. No sabía si íbamos a estar dos u ocho días allí, ni me importaba, pero ese carro era para bastante tiempo.

—Yo creo que se nos está viendo el plumero de que no nos van a echar de las Tierras Altas ni con agua caliente —le dije a Alexandra, mientras avanzábamos un poco.

—Sí y estos pobres mártires lo van a llevar fatal. Anda, que lo están deseando...

Y cómo no, pagaron ellos, imposible, era imposible, les dijimos de todo en la caja en todos los idiomas, pero nada. No nos habían salido más insultos juntos en toda nuestra vida, pero no había forma. Encima los dos tan tranquilos como si no fuera con ellos, tenían una habilidad para eso increíble.

—¿Pero nos cuándo nos toca pagar a nosotras? —reíamos al salir.

—Mañana —decían siempre.

Y claro, el asunto era que “mañana” la respuesta era la misma y así, entre pitos y flautas, nos íbamos a ir de las Highlands con más ahorros de los que habíamos llevado...

De allí fuimos a la casa a dejarlo todo, lo colocamos y nos fuimos a comer a la calle, bastante gracioso y curioso después de haber comprado comida a diestro y siniestro, pero bueno, era el primer día, acabábamos de llegar y se comprendía que era mejor ir a lo rápido y que nos lo pusieran todo por delante.

—Bueno, pues que sepáis que Inverness es el punto de partida habitual para conocer el Lago Ness —dijo, Andrew.

—Sí, sí, que eso mola mucho y todo, pero primero vamos a comer, porque yo tengo una gazuza que, si no, me iba a comer hasta al Nessie, ese —dijo Alexandra.

—Ya no volteo los ojos, se me voltean solos. Eres la finura en persona, hija.

—Sí, sí, pero tú estás deseando también comer, digas tú lo que tú digas —dijo.

—Ganas de comer tenemos todos —dijo Andrew —Os vamos a llevar a uno de nuestros preferidos aquí en Inverness.

—Venga sí, dijo Alec. Mola. Ya imagino...

Nos encogimos de hombros y pensamos que “el que la lleva la entiende”, así que nos dejamos guiar.

El asunto es que terminamos en uno de los mejores restaurantes de Inverness, el Rocpool, en pleno centro de la ciudad. Ese sitio había sido recomendado en muchas guías gastronómicas, según nos contaron.

—Me encanta —dije al entrar — Tenía un aire moderno y bonito. El servicio era estupendo. Estaban atentos a todos los detalles.

—Vamos a empezar con un pan de mantequilla que os va a encantar —dijeron los chicos.

—¡A la orden! —dijo Alexandra, replicando el gesto militar y más seria que un cuarto de especias. Así era ella, todo un numerito.

—Como plato veraniego os recomendamos una ensalada fresca de cangrejo y sandía que viene con sus tomatitos cherry, crema de aguacate, aderezo de granada con especias chile y menta — sugirió el camarero.

—Eso mismo —dijo Alexandra, porque como todos los platos tengan un nombre igual de largo, nos van a dar las uvas antes de llevarnos algo a la boca — Y al decir aquello último, me dio una patada por debajo de la mesa, mientras los chicos asentían. Me tuve que reír. Siempre hablaba con doble sentido.

—Tenéis que probar también el lomo de venado asado con jamón de Parma y haggis, nabos glaseados y... —dijo Andrew.

—Y eso mismo, no hace falta que termines de decirlo todo. Adara, cariño, ven conmigo un momento al tocador.

—¿Qué es eso del tocador, cacho de burra? Que te conozco...

—Por mis muertos, que yo no aguantaba la risa con la mezcla esa del venado con el nabo glaseado y me tenía que descojonar tranquila...

Me tuve que reír porque desde luego que era tronchante el platito de las narices.

Comimos de lujo y, por mucho que intentamos volar para pagar la cuenta, aquellos dos fortachones se la rifaron. No les faltaba un detalle.

Aproveché para llamar a mi madre, a la que días atrás había puesto al tanto de todo, flipando en colores, pero al tanto... Ya hasta me preguntaba por los chicos, tan mona ella, me encantaba cómo era conmigo. Aunque sabía que estaba algo acojonada, qué se iba a hacer, le había sido

sincera y vaya, tampoco estaba cometiendo un crimen.

Después de la comida nos metimos en un pub a tomar unas cervezas y luego paseamos un rato antes de volver a la casa.

Alexandra quería comprar unos recuerdos y nos metimos en el Victorian Market, en el que el ambiente no es que fuera para tirar cohetes, pero tenía un interior de lo más pintoresco que aprovechamos para hacernos mogollón de fotos.

Llegamos a casa reventados porque aquello era un no parar y las cervezas caían de dos en dos...

Una vez allí, preparamos unos sándwiches y nos sentamos a charlar en los sofás. Luego nos fuimos para la cama, donde por cierto estuve hablando un buen rato abrazada a Andrew y me quedé dormida, gilipollas de mí, con el portento de hombre que tenía al lado.

Capítulo 12



Escuché las charlas en la cocina y me di cuenta de que era la única que faltaba por levantar. Lo peor de todo era que ya lo había hecho Andrew, otra vez que me quedaba sin polvo... Se me estaba bien empleado...

—Buenos días —me estiré delante de todos.

—Buenos días —sonrieron y contestaron a la vez.

—¿Qué hay para mí?

—Por mi parte un café, por la de este — — señaló mi amiga a Andrew —no lo sé... —dijo causando una risa en todos.

—Primero el café, vayamos por partes —reí mirándolo a él que me sonreía con ese brillo en su mirada y me hacía morir de amor.

—Como quieras —soltó, bromeando.

Me senté con ellos en la mesa y comenzamos a desayunar. Me levanté con la misma hambre que el día anterior y todos los días de mi vida, para qué mentirnos.

—Si tuviera mucho dinero, me cogería una excedencia y me vendría un año sabático a vivir aquí —dijo Alexandra mientras mordisqueaba la tostada.

—Te lo puedes coger y venirte a las tierras, inclusive trabajar y ganar dinero —carraspeó Alec.

—¡Viva el amor! —gritó mi amiga —hijo tú no puedes decirme, vente, conmigo no te faltará nada, tienes la casa, las tierras que son como si fueran tuyas, tienes mi amor... No sé, algo más romántico y bonito, pero no, tú a mandarme directamente a currar ¿Qué parte del año sabático no has entendido? —resopló.

—No mujer —dije bromeando —por él te pediría matrimonio ahora mismo, ser la madre de sus hijos, los herederos de las tierras, pero te lo dijo así para no asustarte ¡Mal pensada! —negué con la cabeza bromeando ante la risa de todos.

—Joder hija, con eso que has soltado esta noche desaparecen estos y no los volvemos a ver — me tiró un trozo de pan.

—Sabemos dónde viven ¡que se jodan! —reí al igual que ellos que no paraban de hacerlo.

—¿Y crees que nos abrirán las puertas? —volteó los ojos.

—Saltamos la valla, luego entramos a su casa por las terrazas que siempre están abiertas. Está todo calculado, estos no saben dónde se han metido —me encogí de hombros.

—Madre mía, cómo piensa mi niña —dijo Alexandra poniéndose las manos en la frente.

—Al menos pienso por las dos —sonreí con ironía.

—¿Y quién os dice a vosotras que no somos nosotros los que estamos conspirando con la idea

de secuestraros para no dejaros salir más de las Tierras Altas?

—Uy que miedito, temblando estamos —dije con descaro a Andrew que era el que se había pronunciado.

—No volvéis hasta dos días antes de que se terminen vuestras vacaciones — rio Alex.

—Joder, pues no es mala idea ¿eh? —dijo Alexandra con cara de satisfacción.

—Por mí, plin, yo duermo en Pikolín —dije.

—Pues entonces, aceptamos pulpo, como animal de compañía... —dijo Alexandra.

—¿Lo decís en serio? —corearon los hermanos...

—Pues sí y ya está hecho. Ahora os toca aguantarnos, ¡a tomar por saco! Por listillos...

Al final veía yo que iban a ser las vacaciones más largas de lo que habíamos pensado, pero ojalá fuera así. Yo estaba feliz, se me olvidaba durante horas la existencia de Marcos y eso no podía ser malo, así que estaba abierta a cualquier propuesta de quedarme todo el tiempo posible en aquel país.

Ese día decidimos quedarnos toda la mañana cocinando, cómo no, cada uno iba a preparar un plato, así que yo me decanté por hacer una tortilla de patatas, gorda, bien jugosa, que me quedó de muerte.

Alexandra cómo no, hizo una ensaladilla rusa ya que era su debilidad y encima le salía de escándalo, así que para acompañar a la tortilla estaba genial.

En el turno de Andrew y Alec nos hicieron trampas. Entre los dos prepararon dos tiras de costillas a la barbacoa en el horno, nada de algo cada uno. Ellos un solo plato, pero tenían una pinta fabulosa las costillas y ya íbamos bien servidos.

Abrimos una botella de vino y pusimos todo sobre la mesa. La verdad que estaba todo exquisito y más en esa época veraniega que sentaba tan bien ese tipo de comida.

Los chicos propusieron unos brindis. Es que eran más majos que las pesetas:

—Brindo por unas semanas increíbles, en las tierras más impresionantes del mundo con la compañía más cautivadora que jamás pudimos mi hermano y yo soñar.

—Y yo brindo por Megan, la madre que os echó al mundo, que ella se quedó de lo más tranquila pero aquí a Adara y a mí nos ha alegrado el verano...

—Pues eso mismo digo yo, ¡viva la madre que os parió, chicos! —exclamé.

—Bueno y, ya de paso, también el pobre padre que nos hizo, Cameron, que también nos ha aguantado lo suyo el hombre.

—¡Pues yo brindo por todas las Tierras Altas, y por los Kilt y por los revueltos esos de conejo o de cordero o de lo que puñetas fueran que....!

—Toma aire, animalito de bellota, toma aire —le dije a Alexandra que ya se había embalado y podía estar así dos días más...

Por la tarde nos fuimos a salir a un pub después de descansar un rato. Por supuesto en ese momento sí volvimos a tener sexo. Con él era para hacerlo a todas horas, aparte de ser de lo más sensual e irresistible, lo hacía para aplaudirle. Transmitía unas dotes de posesión que te hacían caer en sus brazos a su antojo de una manera brutal.

—¿Te has queda bien? —me preguntó después de terminar.

—Me he quedado para sopitas y buen vino. Lacia, vamos. Contigo no es hacer el amor, es un asalto...

—Pues entonces, tengo a una rival de altura. Me aguantas bien, pequeña.

Y no iba desencaminado porque aquello era una odisea. Sus embestidas eran de un calibre que daba la sensación de que en una de aquellas salíamos volando por la ventana y nos recorriamos Inverness entero enganchados.

En mi vida había visto más potencia. No podía evitar hacer la comparación mental con Marcos y salía mal parado de cojones. Muy fetichista y todo lo que él quisiera, pero era más soso en la cama que un acuario de mejillones.

Antes de llegar al pub decidimos dar una vuelta por el centro de Inverness y por el mercado victoriano.

El centro llama la atención por ser pequeño y coqueto, además de por estar a orillas del río Ness, por lo que se trata de un sitio no emblemático, sino lo siguiente.

Desde cualquier punto, llamaba la atención la silueta del castillo de Inverness que domina toda la ciudad.

—Ese no podemos visitarlo —dijo Andrew. Os podéis quedar con el hecho de que es de 1836 y que está construido sobre las ruinas de sus predecesores medievales, siendo uno de los más modernos del Reino Unido —añadió.

—Dale oxígeno —me dijo Alexandra, pero urgente que se asfixia.

—Calla un poquito, so borrica...

—¿Y está cerrado? —pregunté.

—No. Se utiliza como oficinas del gobierno, pero no es visitable, como ya os he dicho. Eso sí, no veáis si son bonitas las vistas desde sus jardines.

—Bueno y ya que mi hermano ha vomitado un trozo de historia, yo propongo otra, pero viviente, ahora mismo nos vamos a beber y a bailar al Hootananny, que allí sí que vais a catar algo de la cultura popular escocesa.

Pedimos la primera ronda en el pub y yo, pese al repaso cultural de por medio, sentía que todavía me temblaban las piernas, pero es que hacía un rato que había acabado de vivir un momento de lo más excitante. Mi Highlander sabía dar repastos de todos los estilos.

—Te veo muy buena cara. Yo creo que a ti te sientan de puta madre las siestas aquí —me guiñó un ojo Alexandra.

¡Ya estaba el lío!

—Claro. Sin embargo, a ti no. Tú estás aquí en contra de tu voluntad y te pasas el rato rezando el rosario con Alec.

La expresión hizo que los chicos se troncharan. Tenían un humor bestial, no había más que tocarles un poco las palmas y ya estaban en acción, ¡para todo!

El local estaba totalmente abarrotado. Los hermanos nos dijeron que era porque se trataba de toda una institución. Y debía ser, porque era un día cualquiera de entre semana y aquello parecía una feria.

—Es que cada día celebran conciertos de música en directo y ceilidhs.

Estuvimos toda la tarde de pub en pub, además que estábamos animados, achispados y pasándonoslo genial.

Entre unos y otros, hicimos un alto en el camino para comprar un dulce en el obrador de So Coco, una pastelería y bombonería que era una tentación total.

—Yo quiero una tartaleta de limón de esas con frutos rojos —dije.

—Te pierde el dulce, ¿eh? —preguntó Andrew.

—Sí, ¿a ti no?

—A mí me pierdes tú pequeña —me dijo al oído y yo no sabía qué me sabía mejor si la tartaleta o sus palabras.

—A mí también me ha caído de vicio el dulcecito porque con tanto darle a la bebida se me pone el estómago como un acordeón —dijo Alexandra, dándole una patada a nuestro momento romántico.

A la hora de cenar aterrizamos en una hamburguesería y nos pusimos las botas. Había hambre de nuevo y sabíamos que todavía empujaríamos un poco más el codo en algún pub, porque había que exprimir la noche, por lo que comer nos sentaría fenomenal.

—Yo siempre que bebo, me harto de comer —dijo Alexandra.

—Y cuando no bebes, también —añadí.

—Ya pero cuando bebo más, cabrona y tú sabes la historia. ¿Se la contamos a los chicos?

—Venga, dale, que estás deseando y se van a estar riendo tres días y tres noches.

—A ver, os tenéis que meter en situación. Resulta que aquí mi amiga y yo íbamos a ir a una feria de un pueblo de Málaga cuando teníamos dieciséis años.

Todavía no había dicho casi nada y ya, solo por el modo de gesticular ella, los chicos estaban que se tiraban al suelo.

—Sigue anda, que ya verás que van a alucinar.

—Pues nada, que nos fuimos de compras y queríamos caber por narices en una talla 36 porque nos hicimos con unos vestidos monísimos y no tenían la 38.

—Que era la nuestra, en realidad —dije.

—Ya —dijeron ellos, embobados.

—Pues nada el asunto fue que ideamos que, en los dos días que faltaban para la feria, les daríamos esquinazo a nuestras madres con la comida y solo comeríamos algunas manzanas y lechuga al canto, para perder dos o tres kilos cada una...

—Es que era nuestra primera feria y estábamos que no cagábamos —dije.

—Más bien que no comíamos —dijo ella.

—El asunto es que, aunque malamente, nos metimos en los vestidos, embutidas como un chorizo y con un calor espantoso. Adara nada más salir me dijo que estaba mareada.

—¡No jodas! —exclamó aquí la amiga activando el modo ayuda. Nosotras vamos así a la feria, aunque sea lo último que hagamos.

—Es verdad, es verdad. Eso le dije. La muy cabrona, que buena memoria tiene para lo que quiere.

—¡Es que el temita es como para no acordarme!

—Total, que una vez en la feria nos encontramos a unos amigos mayores que estaban bebiendo unas macetas.

—¿Unas macetas? —preguntaron extrañados.

—Sí, pero no de flores, unas macetas de calimocho. De alcohol, vamos entortados —les dijo y ellos se tiraban al suelo.

—El asunto fue que, con el estómago vacío, la primera vez que bebíamos y aprisionadas en los vestidos, yo vi que esta se cayó el suelo y yo debí tardar como un segundo más en ir detrás.

—Es que siempre ha sido “culo veo, culo quiero” —dije.

—¿Y cómo acabó la noche?

—Pues con un médico un poco borracho que nos despertó a golpe de amoníaco con alcohol en la nariz y, encima, sentadas que estábamos, del bote que dimos nos hicimos un chichón cada una en la cabeza.

—Total que a, resultas de aquella, aquí la amiga juró que a partir de entonces comía antes de beber. Y doy fe de que no ha faltado nunca a su promesa.

Los chicos se tiraban al suelo de risa de imaginar la escena.

Estaban siendo unas vacaciones totalmente diferentes a lo que pensamos y soñamos, estábamos viviendo aquello de una forma más real y fuerte.

Inverness tenía algo especial además de todo el encanto que era más que evidente, pero tenía algo que atraía y mucho, más inclusive para mi gusto que el lugar en el que ellos vivían ellos, que también era impresionante y encima estaba a poco tiempo de allí, así que realmente lo tenían todo a un tiro de piedra.

Cuando regresamos a la casa nos fuimos directos al sofá, no podía faltar esa charla antes de dormir. Además, nos dijeron que al día siguiente nos llevarían a pasar el día a un lugar precioso, otro punto de interés de las Tierras Altas, con mucha historia y personalidad, así que nos pusieron la miel en los labios y nosotras locas de seguir conociendo todo eso que habíamos leído tanto en las novelas y que ahora lo estábamos viviendo en nuestras propias carnes.

Aquello era felicidad en todo su esplendor, como un premio que te da la vida después del esfuerzo del trabajo, de la rutina, de la perseverancia, así que nos lo merecíamos y mucho.

Esa noche me agarré a los brazos de Andrew y cabalgué como una diosa. Estaba pletórica y tenía con él una conexión que cada vez era más estrecha, que me hacía sentir la mujer más especial del mundo en sus brazos, al igual que deseada, cosa que perdí hace mucho tiempo con Marcos y que yo lo veía con naturalidad, pero no lo era.

Capítulo 13



Esa mañana me desperté la primera, para darme un premio. Increíble pero cierto, así que sin hacer ruido me fui al baño y luego para la cocina. Esta vez prepararía yo el desayuno.

La verdad es que los demás se lo estaban currando también y yo quería estar a la altura de las circunstancias. Cada vez me encontraba mejor y eso se notaba en mis ganas de hacer cosas, ¡de todo tipo!

No tardó en aparecer Andrew, sonriente. Me abrazó y me dio los buenos días. Me lo comí a besos, era tan guapo y tan tierno... Se merecía eso y más.

Me ayudó a preparar el desayuno y luego no tardaron en aparecer los chicos, mi amiga cómo no venía ya con la metralleta cargada.

—Buen gel el que compramos —dijo sonriendo en plan graciosa.

—Pues ni lo probé, se me olvidó —reí negando.

—Pues cuando lo pruebes, no podrás vivir sin él —besó mi mejilla.

—Pero que tampoco hace falta que seas tan explícita —resoplé.

—Vamos como si tú no hubieras follado —soltó sin pensarlo, causando la risa en todos, a bruta no había quien la ganara.

—Cada día estás más fina, bonita —reí.

—Ya lo sé, ya lo sé. Elegantona que es una —rio.

—Sí, sí. Glamourosa a tope.

—Yo no lo habría dicho mejor —soltó.

Nos sentamos en la mesa a desayunar antes de ir a ese lugar que decían que tanto nos gustaría pero que no soltaban prenda, así que allí estábamos nosotras dispuestas a dejarnos llevar y sorprender por esos Highlanders que nos estaban regalando las vacaciones de nuestras vidas.

—Pero que yo quiero saber a qué sitio vamos —dije, con mirada implorante.

—Que eso no sería ni una sorpresa ni nada. ¿Qué gracia tendría si os lo contamos? —preguntó Andrew.

—A ver, no nos lo vais a contar porque me da a mí un poco igual. Me fío de vuestro gusto, que si yo quisiera... —dijo Alexandra.

—Doy fe. Si esta jodida tuviera interés en sacaros el sitio, terminabais cantándolo hasta por peteneras —dije.

Lógicamente, lo de “peteneras” que es un palo del flamenco, no tenía traducción al inglés y los chicos se quedaron locos por la palabreja.

—“Peteneras” —dijo ella, haciendo el gesto de la flamenca bailando...

—Cabrona, que te has parecido a la muñeca esa que tenía mi abuela en lo alto del televisor —le dije.

—Es verdad. Me meo. No había casa de abuela en la que no hubiera una de esas... —soltó.

Los chicos estaban locos y no cogían la conversación ni a la de tres. Tuvimos que bajar el ritmo e ir explicándoles.

Les comentamos que años atrás, en España, era muy común tener a una muñeca flamenca en lo alto de los televisores y se quedaron locos.

—Eso era como un símbolo de la “marca España” —le dije —Y no solo la flamenca, también había un toro...

Los hermanos se echaron a reír. Estaba claro que nos separaba un abismo cultural al que nos encantaba acercarnos unos y otros. Yo nunca había tenido una relación con un chico extranjero y me estaba resultando de lo más divertido.

—¿Y qué pasó con las muñecas esas? —preguntó Alec.

—Pues muy sencillo. La tele de plasma se las cargó, porque era flamencas no Spiderman. No sé cómo puñetas se iban a agarrar al canto —soltó Alexandra, en otro alarde de finura.

—Bueno y hablando un poco de todo, ¿cómo es que conocéis tan bien Invernes? —pregunté.

Andrew nos contó que era así porque habían estado estudiando en la ciudad un tiempo. Su padre los traía y recogía todos los días, una paliza, pero hicieron así los cursos del instituto por la calidad del centro y que eso para su padre era lo primordial.

—Vamos que vuestro padre “no partía peras” con eso —dijo Alexandra.

—“¿Partir peras?” —preguntaron.

Y nosotras vuelta a explicarles que era otra de las expresiones típicas españolas y su significado.

También nos contaron que luego no siguieron para hacer una carrera. Comenzaron a tomar riendas en la finca y trabajaban de ello, pero bueno, es que aquello dejaba mucho dinero y era la forma de vida de la familia.

—¿Y vuestro padre no os chocó después de tanto viajecito en el coche? Porque yo llevo a mi hijo durante años a la gran puñeta para que estudie y ese termina, por mis mulas —dijo Alexandra.

—Bueno, la verdad es que en principio nuestros padres sí pretendían que cursáramos estudios superiores, pero al final no lo hicimos tan mal. Hemos gestionado bien sus negocios y creemos que están orgullosos —dijeron.

Alec había sido mucho más travieso por las cosas que nos contaban y Andrew no es que no lo fuera, pero pasaba más desapercibido y entonces no llamaba tanto la atención y lo descubrían.

—Sí, pero vamos que tú lo que eras es más cuco que este pobre —le dijo Alexandra a Alec —de todos modos, ya nos contó vuestra madre que piezas habéis sido los dos.

De allí nos fuimos al coche y directos a ese lugar que no supimos, hasta dos horas después de un precioso viaje que nos llevó a Fort William, un municipio a orillas del lago Linnche, en la costa occidental de las Highlands.

Habíamos leído también mucho sobre ese lugar así que nos encantó estar por fin allí, disfrutando de otro sitio de los de obligada visita en aquella zona.

Aparcamos el coche y nos fuimos a pasear. Nos iban explicando todo, además muchas cosas nos sonaban, pero verlo en directo era otra cuestión, resultaba impresionante, se me ponía la piel de gallina.

Desde luego que tenían razón aquellos que decían que era uno de los lugares más bellos de

Escocia.

Estaba claro que íbamos a estar allí tan solo un día porque, de momento, teníamos el cuartel general en Inverness y, partiendo de la base de que la lista de cosas para hacer en la ciudad era interminable, había que elegir.

Algo que me hacía mucha gracia de Andrew era que, pese a su apariencia de tipo duro, era un fiel seguidor de la saga de Harry Potter, igual que yo.

—No nos da tiempo a todo, pero en otra ocasión podremos volver aquí y subir a bordo del Hogwarts Express —dijo.

—Cierto. He leído sobre el Jacobite Train —dijo.

—La cagamos —soltó Alexandra. Ya van a sacar los dos a pasear al friki que llevan dentro.

—Calla, bestia, que a ti también te hubiera gustado. Es una monada de tren, el mismo de la peli, con su humo blanco y atraviesa el viaducto de Glenfinnan... —dije.

—No sigas, que me vas a hacer llorar —dijo —No sé si voy a ser capaz de irme de aquí sin verlo.

Desde luego que había que morir con ella y sus gestos.

Lo que más me gustó de la propuesta de Andrew es que había dejado la posibilidad del tren abierta para otra ocasión, dando por hecho que íbamos a volver a las Highlands. Aquello hizo revolotear otro rato a las mariposas de mi estómago.

—Aquí también está la montaña más alta de Escocia, Ben Nevis, lo que pasa es que esa excursión se lleva también sus horas —dijo Alec.

—Sí, eso y que mi amiga y yo venimos con indumentaria urbanita y no tipo “Dora, la exploradora” —soltó Alexandra, cantando la cancioncilla de los famosos dibujitos.

Los chicos tampoco pillaban aquello.

—¡Se nota que no tenéis sobrinos! —dijo ella, riendo.

—Os vamos a llevar a un sitio en el vais a poder tomar contacto con toda la historia de Fort William y la región circundante —dijo Andrew.

—El libro, sácaselo que se lo está tragando otra vez —me dijo Alexandra.

—Calla, jodida. ¿Qué sitio es ese? —pregunté.

—Se trata del West Highland Museum —dijo.

Estaba ubicado en la Cameron Square, en pleno centro de Fort William y albergaba una maravillosa colección relacionada con Bonnie Prince Charlie y la Rebelión Jacobita.

—Mirad, aquí hay también múltiples objetos y artefactos del Old Fort —dijo Andrew.

Fue un acierto entrar porque la exposición incluía muchos objetos de la vida cotidiana de las Highlands y supuso un repaso a la época victoriana, al patrimonio familiar y a los restos arqueológicos de la región.

A la hora de almorzar nos dirigimos hacia uno de los buenos restaurantes que se veían por la High Street, un sitio plagado de cafés y lugares para comer bien en los que podías degustar todos los productos típicos del lugar.

—Y lo malo es que no os vamos a poder ofrecer otro buen whisky puro de Malta de los que ponen aquí —dijo Alec, porque hoy no podemos ir bebidos, luego hay que coger el coche.

—Bueno, salvo que lo hagáis vosotros. Yo me ofrezco a volver de chófer.

Todos le agradecemos mucho el ofrecimiento al buenazo de Andrew, pero nos pareció que era una putada y nos conformamos con tomar alguna que otra cerveza de aquellas elaboradas artesanalmente en la zona, que estaban increíbles.

Después de comer cogimos el coche y nos dirigimos a tres kilómetros al norte de Fort William

porque Andrew tenía el capricho de enseñarnos uno de sus castillos preferidos o, mejor dicho, de las ruinas de castillos porque eso es lo que quedaba del de Inverlochy.

El sitio era alucinante. No había otra palabra. Se trataba de un hermosísimo paraje en el que el río Lochy se tocaba con el Loch Linnhe.

—El sitio este es para cagarse —dijo Alexandra.

—Y dale, la burra al trigo, anda que no eres animal.

—Tienes razón. Es solo para mearse y no echar ni gota —añadió —Eso sí. Al castillito habría que hacerle una reforma porque está que da pena —dijo.

—Es una reliquia histórica, Alexandra —dijo Andrew. Fíjate que fue construido a finales del siglo XIII por John Comyn, Lord de Badenoch y Lochaber y jefe del clan Comyn.

—Eso mismito es lo que os iba a explicar yo. Lo tenía en la punta de la lengua —dijo ella, con toda la gracia del mundo.

—Total, que finalmente cuando Robert the Bruce llegó al trono escocés les arrebató sus títulos al clan y el castillo quedó desocupado —terminó de explicar.

—Una pena, con lo calentito que parece —dijo ella —se ve todo confort, vaya.

—Bueno para la época, sí, imagina. Después pasó por distintas manos y sobrevivió a un gran número de batallas. En el siglo XIX la finca fue comprada por el primer Barón Abinger y él construyó una mansión al noroeste y restauró algunas de las almenas.

—Vamos, que le dio una manita de pintura —dijo ella —pues sería menester que ahora le dieran otra porque está que se cae a pedazos, hijo, no es por nada...

Bromas de aquella loquita aparte, nos encantó ver la construcción y sobre todo los parajes que la rodeaban.

Hubo un momento en que caí en la cuenta de que todo lo que se hablaba de Escocia era la pura verdad. Aquello tenía algo que lo hacía diferente al resto del mundo: sus castillos, paisajes, montañas, ciudades, pueblos, gente, bares... Era todo especial, además que hacían considerables esfuerzos por mantener esas tradiciones ancestrales que le daban tanta personalidad.

Lo bueno es que nos contaban mucho sobre la historia de Escocia, cómo luchaban, cómo trabajaban, cómo vivían, en qué creían, qué deseaban conseguir y la de sangre que se derramó durante mucho tiempo.

Los datos históricos corrían más de la mano de Andrew, pero en lo concerniente al modo de vida y demás, también participaba mucho Alec de la conversación.

No podíamos estar mejor asesoradas y, ni en nuestros mejores sueños había cabido la posibilidad de recorrer las Highlands tan bien acompañadas. Estábamos realmente entusiasmadas.

Sin duda, era un lugar que tenía mucho que mostrar, que contar, con un impresionante pasado y un presente aún muy arraigado al pasado en muchos aspectos. El mejor sitio que podíamos haber elegido para las que se estaban convirtiendo a marchas forzadas en las mejores vacaciones de nuestra vida.

Para colmo al lado de Andrew que conseguía mantener mis sentimientos a flor de piel, ya no era lo que veía, era lo que sentía. Una mezcla de todo, era como llegar a sentir que mi vida estaba en aquel lugar, a su lado, así lo percibía.

A decir verdad, no quería ni pensar en el día que me tuviera que ir, aunque después de casi empezar a superar lo de Marcos, imaginé que ya podría con cualquier cosa y más algo que estaba siendo tan bonito, algo que me llevaría conmigo como el mejor de los recuerdos para toda mi vida.

Por la tarde estuvimos paseando, tomando algo, de compras. Había una tienda de ropa que nos

llamó mucho la atención y salimos con varias prendas, de vez en cuando había que darse un capricho y viendo que desde que estábamos con ellos no gastábamos ni bromas, pues más aún.

Aquello no había variado nada. Era intentar pagar y los dos se nos echaban encima para impedirlo.

Ese día en Fort Williams estaba siendo sorprendente, aunque nos pilló un poco nublado, pero bueno, era Escocia y estaba dentro de lo que cabía esperar. Menos normales fueron los días tan soleados que habíamos disfrutado antes, así que por un día así no había problema, era la esencia del país y su clima.

Regresamos por la noche, cerca de las once. Habíamos cenado en aquel lugar, así que tocaba regresar para Inverness donde nuestro apartamento nos esperaba para descansar, para dar por concluido otro emocionante día en las tierras altas así que satisfecha y feliz por ello.

Por supuesto esa noche lo hicimos. Me cogió en brazos y me pegó contra la pared, aquello era de lo más morboso y excitante, no había día que no deseara sentir esa sensación de tenerlo dentro de mí.

Cada vez tenía más claro que era mi escocés, mi Highlander tan fantaseado cuando leía aquellos libros que se llevaban una parte de mi alma y me hacían vivirlo como protagonista de la novela, así que ahora lo era de verdad y lo estaba disfrutando al máximo.

Me dormí haciendo un repaso por mi vida, por mi infancia, mi niñez, mi época de estudiante, cuando conocí a Marcos, cuando mi vida cambió al terminar mi carrera, al irme a vivir con él a emprender una vida que pensaba que sería en común y para siempre pero no era así, no lo era...

Luego llegó la decepción y tras ella me había dado cuenta por Andrew que la vida seguía, que no estamos predestinados a estar con las personas que pensamos y menos cuando el amor se acaba, al menos por su parte se acabó...

No somos el destino de nadie más que de nuestras vidas y la mía ahora vibraba por otro hombre, una persona que me estaba haciendo olvidar más pronto que tarde aquello que me había llevado a ese viaje...

Estaba feliz, a modo reflexión y cuando lo hacía era por las sensaciones que me estaban apareciendo esos días en todos los ámbitos, en el del amor, en el de la vida, en el de los sueños...

Capítulo 14



Esa mañana no estaban ni Alec ni Alexandra. Habían dejado una nota sobre la mesa en la que decían que se iban a vivir su amor ese día en solitario.

—Muy monos los tortolitos —dije.

—Sí, tal para cual —se encogió de hombros.

Nos miramos riendo, en el fondo hacían bien, así también me dejaban el día con mi Highlander, ese hombre al que tenía muchas ganas de seguir disfrutando y conociendo, una persona excepcional y cariñosa donde las hubiera, además de atenta y es que no podía dejar de deshacerme en halagos hacia él.

Desayunamos entre miradas cómplices y ojos ardientes de deseo. Sabía yo que después del desayuno eso iba a explotar, pues la tensión sexual se palpaba en el aire.

Tan pronto como le dimos el último sorbo al café pasó. Nos demoramos en el sofá como si no hubiera un mañana, nos deshicimos en caricias y deseo...

Mi respiración se agitó al sentirlo entre mis piernas, su lengua jugueteando por mi interior mientras me agarraba las caderas de forma firme y contundente. Aquello era una maravilla, equivalía a elevarse a lo más alto, para luego terminarlo haciendo agarrada a esos brazos. No podía pedir más ni sentir mayor felicidad, aquello era todo lo que necesitaba y había esperado en mi vida.

—¿Estás bien? —me decía con aquellos ojos que brillaban mientras me embestía.

—Estoy mejor que bien —le contestaba siempre.

Ya casi no me azotaba la imagen de Marcos rondando en mi cabeza, era como si hubiera pasado a un segundo plano, como si hubiera sido algo de un pasado muy lejano. Era increíble cómo el corazón y la mente podían cambiar en tan poco tiempo.

Estaba claro que, en muchas ocasiones, nos agarramos a un clavo ardiendo y nos quedamos con la persona que tenemos al lado aun a sabiendas de que no es oro todo lo que reluce. Y en Marcos siempre noté un trasfondo que me asustaba.

Era justo todo lo contrario de lo que me sucedía con Andrew. Aquel Highlander de facciones duras, era sin embargo todo un amor, cuyos ojos denotaban transparencia e inspiraban confianza.

Imposible no hacer una comparación entre ambos. Visto con la vista retrospectiva, era como comparar a una cucaracha con una mariposa. Aquel pensamiento me hacía rezumar felicidad por los cuatro costados.

No podía haber aparecido en mejor momento ni ser más aparente para mí. Hasta la cafrecilla de Alexandra me decía a cada momento que era la horma de mi zapato y yo quería pensar que tenía toda la razón.

Nos fuimos a pasear y a comer por la ciudad, de la mano, como una pareja de toda la vida que se cuida y miman a cada instante. Esa era mi sensación en esos momentos en los que mi corazón latía con más intensidad que nunca.

Paramos delante de una tienda de joyas de plata típicas escocesas y miré un colgante con un símbolo celta que me llamó mucho la atención.

Andrew me dejó frente al escaparate y me hizo señas de que no me moviera. Negué pidiendo que no entrara, pero no me hizo caso. Lo vi tras los cristales coger el colgante y pagarlo. Salió sonriendo sin la caja ni nada y me lo colocó.

—Ya tienes un recuerdo mío —besó mi cabeza.

Me giré y lo miré emocionada.

—Tengo muchos recuerdos tuyos y en el corazón, de esos que no se estropean ni mueren en la vida —salió mi forma más romántica.

—Vaya, no me esperaba tan emotivas palabras, si lo sé te compro toda la joyería —dijo bromeando y agarrando mi mano para seguir caminando.

—Tonto, no era necesario, pero lo tendré como algo especial de recuerdo, entre los tantos que tengo —le saqué la lengua.

—Eres una persona única, Adara. Por cierto, ¿qué significa tu nombre?

—Es hebreo. Significa “noble”.

—Entonces no podría verte más al pelo —besó mi mejilla.

Andrew era vida, transmitía tanto que era impresionante no estar en armonía a su lado, como si el resto del mundo no existiera más que nosotros.

El centro de Inverness era para callejear, perderse un poco y empaparse de la vida de la capital de las Tierras Altas y eso fue lo que hicimos.

Aunque ya le habíamos echado un vistazo antes, quise volver al Mercado Victoriano, que de victoriano tiene únicamente la arquitectura. Darse otra vuelta por su interior merecía la pena y mucho.

Luego Andrew quiso enseñarme uno de sus puntos preferidos de la ciudad. Se trataba de Leaky’s Bookshop, un lugar maravilloso y otro de los imprescindibles de Inverness.

—Es la segunda librería más grande de Escocia —dijo.

—Es realmente flipante, me encanta, Andrew.

—Disfruto mucho de poder compartir mis aficiones contigo —señaló.

—Pues da gracias al cielo de que has topado conmigo, porque si hubiera sido Alexandra, a esa no la traes aquí ni amarrada...

—Es una fierecilla y muy graciosa —dijo él.

—Es adorable y mi paño de lágrimas —añadí.

—¿De lágrimas? —preguntó.

—Es un decir, una manera de hablar —maticé.

El día con él fue de lo más bonito, además que me contó muchas cosas y a mí me encantaba escucharlo narrar aquellas historias entre clanes y luchas.

Era como si todas aquellas historias con las que siempre había soñado tomaran de repente forma y no había más que un responsable de eso: Andrew, al que ya sentía como mi Andrew.

Me hizo gracia pensar en cuando de peque, mis amigas y yo jugábamos a eso de ir balanceando las chapitas de las latas de refresco, mientras recitábamos el abecedario.

Se lo conté a Andrew.

—Y la letra que saliera, sería la inicial del nombre del chico de tu vida —le dije, mientras pensaba que, desde luego, en mi Málaga natal, no era Andrew el que se me pasó nunca por la cabeza...

—Cuánto tengo que aprender de ti —dijo, riendo, mi Highlander...

Por la noche nos fuimos a la casa y preparamos unas pizzas. Los chicos nos habían puesto un mensaje de que cenaban con nosotros, así que lo dejamos todo listo para cuando llegaran.

Alexandra venía de lo más feliz. Habían pasado el día a pie del lago Ness, haciendo picnic y conectando con la naturaleza, como ella decía, pero venía encantada con las horas disfrutadas allí de un día que, por suerte, había estado soleado.

A la mañana siguiente nos iban a llevar a otro lugar a pasar veinticuatro horas, con lo cual todo se quedaba en el apartamento y nos llevaríamos lo necesario para esa escapada que tan en secreto llevaban, como todo. No sabía en qué momento se ponían de acuerdo para preparar todo, parecía que hablaban por arte de magia, como si tuvieran telepatía.

Me encantaban esas charlas en el sofá después de cenar donde nosotras decíamos tonterías y ellos se adentraban con su ironía y siguiéndonos el rollo en todo.

Era muy bonito ver a esos dos hermanos con esa complicidad y buen rollo. Había mucho respeto y amor en ellos, era algo que se debía a lo que habían vivido en su familia, todos esos valores que les habían inculcado y que debían estar muy orgullosos esos padres de haberlo conseguido.

Esa noche nos acostamos tarde. A mi amiga se le había metido en la cabeza ver una peli y no solo eso, que nadie se fuera a dormir. Además, preparó palomitas y todo que hizo en el microondas.

Yo me puse a reír solo de pensar lo cabezota que era, cuando algo quería tenía que ser ya y al momento, no había derecho a debate, se le dijera lo que se le dijera ella iba a ganar, así que mejor no discutir, acomodarse y meterse en esa película que a ella se le había antojado.

Mi madre siempre decía que Alexandra era de esas personas que decían “melón” y ya quería tener la tajada en la mano.

La película era de las Highlands, del año mil cuatrocientos, con unas imágenes brutales, así como unos escenarios impresionantes. Estaba recreada a la perfección no le faltaba detalle, ni historia de amor ni mucho menos trama. Todo un acierto sin duda, al final había hasta que agradecerle esa elección.

Al final terminamos todos emocionados. Ninguno la habíamos visto antes así que la disfrutamos en igualdad, a pesar de que yo me quejé cuando la puso, pero no, había sido todo un acierto en un momento tan especial como el que estábamos atravesando.

Era algo que pegaba en ese momento y que nos hacía entender un poco más de su historia, de sus guerras, de sus batallas, de sus luchas, de todo aquello que pasaron durante mucho tiempo en aquellas tierras, esas por las que todos habían luchado.

Después de la película nos tomamos un zumo y nos fuimos a la cama. Nos abrazamos con miradas cómplices, con besos, con caricias y nos dormimos entre arrumacos, sin hacer nada más que regalarnos esos sentimientos que yo notaba que eran por parte de los dos, algo que me hacía sentir bien, en paz conmigo misma.

Capítulo 15



Desperté con una sensación extraña, como si pasara algo, pero no sabía de qué se trataba, como si algo no estuviera bien, me costaba hasta respirar, tenía ganas de llorar. Me abracé a mis rodillas y estallé, rompí en llanto como una niña pequeña.

Andrew estaba en la cocina con los chicos, pero entró y me encontró así.

—Eh ¿Qué te pasa? —se sentó a mi lado abrazándome.

—No lo sé, no te preocupes, es solo una sensación extraña, me levanté así —dije derramando lágrima tras lágrima.

—¿Pero tienes algún motivo? ¿Pasa algo que no me quieras contar y te tenga así? —preguntó con preocupación abrazándome, limpiando mis mejillas.

—No, ya sabes todo lo que me pasó, pero no tiene que ver con Marcos, es algo que inundó mi mañana y me hizo sentirme de esta forma, yo tampoco lo entiendo, pero es que tengo mucha tristeza —rompí a llorar más.

—¿Habrás soñado algo? —echaba mi pelo hacia atrás.

—No lo sé, no lo sé, no recuerdo nada.

—Ven —me sentó en su falda y me abrazó mejor —cálmate, habrás tenido alguna pesadilla.

—Lo siento —dije apenada por el momento.

—No, no lo sientas, solo quiero que estés bien.

Esperamos a que me calmara un poco y luego salimos a la cocina.

Mi amiga se quedó mirando, sabiendo que no estaba bien. Me conocía de sobra, le saqué la lengua intentado disimular, pero no la convencí, aunque la corté rápido para que no me bombardeara a preguntas.

—Tranquila, que solo te vi mala cara —volteó los ojos.

—Te estoy diciendo que estoy bien, petarda —le volví a sacar la lengua.

—Bueno, no me lo creo del todo, pero si tú lo dices...

No le respondí más, pues sabía que al final terminaría “erre que erre” para sacarme algo que ni yo misma sabía.

Estaba claro que la vida era así, llena de momentos buenos y malos, días mejores y otros peores y aquel era uno de esos en los que se amanece y todo se ve gris tirando para negro.

—¿Medio vacío el vaso, hoy? —me preguntó Alec, muy cariñoso.

Le lancé una sonrisa agradecida por toda respuesta.

Desayunamos y luego preparamos las cosas para irnos a esa escapada que nos tenían preparada. La verdad es que tenía ya ganas de salir de allí. La casa me estaba consumiendo y necesitaba respirar aire puro.

—¿Se te va pasando, chiqui? —me dijo mi amiga, de lo más cariñosa, camino del coche.

—Sí. Solo ha sido una sensación.

—Eso es lo malo, que te juro por la gloria de Cotón que yo temo más a tus sensaciones que a un vendaval.

—No seas exagerada, anda —le dije.

—¿Exagerada? Tengo que recordarte, joder Adara, si eres peor que el Nostradamus ese con las profecías...

—No es para tanto, mujer...

—Es verdad. No es para tanto. Es solo que tus pálpitos tienen más peligro que un mono con dos pistolas, solo eso —rio.

Mejor quitarle importancia porque ella o la ganaba o la empataba y el caso es que encima, cuando tenía razón, la tenía y yo rara vez me equivocaba cuando tenía una sensación de aquellas.

Intenté apartar aquellas sensaciones agobiantes de mi cabeza y lo logré. Estábamos en un sitio sensacional y en la mejor compañía, así que era cuestión únicamente de resetear...

Mientras iba en el coche de copiloto y conduciendo Andrew, me puse a reflexionar al escuchar detrás a los chicos hablando sobre esos lugares, además de la música que salía de una emisora internacional...

No obstante, a mí aquello me invitaba a analizar muchos puntos de mi vida, eso o que estaba aquella mañana de lo más apática.

Ni una sola razón encontraba para estar así, todo lo contrario...

¡Mandaba cojones! Tenía que ser más tonta que hecha de encargo si no era capaz de disfrutar del pedazo de día que tenía por delante.

Me había quitado un muerto de encima, alguien que no me hacía sentir lo que por ejemplo notaba en los brazos de Andrew, o cuando me miraba. Me estaba dando cuenta que aquello no era sano, que no me daba valor, que me hacía sentir como si ya no valiese.

Me mataba por cuidarme y gustarle, pero no lo conseguía, así que debía de estar alegre por estar lejos de él. Otro motivo no se me ocurría, pero tenía el ánimo por los suelos.

¿Qué me pasaba? Me preguntaba una y otra vez, resoplaba mirando a la ventana para que no me vieran. Agradecía la mano de Andrew en mi pierna mientras conducía, dándome cariño. Sabía cómo estaba.

Llegamos a un lugar espectacular, eran una especie de iglú de madera a los pies del lago Ness...

Aquello era una maravilla, con toda la parte de delante de cristal, desde el salón y la cocina se divisaban las mejores vistas...

—¡Me cago viva! —dijo Alexandra poniéndose las manos en la cara de lo más emocionada.

—Viva tu lengua —negué riendo.

—Anda cambia ya esa cara de alma en pena, haz el favor —resopló mientras me abrazaba.

—Estoy bien —dije en un intento de parecer convincente.

—Bien jodida —se separó y me puso los ojos en blanco.

—Necesito emborracharme —puse cara de tristeza mientras miraba a los chicos metiendo todo hacia dentro, inclusive las compras que habían hecho por el camino.

—¡¡¡Una botella de vino a la de ya!!! —gritó desde la puerta.

—Marchando dos, que una se agota rápido —dijo Alec asomándose sonriente por la puerta y volviendo a desaparecer.

—Sí, son dos caramelos —suspiró sacándome una sonrisa.

—Y no quiero saber cómo acaba tu frase...

—Pues que son dos chupa —chups deliciosos para...

—Imagino, imagino la cachoburrada que vas a decir de chuparlos y demás. Te la puedes ahorrar.

—Hija mía, estás de un soso hoy...No me das ni un poco de vidilla. Bueno pues eso, lo diremos a tu modo, que son muy buenos y eso. ¿Me he expresado a tu gusto o hago un máster en aburrimiento para atinar un poco más?

—Demasiado buenos son para la poca vergüenza que tenemos —reí —una más que otra —le tiré la chinita, por lo que acababa de decir.

—Calla que todavía te llevas una colleja —se sentó en la entrada de la casa que estaba un poco en alto.

—¿Te imaginas que viviéramos aquí? —dije apoyándome sobre la valla pequeñita que tenía a la entrada.

—Yo por mis cojones que me pegaba al menos un año aquí, de excedencia, pero vamos con los ojos cerrados y sin dudarlo.

—Ya, pero costearse aquí un año...

—Nos quedamos la casa de uno de los chicos, los dos que se vayan juntos a la otra. Después nos vamos a comer a la casa grande todos los días y encima damos entre semana clases de español en el pueblo —sonreía feliz —No me digas que no es bueno el plan —abrió las manos.

—Buenísimo, si no fuera porque lo veo un pelín descarado, desmesurado e ilógico, pero pensando que eres tú y cómo tienes las neuronas imagino que hasta lo ves de lo más normal —reí cogiendo una de las copas que trajo Alec sonriente y volvió a entrar.

—Desde luego, tienes menos iniciativa que un vegano en una carnicería, mona. Y de aventurera tienes lo que yo de misionera, vaya.

—Tengo algo que se llama vergüenza y no voy invadiendo la vida de los demás ni mucho menos vivir a su costa.

—Se lo pago en especie —hizo un movimiento con su cuerpo bromeando.

—No tienes remedio —di un trago al vino.

—Era broma ¿eh?

—Imagino, pero viniendo de ti —reí mientras olía la copa.

—Menos mal que ya tienes mejor cara hija mía, porque me los ibas a espantar a los dos... Parecía que venías de un velatorio...

—No será de los de mi familia, porque en esos ya sabes que siempre se lía.

—¡Ay, cállate! Es verdad. Eso solo puede pasar en Andalucía, para qué vamos a negarlo.

—¿Te acuerdas en el de mi tío abuelo? Cuando le dio a mi primo Benjamín un ataque de risa...

—Y tuvimos que salir de allí todos en estampida. Si es que es normal, el cabrón no tuvo otra cosa que hacer que ponerse a contar chistes y encima...

—Encima se reía él antes de terminarlos y yo que no puedo aguantar la risa, lo pasé fatal.

—¡Mira esta y yo! Te aviso desde ya que no me coges en otra igual. A mí me invitas a langostinos de Sanlúcar, capulla, pero en un sarao de esos de tu familia no me vuelvo a meter, eso te lo digo, por mis castas que no, vamos...

—Mira, ni se lo cuentes a estos dos ahora, ¿eh? Que con lo que les van las tradiciones y eso, nos iban a ver como dos descastadas y lo mismo nos dejan aquí con dos palmos de narices...

—Eso, y todo por culpa de tu primo Benjamín.

—¿Te imaginas?

—Sí. Imagino que me cuelo por Málaga y lo cojo por el pescuezo tipo cuando Homer Simpson agarra a Bart, así más o menos...

—Pues con lo enclenque que es mi primo lo desmontas. Aunque en el fondo le ibas a dar en el cantito del gusto...

—Calla, cacho de mamona, que te veo venir. No empieces otra vez con eso que te abro la cabeza.

—Pero si le has gustado de siempre al chiquillo, qué le vas a hacer...

—Que me pone de los nervios tu primo. Es un friki y no lo aguanto. Y encima eso, enclenque perdió el gachó, que hay que pasar dos veces para verlo, vamos que se pinta de rojo y parece un arañazo...

—Eso es verdad, el pobre no tiene carne ni pá un puchero...

—El pobre, el pobre, ¿Cuántas veces le habéis dicho que haga deporte?

—Con los cojones va a hacer ese deporte. Está abonado a la consola.

—Mira, casi igualito que mi Highlander. Es la antítesis...

—Descarado. Por mi padre de mi alma que es que estos tíos están macizos. Parece mentira que puedan ser de la misma especie.

—Están, lo que yo te diga, pá engancharse con ellos y no parar en dos años...

—Por cierto, estarán pensando que tenemos un morro que nos lo pisamos, ¿no?

—Pues sí, porque somos dos pedazos de cabronas. Estamos aquí dale que te pego a la sin hueso y ellos que trabajen.

—Bueno, en el fondo no pasa nada, que se acostumbren, no vaya a ser que se acomoden...

—Pero ¿tú te estás escuchando?

—No hace falta que lo jures. Estamos hablando como si estuviéramos con ellos, vamos...

—Sí, sí, que nada más que nos hace preguntarles que el anillo pá cuando...

Y no hizo falta decir nada más. Allí se puso ella a mover el culo bailando, en un pasaje de lo más idílico y haciendo que me partiera de risa.

Con tan buen rollo, el mal presagio de la mañana se fue disipando y al cabo de un rato volvía a tener tela de ganas de cachondeo...

—Venga, tonta, mueve también el culo —me empezó a decir...

—Vamos a darlo todo —grité.

Formamos tal algarabía que los chicos salieron para ver qué diantres estábamos haciendo y los pusimos a bailar con nosotras también.

En un momento dado, dimos por finalizado el show y salieron volando porque pensaban que se les quemaba la comida. Nosotras nos fumamos un pitillo.

Entramos a ayudar, copa en mano cómo no. Ya estaban cocinando mientras charlaban animadamente, eran a cuál mejor y estaba segura que esas veinticuatro horas iban a ser de lo más bonitas, así que confirmé que había hecho bien en cambiar mi semblante y me decidí a vivir ese gran momento que con tanto cariño nos habían preparado.

Capítulo 16



Y dos copas de vino fueron las necesarias para ya meterme en ese momento y comenzar a disfrutar de todo aquello...

—Joder, cómo os han salido estas hamburguesas —dijo tirando un gran bocado Alexandra.

Les habían salido de muerte, además con pan del día, unos bollos perfectos para eso, con su hamburguesa, un queso derretido que estaba de vicio y la copa de vino...

—En nuestra tierra se diría que nos les faltan ni un perejil —dije.

—¿Ni un perejil? —preguntaron los chicos.

—Sí, sí, vamos que os lo habéis currado, que estáis ganando puntos... —contestó Alexandra.

—¿Puntos?

—Sí, que os vais a llevar el premio gordo a este paso —soltó la muy loca enganchándose al cuello de Alec.

Andrew me miraba de lo más seductor y cómplice. A mí las copas de vino me estaban volviendo a sacar la sonrisa y el buen rollo. “Otro que se va a llevar el premio gordo en cualquier momento”, pensé.

—¡Viva el alcohol! —grité emocionada.

—Joder, pues sí que te sienta bien —rio Alexandra levantando la copa.

—Déjala, al menos le sacó una sonrisa —dijo Alec.

—Desde luego, porque lo mío me ha costado hacerla bailar un poco —sacó Alexandra la lengua.

—Vosotros sois mi alegría —puse gesto de tristeza.

—Yo te como toda la cara y todo lo que no te coma el Highlander —vino hacia mí y me llenó besos.

—Bruta eres —miré a los chicos que sonreían negando con la cabeza.

—Espero que no tenga queja de lo que le coma el Highlander —dijo Andrew, participando por primera vez en nuestras bromas.

Nos tiramos al suelo de risa pensando que al final íbamos a hacer de los chicos dos deslenguados, como nosotras.

—No tienes remedio —le dije a Alexandra.

—Ni puñetera falta que hace, pero vamos, que tú, a la chita callando, también te las traes...

—¿A la chita? —preguntó Alec.

—Sí —respondió ella, pero vamos que esa es una chita, que tú no conoces, vamos que no es la mona de Tarzán ni nada de eso, que aquí hay que explicarlo todo —digo, liándola a su estilo.

Terminamos de comer y nos fuimos a sentar cerca del agua, con una botella de whisky, hielo, los vasos y el refresco. Me encantaba, me acordaba de mi época universitaria cuando nos íbamos de botellona.

Alexandra debió pensar en algo parecido, a juzgar por la que se avecinaba.

—Madre mía, que digo yo, que aquí las habréis cogido dobladas de jovencitos, ¿no?

—Y de mayores —contestaron ellos —Pero sí, el caso es que procurábamos que siempre llegara uno un poco más fresco que el otro para distraer a nuestros padres... —dijo Andrew —mientras que el que estaba más perjudicado se metía en la cama.

—Bueno, esa era la teoría —explicó Alec —La práctica es que a veces volvíamos los dos a cuatro patas y no teníamos cojones de entrar en casa...

—Pero no se ven muy autoritarios vuestros padres... —dije.

—No, no lo son, pero mi madre es como un disco rayado cuando está enfadada y llegar con la cogorza y tener que escucharla... —dijo Alec.

—Imagino, era un martirio chino —terminó la frase Alexandra.

—Más o menos... Total que teníamos un “plan B” para cuando se nos notaba demasiado...

—Sí, un plan acojonante. Metíamos la cabeza en el lago para que se nos pasara un poco.

—¿Por la noche? —preguntamos.

—Y al amanecer, que está el agua todavía más fría. Y encima nos quedábamos allí sentados como dos pasmarotes hasta que se nos secura el pelo, para ocultar la huella del delito —dijo Andrew.

—Sí y muy listos nosotros, porque un día que hacía un frío que pelaba, el pelo se nos empezó a congelar y nosotros venga a reírnos el uno del otro —continuó Alex.

—Hasta que nos dio por echarnos mano a la cabeza y nos traíamos los trozos de pelo congelados...

—¡No es verdad! —chilló Alexandra.

—Y tanto. Al final nos quedamos como dos bombillas porque nos tuvimos que rapar al día siguiente. Un numerito, vamos...

—Madre mía, lo que se hace por evitar una bronca de una madre. La mía tenía una habilidad especial —empezó a contar ella.

—Cuenta, cuenta —dijeron los chicos...

—Pues que, muy buena y muy santa, pero cuando ya la sacábamos de quicio, se quitaba la zapatilla y la tiraba por alto, vamos que la revoleaba y al que le diera, a tomar vientos...

—¿Y esa era la habilidad? —preguntó Alec.

—No, la habilidad es que yo no sé cómo puñetas lo hacía, pero la tiraba con efecto. Es decir, tú cogías una esquina y creías haberla esquivado y, la puta zapatilla la cogía también y te terminaba alcanzando —dijo.

Los chicos se volvieron a tronchar con ella. Yo la historia de la zapatilla se la había escuchado contar cientos de veces, aunque por suerte nunca la había presenciado en vivo y en directo...

Me puse entre las piernas de Andrew y me eché hacia atrás, a un lado las copas, aquello era un momento de lo más relajante del mundo, de esos que no había dinero que pagara, además entre sus brazos, mientras me susurraba al oído que le encantaba y a mí se me amplificaba la sonrisa.

Quería parar el reloj. Me negaba a que el tiempo pasara. Era una expresión claro, porque ya podía yo decir misa. El tiempo iba a pasar igual.

¿Qué ocurriría cuando volviéramos? ¿Cómo se podía pasar de rozar el cielo con las manos a

la realidad de la vida? No quería pensar en eso ¿sería lo que me golpeaba inconscientemente por la mañana? No, no podía pensar, intenté quitarme eso de la cabeza y me uní a la charla que tenían Alec y mi amiga sobre el clima de aquel lugar.

Pero hasta esos días grises hacían especial a esas Tierras Altas...

Decían los entendidos que viajar por Escocia era cómo descubrir un mundo mágico, mitad bello y mitad misterioso, que parecía haber sido creado para estímulo de la imaginación y tenía la certeza de que no se equivocaban.

Allí sucedía que las montañas eran caprichosas, capaces de desaparecer en cualquier momento ante nuestros asombrados ojos, por efecto de las brumas.

A esas alturas no me cabía ninguna duda de que Escocia lo tenía todo: una historia rica en tradiciones, una naturaleza salvaje e increíble, maravillosos castillos ubicados en parajes privilegiados...

A ello había que sumar la belleza de sus ciudades y pueblos, capaces de embriagar al visitante con su cultura secular. En cuanto a sus lagos, todos y cada uno, y no solo el Ness, parecían esconder en sus entrañas a legendarios monstruos...

Y la guinda del pastel eran sus hombres, aquellos Highlanders que siempre habían sido objeto de los sueños más calenturientos de mi amiga y míos y que ahora estábamos disfrutando de cabo a rabo... y nunca mejor dicho.

Ese día fue uno de lo más increíbles desde que los habíamos conocido. Pasamos una tarde de abrazos, miradas más intensas aún que hablaban entre ellas de lo que estaba naciendo entre nosotros y que no era un huevo que se echa a freír.

Durante la cena estábamos mirándonos, deseando lo mismo, el momento de meternos en la habitación y dejar volar aquellos sentimientos que teníamos a flor de piel ese día.

Y llegó ese momento en el que cerramos la puerta y comenzamos a devorarnos a besos, a desnudarnos como si se acabara el tiempo y tuviera que ser ya, ahí, sin perder ni un segundo.

Le gustaba, se notaba, cosa que yo ya no percibía con Marcos. Con Andrew era todo pasión y fogosidad, sabía hacerme sentir de esa manera tan especial y deseada, me hacía enloquecer en sus brazos.

Esa noche dormí de lo mejor. Había sido un día increíble pese a despertar con ese momento de bajón, pero cerraba unas horas que no iba a olvidar en toda mi vida.

Me sentí bien pensando que lo que había sentido por la mañana habría sido, ni más, ni menos, que una sensación rara y que, afortunadamente todo iba no ya bien, sino fenomenal.

Por desgracia, me equivoqué. A la mañana siguiente desperté oyendo los sollozos de Alexandra en la cocina. Andrew no estaba a mi lado, me vestí y salí a ver qué pasaba.

Salí preocupada y los vi consolando a mi amiga.

—¿Qué pasó? —pregunté al verla llorar.

—Nada grave, tranquila — dijo con el corazón encogido y me agaché entre sus piernas.

—Cuéntame — la miré asustada.

—Tengo que volver a España —se puso las manos en la cara y lloraba con más intensidad.

—Dirás tendremos que volver, sí te vas tú, me voy yo. ¿Qué pasó?

—No, tú te quedas aquí, me va a acompañar Alec, volveremos en unos días —dijo ante mi asombro sin entender nada.

—¿Qué pasó? —pregunté nerviosa, me ponía taquicárdica que no me respondiera.

—Mí madre me llamó hace una hora. A mi tía Elvira le quedan horas de vida. Hay un vuelo para esta tarde a las seis, nos iremos en él.

—Yo quiero acompañarte —dije contundente. Era mi amiga y debía estar a su lado.

—No me hagas esto, te estoy diciendo que se viene Alec. Quédate con Andrew, volveré, aún nos queda mucho por conocer, pero no quiero que nos movamos todos, por favor te lo pido —su mirada la entendía, era como un clamor que me decía que no lo hiciera, que si me quedaba en las Tierras Altas e iba Alec, todo continuaría.

—Por favor, hazle caso —me dijo Andrew casi con una mirada de súplica —Llevamos un rato hablando con ella y es lo mejor —agarró mi mano.

Entendía esa mirada de mi amiga. Le partía el alma su tía Elvira a la que tanto quería, pero sabía que quería volver para seguir disfrutando de este paseo por las Highlands de la mano de ese hombre que había alegrado su corazón y cómo no, su vida.

—Está bien, os esperaremos aquí —dije con tristeza.

—Te lo agradezco, amiga —me abrazó.

—Nada, solo te espero aquí deseando que vuelvas pronto y que siento mucho esa fatal noticia —la apreté contra mí.

—Tú siempre has dicho que yo soy tu paño de lágrimas, Adarita, pero tú también has sido el mío. Esta vez te voy a dar el cambiazo, pero gracias, cariño —me abrazó.

Dejamos aquello atrás y nos fuimos a Inverness. Allí recogimos también para volver a la finca de los chicos en la que nos dejaron y mi amiga y Alec se fueron para el aeropuerto después de una comida rápida.

Me senté en el porche de Andrew mirando al mar y fumando un cigarro. Algo me hizo saber que estaba por ocurrir una desgracia la mañana anterior. Ya me había pasado más veces, estar mal sin saber por qué y luego enterarme de que algo muy triste había sucedido.

No es que fuera bruja ni nada por el estilo, ni tenía visiones ni mucho menos, pero tenía una intuición muy fuerte sobre algunas cosas de este tipo que pasaban, sin saber el qué, pero siempre había un motivo que más tarde salía a la luz.

—Pobre Alexandra, no sabes lo que lo siento por ella. Le hacía una ilusión bestial este viaje y ahora se le ha truncado —le dije a Andrew.

—Bueno, digamos que ha tenido que hacer un paréntesis en él, pero esto no se ha acabado todavía, ni mucho menos —me guiñó el ojo.

—Es verdad, aunque en cierto modo no puedo evitar sentirme culpable por no haberla acompañado —dije.

—Solo has hecho lo que ella quería, Adara. Además, créeme que está muy bien acompañada. Alec estará con ella en todo momento. No la va a dejar sola ni un instante.

—Eso lo sé —añadí con ojos amorosos.

No tenía ninguna duda de que eran unos chicos de lo más protectores y cariñosos y, en la compañía de Alec, mi adorada amiga estaba en las mejores manos.

Esa tarde la pasamos abrazados, mirando al lago, inundados por una sensación de tristeza que no éramos capaces de gestionar, sumidos en un silencio en el que solo hablaban los sentimientos, el estar el uno con el otro, en arroparnos en ese momento inesperado que había truncado esos días...

Capítulo 17



Esa mañana nos fuimos a la cocina a desayunar y mientras Andrew preparaba el desayuno yo aproveché para llamar a mi amiga.

Estaba deseando saber de aquella adorable loquilla y, aunque me había quedado de mil amores con mi chico, no me quitaba de la cabeza el hecho de sentirme un poco culpable de no haberla acompañado.

Ya había fallecido. Cuando ambos llegaron a Málaga se había producido el fatal desenlace, así que la velaron y Alec estuvo con ella en todo momento. Más tarde sería el entierro. Iban a pasar dos días más allí y luego volverían a las Tierras Altas.

—Entonces, ¿estás un poquito mejor? —le pregunté.

—Sí, sí. A ver realmente ha sido el impacto. La suerte es que mi tía ya era mayor y había vivido la vida a tope. Al menos me quedo con eso.

—Es verdad, jodida. Además, tenía un humor único, vamos que podemos decir eso de que “dichosa la ramita que al tronco sale” porque yo creo que el tuyo lo has heredado de ella.

—Pues sí. De modo que ahora acompañaré a mi madre y primos un par de díitas más, pero que no sabes las ganas que tengo de volver a ese sitio tan espectacular.

—Y eso que te has ido en la mejor de las compañías, Alexandrita, no me extraña que le prefirieras a él antes que a mí... —reí.

—Sabes que no es así, boba. Lo único que bajo ningún concepto quería que tuvieras que interrumpir tú también el viaje.

—Lo sé y te lo agradezco, pero no me hubiera importado.

—Eso lo tengo claro, pero ha sido mejor así. Y al final, las dos acompañadas.

—Oye, ¿y tu familia? Supongo que no lo esperaban...

—Los he dejado a cuadros, para qué nos vamos a engañar. Ahora que, en cuanto me reponga un poco, voy a fardar de Highlander, tela marinera...

—O tela escocesa, mejor dicho —reí.

—Mira que ocurrente la niña —dijo —Pero otra cosita para que no haya dudas. La próxima vez que tengas una premonición de esas tuyas, te ahogo en un cubo —soltó, y eso me hizo saber que ya volvía a ser ella.

—Bueno amiga, ahora en serio. Te deseo mucho ánimo para afrontar el entierro y te veo en nada. Dales un beso enorme a los tuyos de mi parte.

—Así lo haré. Nos vemos pronto.

Estuvimos media mañana en la casa y luego nos fuimos a ver a los padres de Andrew que

como siempre nos recibían con una sonrisa. El día anterior se habían quedado apenados por la partida precipitada de Alexandra, pero felices de que su hijo la acompañara.

—Vamos a comer con “tus suegros” —bromeó Andrew.

Por toda respuesta esbocé una sonrisa, pero para mis adentros pensé que ojalá el universo escuchara sus palabras. Cada vez sentía más apego por él.

Su madre me abrazó y besó en la frente, tan linda ella, tan generosa y atenta. Me parecía increíble cómo me abrían su casa y el corazón a pesar de ser una extraña total, pero eran personas puras. En esa familia había mucha buena energía.

Y encima, con la mala baba que se habían gastado en mi anterior familia política, el contraste era bestial y yo me sentía cien por cien arropada por ellos.

Comimos con Cameron y Megan. Yo me quedé en la cocina un buen rato tomando un zumo que me había hecho ella mientras cocinaba, así que estuve charlando y escuchando esas historias que me contaba de su vida en las tierras.

—Yo soy muy feliz aquí, hija. Comprendo que las personas que necesitan el bullicio de la ciudad, salir, entrar e ir de compras, no puedan entenderlo, pero esto es otra historia.

—Tenéis mucha calidad de vida, Megan. De eso no hay ningún género de duda y encima el entorno es completamente privilegiado. Mi amiga y yo nos hemos quedado prendadas de él.

—Es bonito, ¿verdad?

—Es precioso. Mira que había leído al respecto, pero estar aquí ha superado mis expectativas. Bueno y las de Alexandra, que siempre bromea con el hecho de que pediría una excedencia para quedarse un año.

—Pues que lo haga. Y tú otra —me dijo guiñándome un ojo — Aquí no os iba a faltar distracción.

No sé si lo dijo con segundas, pero yo me reí interiormente pensando que y tanto que no, porque Andrew y yo cada vez le habíamos cogido más gusto a darle al matarile y estábamos todo el día dale que te pego. Vamos que distraída iba a estar un rato largo. Otra cosa era contárselo a ella.

Por su parte se veía que lo recomendaba porque en aquel entorno había sido inmensamente feliz.

—¿Tú ves mis arrugas? —dijo.

—A ver, no seas exagerada Megan. Ya firmaba yo por estar como tú cuando llegue a tu edad...

—Gracias, hija. No es que esté yo como una pasa, pero sí tengo mis arruguitas y a mucha honra. Estas son de reírme. Yo cuando leo que hay algunas estiradas que ni siquiera sonrían para no estropearse, me quedo muerta.

—Sí y yo. En Andalucía a esa gente la sacan en las comparsas, en el Carnaval de Cádiz, Megan y no es para menos y les lían una...

Tuve que explicarle qué era aquello del carnaval y le pareció una idea divertidísima. Parecía una mujer entusiasta que sabía sacarle partido a la vida. Y había sido capaz de transmitir aquel entusiasmo a sus hijos.

Estaba muy enamorada de su marido. Solo con ver cómo se trataban y se miraban era más que suficiente para darme cuenta, pero encima su forma de relatar se notaba el amor que sentía hacia él y sus hijos.

Cuando terminamos de comer me puse a ayudarla a recoger la cocina, Andrew se fue con el padre a terminar de hacer una cosa en la cuadra.

Me encantaba la paz que había en esa casa. Era como estar en un lugar mágico donde cualquier

momento o conversación fuera de lo más gratificante.

Su madre me contaba cómo heredaron las tierras, cómo las trabajaron, lo que tuvieron que sacrificarse para sacar todo hacia delante, pero lo consiguieron.

—Vamos que trabajábamos de sol a sol a mi niña. Y a pesar de eso éramos de lo más felices. No sé si me explico.

—Perfectamente Megan, a eso le llamo yo hacer las cosas con dos cojones y un palito.

La dejé loca y tuve que volver a explicarle lo que quería decir aquella expresión. Cuando se enteró se tronchaba. Daba gusto aquella mujer. Te envolvía de una buena onda flipante.

Su tono de voz pausado, sus gestos... Todo era precioso de la mano de esa persona abnegada que contaba lo duro y bueno de su vida.

Allí se palpaba en cualquier esquina lo trabajado que estaba, lo cuidado en detalles, el cariño que habían puesto tanto en la casa como por todo el terreno.

Me contó la historia de su hermano Logan, un hombre que consiguió sacar la carrera de Medicina pero que murió justo al año de comenzar a trabajar como médico en la ciudad, de una enfermedad que llegó de golpe y sin previo aviso, llevándose por delante en poco tiempo.

Lo recordaba con mucho amor y tristeza. Abrió una especie de libro de oro que llevaba de colgante y ahí estaba la foto tallada de él. La besaba con cariño. Se notaba que lo echaba mucho de menos.

En cuanto a su marido, Cameron, tenía una historia detrás fuerte, abandonado por los padres, se quedó a cargo de unos tíos que eran los dueños de esas tierras, pero que no las llevaban muy bien. Era una época delicada y no gozaban de buena salud.

Cuando Megan y Cameron se conocieron, ella se trasladó a vivir con él y sus tíos, que no tardaron en fallecer, un año de diferencia transcurrió entre la muerte de uno y otro. Eso le cambió la vida al padre de Andrew, le causó mucho dolor ver irse tan rápido a las personas que lo cuidaron mientras otros lo abandonaron.

—Así que te puedes imaginar que, en su lecho de muerte, les hizo por separado la promesa de que él se ocuparía de todo.

—Eso es muy loable —dije.

—Y lo mejor de todo es que la cumplió.

Desde entonces lucharon por sacar las tierras adelante. Luego llegaron los niños y todo comenzó a ir a mejor, pero a base de muchas horas de trabajo, sin apenas descanso. Ahora era cuando podían vivir con más calidad y tenían la recompensa al esfuerzo tan grande que hicieron siendo aún tan jóvenes.

Todo aquello me hacía reflexionar mucho. Por eso notaba el amor tan grande que había en esa familia. Valoraban todo, cuidaban como hoy en día no se cuidan a las personas y a las cosas. Era sensacional lo que transmitían cada uno de ellos y los valores tan grandes que habían fomentado en sus hijos.

Por la tarde volvimos a la casa. Andrew se puso a preparar comida italiana, unos espaguetis a la carbonara que tenían una pinta exquisita. Además de una ensalada de langostinos que estaba de vicio. Me encantaba todo lo que hacía, cocinaba de lujo.

—¡Si es que lo tienes todo! —le decía a menudo, provocando su risa.

—¿Qué es “todo”? —solía contestar él.

—Pues todo, todo. Hasta una falda que llevas con una gracia...

—¿Cómo con una gracia...? —protestaba él —Es una tradición, no es graciosa.

—Pero una tradición que a ti te queda muy graciosa —decía yo —buscándole la lengua.

—Mejor no discutir con una mujer —reía y negaba con la cabeza.

—¡Mucho mejor! ¿Ves? Además, eres muy listo. ¡Por eso lo tienes todo!

Él disfrutaba con el hecho de que yo le dijera tonterías y a mí me encantaba provocar su risa.

Esa noche nos quedamos viendo una peli, aunque creo que ninguno de los dos estábamos pendiente a ella.

En el fondo, no podíamos evitar una cierta sensación de tristeza. Nos daba pena el mal momento que había que tenido que pasar Alexandra. No se lo merecía, pero la vida era así de caprichosa y a veces hace que sucedan las cosas cuando menos te lo esperas o cuando menos oportunas son.

Cuando nos acostamos me besó en la frente y me echó sobre su pecho.

Me tocaba el pelo mientras intentábamos dormir, pero notaba que él como yo, estábamos en un momento de vacío, ese que nos habían dejado los chicos, los que eran parte de estos días, de ese paseo por esa parte tan bonita y atractiva del país.

Esa noche me costó mucho coger el sueño. Tenía la sensación de no haber acertado al estar con mi amiga en esos tristes momentos pero, por otro lado, comprendía que era mejor que estuviera él.

Al fin y al cabo, yo podía tenerla siempre a mi lado y ese chico le estaba proporcionando unos momentos muy bonitos y que tenía derecho a seguir disfrutando a pesar de las circunstancias que habían acontecido.

Y el caso es que la conversación con ella me tendría que haber dejado más tranquila, pero ni por esas. Siempre había sido de comerme tela el coco por las cosas y ese seguía siendo mi gran caballo de batalla.

Todo era una locura de pensamientos en mi cabeza, de tristeza a pesar de sentirme completamente llena en los brazos de Andrew, pero tenía muchos sentimientos encontrados...

Era como si supiera eso que, por un lado, hice bien y por el otro la cagué, aunque ella me pidió que respetara su decisión de ir con él y eso hice. Sabía que en cierto modo también lo hacía por mí, pero claro ¿por qué no nos fuimos los cuatro? Esa era la pregunta que me hacía mil veces desde que ella partió.

Ya estaba hecho. Ahora deseaba verla entrar por las puertas de la finca, volver a recorrer con ellos esos lugares, tomar unas copas, sonreír, abrazarla, tenerla a mi lado, pero para eso aún faltaban dos días, de los que yo ya contaba las horas.

Capítulo 18



—Buenos días, españolita —comenzó a hacerme cosquillas.

—Verás el Highlander frustrado —bromeé.

—¿Frustrado? —rió, levantando la ceja.

—¿En qué batalla o con qué Clan te peleaste chaval? —solté de aquella manera.

—Mis antepasados...

—Un huevo tus antepasados. A mí me vas a venir con lo que hicieron o vivieron otros —negué muerta de risa.

—Te has levantado muy guerrera —me tapó la boca con un beso y se colocó encima de mí.

Y pronto comprobé que no era la única...

Noté su miembro contra mi zona y solté el aire. Ya me estaba poniendo a mil por hora. El corazón comenzaba a palpar aceleradamente y comencé a respirar de forma agitada.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó mordisqueando mi cuello y moviéndose de forma intencionada.

—Pues que me quieren atacar —casi no me salían las palabras por la excitación.

—¿Y no te piensas defender? —seguía con esos roces que me estaban poniendo enloquecida.

—Tócame ahora mismo o te juro que me toco yo —dije descaradamente y en tono exigente.

Desde luego que yo había dado un vuelco en unos días que no me conocía ni la madre que me parió. Tenía unas janas de jarana impresionantes.

Le salió una preciosa sonrisa y volvió a rozarme, mirándome descaradamente.

—Aún es pronto —carraspeó.

—Andrew —me quejaba jadeando.

—Pídemelo de nuevo —sonrió con esa cara de pícaro que me encendía más.

—Tócame... —resoplé.

—¿El qué? —seguía rozándose.

—Yo me cago en las Highlands, en los Highlanders y en los Vikingos de paso ¡Tócame! — solté una carcajada entrecorta por la excitación y él rompió a reír abrazado a mí.

El buen rollo que teníamos era formidable. En la cama, podíamos pasar de la máxima excitación a la risa en cuestión de segundos. Y luego otra vez al lío. Aquello era como una montaña rusa y así siempre.

Comenzó a bajar con sus labios por mis pechos, por mi barriga, llegó a mi entrepierna y comenzó a hacerme sentir esa locura que provocaba su lengua y sus dedos dándome placer por doquier.

No podía dejar de gemir y chillar como loca, ese hombre era brutal, hasta para agarrarme mientras me corría, de modo que no consiguiera apartarlo, llevándome al límite.

Me tiré hacia atrás agotada por ese momento en el que había dejado todas mis energías.

—Esa lengua, esa lengua —dije.

—¿Qué le pasa a mi lengua? —dijo él, sacándola de paso.

—Pues que tiene más peligro que una piraña en una bañera —dije.

—Calla, anda, que me desconcentras —dijo, sin poder parar de reír.

Levantó mis piernas en volandas y mis caderas. Me penetró. Ahí empezó otro momento de locura de esos que me dejaban hasta sin aliento.

Aquello era demasiado para mí. Suponía todo lo que había fantaseado en las novelas que leía, pero ese hombre tenía un control y una manera de hacerlo que era celestial.

No me consideraba sumisa en el sexo, ni mucho menos, y de hecho con Marcos era yo muchas veces la que había llevado el control, era eso o misionero y poco más, pero con Andrew no tenía nada que ver.

El sexo con Andrew estaba a otro nivel y me resultaba tan varonil que me encantaba dejarme llevar. La sensación de poder que ejercía y, sobre todo, cómo la ejercía, me hacía temblar de pies a cabeza.

—Desde luego que parece que tengo ya hasta electricidad en el clítoris, creo que veo chispas cuando me viene un orgasmo —le dije.

—A ver si va a ser que con la emoción has metido los dedos en el enchufe —dijo, con ganas de buscarme.

—Yo creo que no, que es tu hermano el de ahí abajo, que me da hasta corriente...

—Espera, que me pierdo, te da corriente, pero no es corriente, ¿no? —preguntó con tela de ganas de guasa.

—No, no, no te preocupes que corriente no es. Le echaron mucha gracia Cameron y Megan cuanto te hicieron. Te remataron muy bien por todos los lados, guapito de cara...

Y cuantos más disparates decía yo, más se reía él. Aquello era un no parar.

Nos fuimos a ducharnos y bajamos a desayunar. Me encantaba esa gran cocina, brillante, perfecta, espaciosa, cómoda... me tenía enamorada ese espacio de la casa.

—Me encanta este momento desayuno —dije mientras sujetaba la taza para dar un buche.

—Me encanta que formes parte de él —me hizo un guiño.

—Ainss, si es que eres muy cariñoso —dije, dándole un pellizquito en la mejilla.

—Tú, que sacas lo mejor de mí —rio.

Era indudable que estábamos el uno por el otro y no había una ocasión que dejáramos pasar sin demostrarlo. Hasta del más mínimo gesto hacíamos una fiesta y las horas pasan literalmente volando.

Me tenía en una nube. Me había dado el mejor despertar y estaba ahí sacando la mejor de mis sonrisas en esos momentos en los que la tristeza por la partida de Alexandra me embargaba a cada momento.

Así era yo, de darle vueltas y vueltas a las cosas. El caso es que me había repetido mil veces que ella había ido tal cual deseaba, con él, pero no podía evitar pensar que tendría que haber estado con mi amiga en los momentos de la pérdida de un ser tan querido como su tía.

Estuvimos toda la mañana por las tierras. Me enseñó tranquilamente todo lo que había allí y

los lugares que más le gustaban, entre ellos el establo donde tenía a Timber, su caballo, un precioso ejemplar de raza árabe.

—¿No puedo creerlo! ¿Entonces sabes montar? —me dijo.

—Hombre claro, a ver si te crees tú que solo los de aquí sabéis hacer esas cosas, que las andaluzas tenemos mucho arte —dije.

—Te estás riendo de mí —añadió.

—No. Y te lo demuestro cuando quieras.

—¿En serio me lo dices? Mira que te lo preparo ahora mismo, para que me lo demuestres.

—Ya estás tardando Highlander, te voy a enseñar yo cómo monta una malagueña...

—No, si el caso es que algo de eso ya he visto —soltó para escucharme otra vez.

—Mucha guasita tienes tú. Pues en caballo también monto...

Y lo dejé alucinado. Me dio sopotocientos consejos, que me entraron por un oído y me salieron por el otro, del tipo de que tuviera cuidado y eso, pero yo tenía muy claro que controlaba.

Hice un recorrido por allí que me supo a gloria. Hacía tiempo que no montaba me quité el mono. ¡Jinetes a mí!

—Vaya amazona chula. Viva, ¿cómo es la padre que te pario?

—Que te pario, no, que te parió. Y no es la padre, es la madre, pero lo has intentado campeón y menos mal que lo has dicho cuando me he echado abajo del caballo porque si no me caigo de la risa.

El pobre, había intentado repetir la frase que tantas veces nos había escuchado cruzar a Alexandra y a mí y fue de lo más cómico.

—Bueno, bueno, yo no sabía... eres una cajita de sorpresas.

—Hombre, claro, hay muchas cosas de mí que no sabes. Si una llega y cuenta todas sus habilidades me pierdes el interés. Hay que mantener el misterio. Por cierto, eso me recuerda a un chiste...

—¿Un chiste? Cuéntamelo.

En aquellos días los chicos se habían acostumbrados a los chistes de Alexandra y míos, pero la verdad es que a veces teníamos que haber malabares para que en inglés siguieran sonando graciosos.

Se lo vine a contar más o menos como Dios me dio a entender.

—Pues mira el asunto es que un amigo le pregunta a otro: “compadre, ¿tú mujer se acuesta contigo por amor o por interés” y el otro le contesta “pues mira, debe ser por amor porque interés no le pone ninguno”.

Ese Highlander es que se tiraba al suelo y yo me quería perder en aquella risa sonora y contagiosa que me sonaba a gloria.

—Bueno y ahora cuéntame, ¿cómo es que montas así de bien? ¿Os lo enseñan en la carrera de Magisterio?

—¿En la carrera? ¿Pero tú te crees que yo he estudiado en un sitio de esos pijos de las series de Netflix? —reí.

—¿Cómo?

—Que no, hombre, que no. Que eso es porque mis primos siempre han tenido caballos y yo iba con ellos a montar. Y luego también me dejaban uno para ir a la feria de Málaga.

—Y allí estaba la amazona más guapa de toda Andalucía —dijo él.

—Pues mira. Está mal que lo diga, pero desde luego que iba yo la mar de mona.

—Yo quiero ir contigo a la feria de Málaga en caballo —soltó, como el que lava y no enjuaga.

—Ay mi Highlander, que ya lo veo vestido de corto.

Y, aunque no le di más vueltas para que no se me viera demasiado el plumero, me había quedado loca con su idea. Me encantaba todo lo que oliera a que aquello no terminaba allí, aquel verano.

Fuimos a comer con sus padres. Disfrutaba mucho ese momento en el que me quedaba a solas un poco antes con su madre o después de la comida. Eran de esos instantes que engrandecían mi alma y me hacían crecer más como persona.

—Cuéntame cosas de esas que tanto me gustan de tu vida, Megan —le dije.

—Eres muy graciosa, Adara.

—¿Por qué?

—Porque te gustan nuestras costumbres, nuestra forma de vivir, nuestros orígenes...

—Sí, que me gustan sí —dije, dando un sorbo a un zumo que ella me acababa de preparar — pero sí es que aquí está todo bueno, desde la comida a la bebida, pasando por...

Me quedé callada de pronto. Y eso que a mí era difícil callarme. pero con la emoción ya iba soltando, lo que debía y lo que no...

—¿Por los hombres ibas a decir?

Mis orejas hervían súbitamente y las mejillas me iban a estallar. Debí ponerme a unos sesenta grados de temperatura, vamos una mijilla destemplada, que diríamos nosotras...

—Sí, bueno, iba a decir los hombres, pero vamos que la culpa es tuya —dije riendo.

—¿Mía? —preguntaba ella, muerta de la risa también.

—Bueno, tuya y de Cameron, porque vosotros no hacéis niños, joder, hacéis muñecos y claro una no es de piedra...

Nos echamos a reír las dos a la par y aquello no tenía fin. Eché de menos a Alexandra y pensé que habría disfrutado muchísimo de aquel momento de confidencias. Para algo era también “su suegra”.

—Pues mira, te voy a decir una cosa —comenzó a decir ella cuando por fin se recuperó un poco —no hay mejor manera de meterse en el bolsillo a un hombre de las Highlands que siendo partícipe de su cultura.

—Anda, vaya arte —respondí —¿Pues tú sabes lo que diría mi madre de meterte a un español en el bolsillo?

—No.

—Pues que mejor llenarles bien el gástrico, pero vamos que eso se decía antiguamente, no vayas a creer que somos unas cavernícolas —dije, volviendo a reír.

Nos estábamos haciendo amigas. Y además Megan me trataba con especial cariño. Se veía de lejos que le había gustado para su hijo y eso me hacía feliz. Luego ponía los pies en el suelo y me cagaba viva. Mejor no pensar.

Sus historias, sus anécdotas, sus vivencias. Era todo lo que había rodeado la vida de aquella familia, todo salpicado de momentos buenos y duros, pero sobre todo momentos buenos en los que la unión y el amor que sentían los unos por los otros, superaba todas las barreras que les ponía la vida.

Estuve toda la tarde en la casa y luego no nos dejaron irnos sin antes cenar unas costillas que había hecho su padre en una de las barbacoas de piedra del exterior.

—No puedes irte sin probar las costillas de mi padre —dijo Andrew.

—Sí —añadió Cameron —no es por nada, pero mis costillas tienen fama...

—Pues entonces hay que probarlas. No seré yo quien le haga ese feo a mi suegro —solté con todo el descaro —ya me iba soltando con ellos y eso que no habíamos bebido nada...

El padre era un ser especial como su madre. Todo lo hacía con tanto cariño y amor que se palpaba en cada gesto, en cada palabra, si tenía que definirlo con una sola palabra, esa sería nobleza.

Estaban buenísimas, jugosas y con un sabor que hacía relamerse los dedos. La verdad que todo me gustaba, pero absolutamente todo, desde la comida, hasta la armonía que allí se respiraba y ellos, cada uno de ellos, que estaban iluminados por un aura especial.

—Cameron tenías razón. Haciendo estas costillas no me extraña que sigas teniendo loquita a Megan —dije.

—Ella sí que me tiene loquito a mí, hija. ¿Tú sabes lo que le digo yo siempre?

—No, pero cuéntame —respondí.

—Pues le digo que para mí sigue siendo aquella chiquilla que conocí hace tantos años. Que yo no digo que no la haya más bonita, pero para mis ojos, no. Para mí, es la más bonita de todas...

Me emocioné con aquellas palabras y creo que todos lo notaron. El caso es que pensé que Megan era una mujer con suerte por haber podido disfrutar toda su vida de la compañía de un hombre que la miraba con aquellos ojos.

A mí era un tema que me sensibilizaba especialmente, porque mi padre no se había quedado a nuestro lado y mi madre no tuvo ese hombro en el que apoyarse.

Cuando me pasó lo de Marcos, pensé que yo iba a seguir por el mismo camino. Y ahora había conocido a Andrew y estaba empezando a sentir algo muy fuerte, pero nos separaban unos cuantos miles de kilómetros. No quería pensar.

Esa noche estaba emocionada, nerviosa. Al día siguiente llegarían los chicos por la tarde y yo estaba deseando abrazar a mi amiga, tenerla de vuelta, en ese viaje que habíamos comenzado las dos y que era de justicia que viviéramos juntas.

Me asomé a su terraza a fumar un cigarro antes de subir a la habitación. Necesitaba ese momento frente al agua, la calma, la luz de la luna reflejada en el lago.

No me hacía falta más para respirar de forma pura, fuera de todo lo que nos rodeaba en la vida cotidiana. Aquello era vivir y sentirse en conexión con la naturaleza.

Me abrazó por detrás y puso su cara en mi hombro, sin hablar. Sabía lo que necesitaba en todo momento y en ese era silencio...

Estuvimos unos minutos allí y luego nos fuimos a dormir...

No podía negar que me iría llena de una sensación de bienestar increíble. Su madre me daba vida cada momento que pasaba con ella, con cada charla, con todo lo que me transmitía...

En el fondo los envidiaba por ese tipo de vida que llevaban y que me hacía descubrir que fuera de mi forma de vida en la ciudad y con un montón de gente, existía algo mejor, el vivir conectado a todo aquello que era la plena naturaleza.

Suspiré por tantas razones antes de dormir que ni yo me lo creía. Estaba aprendiendo y comprendiendo tanto en esa parte del viaje que casi no había hecho más que empezar que me sorprendía a mí misma y algo tenía claro, que me iba a ir repleta de muchas cosas importantes.

Me abracé y ahuequé en su cuello para quedar dormida lo más pegada a él.

Capítulo 19



Una nota sobre la mesa de la cocina diciendo que había tenido que salir, pero todo el desayuno preparado y listo para dar al botón de la cafetera, calentar las tostadas y poco más.

¡Me lo comía! Y todo sin hacer ruido para no despertarme, era increíble ese hombre.

¿Dónde había estado toda la vida metido? Ni con una lupa lo hubiera encontrado más parecido a lo que deseaba desde niña. ¡Era una ricura pero encima con un semblante Highlander que me volvía loca!

El día anterior ya le había dicho el padre que lo mismo lo tenía que acompañar a hacer una gestión al pueblo, así que no me cogió de sorpresa.

Puse todo sobre una bandeja y salí a la terraza, esa que me encantaba disfrutar, no había mejor lugar para desayunar relajadamente.

En ese momento me llegó un mensaje inesperado.

Marcos: Me gustaría hablar contigo ¿Dónde nos podemos ver?

¿Pero este de qué iba? ¿Qué quería de mí ahora? No se merecía ni que le contestara, pero no dudé en hacerlo, ante todo claridad y contundencia.

Yo: Que yo sepa no tenemos nada que hablar. No quiero ni verte, no hay nada que nos una como para tener una charla contigo.

Marcos: Me he arrepentido. Te amo por encima de todo y todos.

¿Qué se había fumado este? ¿No estaba con la otra?

Fui corriendo a mirar Facebook y tenía el estado cambiado, diciendo que a veces no nos damos cuenta de que la felicidad la teníamos ante nosotros e igual que el alquimista, nos vamos a buscar algo que ya teníamos ante nuestras narices.

Pues se iba a comer lo que yo sabía...

Yo: Pues a mí me abriste los ojos para darme cuenta de que deseaba todo en la vida menos sentirme como lo hice contigo. Te deseo que encuentres la felicidad, pero a mi lado no la vas a tener, así que ni lo intentes.

Marcos: ¡No me puedes hacer esto!

Que no podía hacerle eso. Mira que ahora me sonaba hasta gracioso. Precisamente él, aquel al que le importé una mierda mientras disfrutaba en otros brazos.

Yo: Marcos, hazte un favor a ti y otro a mí. A ti el olvidarme y a mí el dejarme en paz. Eres lo más deshonesto que he conocido jamás.

Marcos: Dímelo a la cara, ten valor y dímelo a la cara.

Este había fumado en pipa y de la mala, si se pensaba por un momento que yo iba a hablar con él cara a cara o algo por el estilo, iba apañado.

Yo: Marcos, primero, que no estoy en España, estoy disfrutando de las mejores vacaciones de mi vida. Segundo, que conocí a alguien que en poco tiempo me llenó más que tú en los dos últimos años. Tercero, que no te quiero ver. Conozco la dignidad, esa que tú no tienes ni idea de lo que es. Así que por favor te pido que no pierdas el tiempo, no te quiero ni ver.

A la mierda, a ver si con eso le quedaba más clarito y contundente.

Marcos: Sé que si me tuvieras delante no dirías lo mismo y me da igual con quién estés. Te pienso recuperar, pienso compensar todo el dolor.

Pero bueno ¿Lo decía en serio? Por nada del mundo volvería a sus manos, a su vida, a tener una charla con él. Por nada del mundo...

Yo: Creo que no tienes ni idea de mis sentimientos hoy en día, que no me reconocerías, pero créeme que con la última persona que me vería en esta vida sería contigo.

Marcos: No me puedes hacer esto...

Yo: Eres un canalla solo con decir eso, después de lo que me hiciste... te piensas que todo se arregla con un "me equivoqué" o un "lo siento", con unas palabras o lágrimas de cocodrilo. No, no quiero verte, no te veré jamás, para mí eres deleznable.

Marcos: ¿Dónde estás?

Nada, que no se enteraba, que al final lo iba a bloquear...

Yo: A ti eso no te importa, de verdad, déjame en paz que me das asco, que no quiero ni verte, que eres con el último hombre que volvería a estar, que te vayas con quien te dé la gana. He conocido la felicidad y tú no tienes ni un hueco en ella. Eres la sombra de lo que creí que era eso, o sea, nada.

Marcos: Eres muy injusta.

Yo: Pues seré injusta y todo lo que quieras cargar en contra mía, pero soy una buena persona, eso que tú no conoces como valor.

Marcos: Me equivoqué...

Yo: Pues aprende de los errores y sobre todo de que los actos tienen consecuencias, así que no me vengas con lo que necesitas, antes no te preocupaba qué necesitaba yo. Además, déjame en paz y sé feliz.

Marcos: Estoy dispuesto a formar ya una familia contigo y a casarnos, a ser todo lo que soñamos.

¿Sería desgraciado? Con la de veces que hablé de ello y me tomaba por loca diciendo que todo estaba bien, que no hacía falta en nuestras vidas nada formal y menos hijos.

Yo: Estás muy mal, haz como yo, da una vuelta por el mundo y quizás la vida haga lo mismo que conmigo, poner gente extraordinaria en tu camino. Y una cosita más, por mí como si te cagas...

Lo bloqueé. No iba a aguantar escuchar más estupideces y menos de alguien que me causó el mayor dolor de mi vida. No me merecía la pena revivir nada.

Joder con lo bonito que estaba siendo mi desayuno y me salta con esas, de verdad vaya manera tenía de volver locas a las personas, pero no iba a poder conmigo, ahora no, estaba fuerte y segura de que mi vida no era para vivirla junto a él y ya no me causaba ningún sentimiento de amor, cariño, ni nada por el estilo.

La verdad es que me había impresionado que ahora no estuviera con ella, tanto como se regodeaba por las redes de su amor infinito y más allá.

Me quedé mirando al horizonte mientras desayunaba. Luego me fui a ducharme y cambiarme. Tenía ganas de estar con la mamá de Andrew, aquella mujer que me hacía crecer día a día, esas

eran las personas con las que merecía la pena perder el tiempo.

Mientras me cambiaba, llamé a mi madre para darle la noticia bomba.

—Mamá, ¿a qué no sabes quién ha venido corriendo como un perrito faldero suplicando una oportunidad?

—¿El desgraciado ese? Hija mía, hay que tener valor, conociendo los huevos que tienes...

—Y más ahora mami. En estos días he aprendido mucho y me he hecho muy fuerte, pero no te preocupes, que se ha llevado lo suyo y lo de su prima el muy ingrato...

—Imagino. Pues muy bien que has hecho. Y menos mal que no ha venido a mi casa a buscarte porque le doy un cacerolazo en la cabeza que lo jodo vivo, por muy abogado que sea...

—¡Mamá! —reí.

—Sí, sí, hija. Ni mamá ni nada. Se lo doy y se queda con él. No creo yo que hubiera ido a comisaría a decir que su ex suegra le había dado con una cacerola en la cabeza...

—Me meo con tus cosas, mami, bueno pues el asunto es que pretendía vestirme de gala y todo.

—¿A mí? ¿A santo de qué se acuerda esa mierda de mí?

—Sí, mami —reí —porque quería que pasáramos por el altar y todo...

—¡Ay la madre que lo parió! Bien se ha dado cuenta de lo que ha perdido. Pero antes, ha sido toda la vida “mucho te quiero perrito, pero pan poquito”. No te ha dado nada de nada.

—No seas injusta mami. Algo sí que me daba: disgustos, uno tras otro.

—Desde luego, para haberlo sabido a tiempo. Le habría echado un laxante un día de los que vinierais a comer y ese se había cagado por las patas abajo...

—Pues todavía hay más, mamá. Quería que tuviésemos hijos y todo...

—¿Hijos con él? Tú dile que para aparearse los dos tienen que ser de la misma especie y él es un bicho, vamos, con toda la cara de una alpargata...

—Mami, casi igual que mi Highlander —empecé a tirarle de la lengua.

—Ese sí que tiene un zambombazo como decís vosotras ahora, hija...

—¡Eres la bomba! Pero ¿tú dónde lo has visto?

—Pues resulta que, al salir del entierro de la tía de Alexandra, fui con ella y con “tu cuñado” a tomar un café y me enseñaron fotos.

—¿Y qué?

—Pues que son dos muñecos, hija. Con unas sonrisas que parecen de los anuncios de Profiden.

—¡Mamá eres la mejor! Y no te imaginas...

—Algo me puedo imaginar. Fama tienen esos, a ver si tú te crees que yo no me leído algunas novelas de las Tierras Altas. Hasta las he intercambiado con mis amigas. Y allí, parece ser, que el que no corre vuela...

—Sí, mami, tienen tela del telón —reí —pero lo mejor...

—Lo mejor es que se ven un encanto, hija. No hace falta que lo jures. Todos comentaban que era alucinante los muchos detalles que tenía el muchacho con Alexandra.

—Pues el mío es igual, mami. Buenos es que sus padres también lo son...

—Entonces casi igualito que la bruja esa que tenías tú por suegra que a la muy imbécil me he quedado también con las ganas de cogerla por el moño estirado que se ponía y despelucarla viva...

—Sí, mamá. Anda déjala que ahora va a tener al hijo dándole por saco todo el día...

—Si es a que “a todo cerdo le llega su San Martín”, hija —dijo...

Me despedí de mi madre flipando. Parecía que yo no era la única que iba espabilando. Me tuve que reír tela con ella. ¡Iba a tener que meter un Highlander en la maleta para ella!

Capítulo 20



Una amplia sonrisa se dibujó en la cara de su mamá al verme aparecer por la cocina.

—Hola, cielo —se acercó a besarme —¿Un té?

—Hola —sonreí y le agarré las manos —Lo que quieras, con tu compañía cualquier bebida sabe a gloria.

—Gracias mi niña. Los hombres tuvieron que salir —se refirió a su marido y a Andrew.

—Sí, me dejó una nota y el desayuno listo —negué sonriendo feliz.

—Te lo mereces, no es para menos.

—Esos son los buenos ojos con los que me miráis.

—Eres una persona muy bella, créeme que las huelo y tú desprendes mucha vida.

—¿Y eso? —dije, con ganas de tirarle un poco de la lengua.

—Bueno, digamos que esas cosas las cazo al vuelo.

—¿Y ha habido alguna vez que no te oliera bien?

—Y tanto, hija mía. Quizás ya estés al tanto de que Andrew tuvo una novia durante un tiempo. Se llamaba Leslie.

—Sí, lo sé. Creo que estuvieron varios años de novios, ¿no?

—Sí, cariño. A decir verdad, a mí me dio mala espina desde que la conocí.

—¿En serio?

—Sí. Por eso te digo que no te dejes engañar por el hecho de que sea una persona amable. A ella, evidentemente, jamás la traté mal, pero sabía que en el fondo se la jugaría a mi hijo...

—¿Y tú crees que ella lo tenía premeditado?

—Pues mira, no puedo decir que todo lo que hizo fuera a propósito, pero desde luego tampoco tuvo demasiado reparo en tenerlo durante años engatusado para finalmente hacer su vida y dejarlo atrás sin demasiadas contemplaciones...

—Pobre —dije, sintiéndome por unos momentos en sintonía con él y con aquella amarga experiencia.

—Sí, verás. Yo no la culpo porque quisiera vivir fuera de las Highlands. Cada uno es muy libre de hacer lo que le venga en gana. El asunto es que lo molestaba de ella es que parecía que esto era poco para su personaba. Nos miraba a todos por encima del hombro.

—No puedo creerlo...

—Pues sí, hija. Para ella debíamos ser una especie de catetos o algo parecido. Actuaba como si estuviera por encima del bien y del mal y se gastaba unos aires de superioridad que a Cameron y a mí no se nos habían pasado por alto...

—¿Y lo hablasteis con Andrew?

—Sí, pero claro, él era muy joven e inexperto. No le dio mayor importancia.

—Entiendo...

—Total, que a ti te veo tan a gusto con nosotros, tan integrada en unos días, que no puedo evitar pensar que una persona así es lo que necesita mi hijo. Sin aires de grandeza y que desee compartir su vida tal y como es.

No pude evitar pensar que la vida era injusta. Leslie había tenido la oportunidad de estar con él y había cogido las de Villadiego para Glasgow y yo que me quedaría encantada, tendría que poner rumbo a Málaga pasado el verano...

Procuré no pensarlo y me volví a centrar en la vida que se desprendían en esa casa, en el amor tan grande que se respiraba en el ambiente. No había un momento en el que nadie tuviera una mala cara, ni un gesto de desprecio o indiferencia. Todo lo contrario, se respiraba amor por todos lados.

Me tomé el té mientras ella preparaba la comida. Estaba haciendo un estofado de carne y patatas que olía que alimentaba.

Megan comenzó a contarme una historia que esperaba, un secreto familiar que suponía una revelación de tal calibre que no creí ser merecedora de ella.

Eso sí, me encantaba que se hubiera abierto en canal y hubiera decidido contarme esa parte tan dolorosa por la que había atravesado la familia.

Su mamá tenía una hermana en Plockton, otro bello lugar de las Highlands a dos horas de Ullapool, pero no se hablaban desde que Megan tenía quince años y su hermana decidió irse con un hombre mayor.

El caso fue que su familia casi la desterró, razón por la cual tomó represalias contra todos. Megan nunca lo superó y echó de menos a esa hermana con la que siempre tuvo una infancia feliz y a la que seguía amando por encima de todo.

—¿Pero nunca fuiste a buscarla?

—La llamé, pero me colgaba, me decía que todos lo habíamos permitido, que la dejamos sola.

—Pero tú tenías quince años y no podías hacer nada.

—Ya, ella era mayor de edad, tenía dieciocho, por eso se fue, pero no pensó que en mis manos no estaba nada y lo que yo sufría por aquella situación.

—Pero seguro que era dolor, eso no quiere decir que no te haya echado de menos. Seguro que daría lo que no tiene por dar marcha atrás.

—Yo también lo pienso, pero su orgullo no la deja ir más allá —comenzó a sollozar y me levanté a abrazarla.

—Me da mucha pena verte así, no te lo mereces.

—La quiero mucho, es una parte importante para mí, me hubiera encantado que conociera a sus sobrinos, y yo a los míos.

—¿Ella sigue con aquel hombre?

—Sí, pero hace más de diez años que no sé nada. Antes tenía una amiga en ese pueblo y me contaba que la veía con sus gemelas. Tiene dos niñas.

—¿Y tu amiga ya no vive allí?

—No, se fue a Edimburgo.

—¿Y no has pensado en colarte en casa de tu hermana?

—Sí, pero no me atiende el teléfono. Me dice barbaridades y me cuelga, pero entiendo su dolor, en el fondo sé que me quiere.

—Claro y no lo dudo.

—Me tengo que resignar a no poderla abrazar, ni tomar un café con ella, tenderle la mano

cuando lo necesite, cosas que llenan el alma y la vida.

—Te entiendo —dije con tristeza.

Cuando terminé esa charla me puse a barrer la cocina y a ayudarla un poco, aunque ella no quería, yo me ponía cabezona y no le hacía caso.

Algo que me impresionaba mucho era que, pese a poder tener a alguien en su casa que la limpiara o cocinara, ella no quería. Se sentía feliz encargándose de sus labores al igual que su marido y los hijos de las tierras.

—Megan, ¿por qué no tienes aquí a alguien que te eche una manita, al menos con la faena más dura? Yo pienso que ya has trabajado bastante.

—Cariño. Esto para mí ya no es trabajo. Tenías que ver cuando lo era de verdad. De sol a sol, en las tierras. Ahora es simplemente mantener la casa ordenada, la comida hecha. Pan comido, al lado de aquello.

—Eres muy grande, Megan. De veras que tengo mucho que aprender de ti.

—¿Tú de mí? En todo caso yo de ti, mi niña. Las chicas de ahora habéis tenido la suerte de vivir de todo. Antes estábamos atontadas y medio así nos hemos quedado —dijo y, con toda la gracia del mundo me contó lo asustada que llegó a su noche de bodas.

Estuve toda la mañana con ella charlando. A la hora de la comida llegaron Andrew y su padre. Venían sonrientes y nos habían traído un pastel para después de comer.

En la mesa me encantaba ese momento tan cómplice que tenían entre ellos y del que me hacían partícipe. Me sentía una más, como si llevara allí toda la vida.

Nos quedamos con ellos hasta las seis de la tarde, hora a la que regresamos a casa de Andrew y más tarde, justo antes de la cena, llegaron los chicos.

—Ganitas tenía de verte, hija de mi alma, ¿cómo estás? —le pregunté.

—Mejor, Adara. Ha sido un palo muy gordo, pero ahora queda ir asimilándolo.

—Y ya sabes que para eso me tienes a mí —le guiñé el ojo.

—Ven aquí, tontuela —me dijo —te he echado pero que mucho de menos.

Pese al dolor Alexandra traía mejor cara que la de la despedida. Alec le comentaba a Andrew que tenían que irse a Málaga una temporada, porque la comida y muchas cosas eran sorprendentes. Venía entusiasmado.

Nos fuimos a cenar a la casa grande con sus padres, que los recibieron entre abrazos y lágrimas por lo de la tía de Alexandra. Era impresionante cómo se volcaban con todo y sobre todo el respeto y amor que transmitían. Era algo que llenaba mucho. El mundo necesitaba más personas como ellos.

Tras la cena nos fuimos a casa de Alec y nos tomamos allí una copa.

—Chicos, tengo que pedir algo —dije a punto de soltar esa locura que me rondaba por la cabeza todo el día.

—Adelante, jefa —bromeó Alec.

—Necesito que nos vayamos mañana a un lugar. He de hacer una gestión —solté para sorpresa de ellos, que me miraron con cara de no entender absolutamente nada.

—Sorpréndenos —dijo Alexandra mirándome con cara de asombro.

—No diré nada hasta que mañana cuando estemos en el coche os suelte cuál es nuestro destino y no quiero que me presionéis porque no soltaré prenda. Tengo que hacer algo importante.

—Me estás asustando —dijo Andrew.

—No, confiad en mí por favor —resoplé riendo.

—Lo haremos —dijo Andrew levantando la ceja sin entender nada.

—Lo vamos a hacer por cojones —dijo Alexandra —porque no la conocéis cuando se le mete algo en la cabeza. Tiene la chorla dura como el mármol, la jodida.

Les hice no hablar sobre ello, solo que por la mañana después de comer, maletas y a perdernos por las Highlands, con destino desconocido para ellos, pero yo lo tenía claro, iba a encontrar a su tía e iba a hablar con ella...

Sí, una locura y me iba a meter en camisa de once varas, pero la tristeza que vi en la madre de los chicos y el dolor con el que hablaba de su hermana me hicieron tomar la determinación. No se merecía algo así e iba a intentar por todos los medios solventar la situación.

—Tampoco a mí vas a contarme absolutamente nada, ¿no es así? —me preguntó Andrew cuando estuvimos en la cama.

—Ni una sola palabra —le dije.

—¿Aunque te amenace con no volver a tener sexo contigo? —preguntó.

—Sabes que no mantendrías esa amenaza ni cinco minutos —le saqué la lengua.

—¡Ni cinco dice! ¡Será ni uno! —exclamó riendo mientras me comía a besos y me abrazaba.

Esa noche hasta me costó coger el sueño. Estaba de los nervios, me iba a dejar la piel y como se dice que la esperanza es lo último que se pierde, pues eso, que yo, desde luego, no iba a ser quien la perdiera.

Capítulo 21



Y nos levantamos entre abrazos y yo con esos deseos de ir a buscar a la tía de los chicos. En mi sonrisa él veía que algo tramaba. No sabía si le iba hacer gracia o no la idea, si era meterme donde no me llamaban.

—No quiero ni imaginar lo que escondes detrás de esa sonrisilla maléfica —me dijo.

—Mejor que no... contesté.

—Mira que yo me fío de ti, pero miedo me da —añadió...

—Menos lobos, Caperucita —reí.

En el fondo sabía que, de ser otro, me podía haber mandado a hacer puñetas por entrometida, pero pondría la mano en el fuego porque Andrew no era así.

Solo quería probar esa posibilidad de intentarlo, aunque su tía no me hiciera caso. Era cierto que me la jugaba un poco, pero la verdad es que así era yo.

Si algo había aprendido de mi anterior relación es que jamás, jamás, iba a aparentar ser quien no era o a dejar de hacer algo que me apeteciera, por lo que pensara la otra persona.

Yo era valiente y decidida y, a impulsiva no me ganaba nadie. Y si Andrew me quería lo tenía que respetar. Me reí pensando que mi madre siempre decía que yo era moderna Juana de Arco y algo de razón debía tener.

Tenía unos datos que pensaba que eran suficientes para dar con ella. Un cabo muy bueno del que empezar a tirar y eso era lo que me importaba, además de la ilusión que me hacía el poder intentarlo.

Sabía su apellido y su nombre, que era Lisbeth, y tenía la certeza de que vivía en una de las dos casas al lado de una gasolinera a la entrada del pueblo.

No paraba de dar vueltas a mi cabeza por la locura que iba a cometer, pero no me importaba...

Desayunamos los cuatro juntos en la casa de Andrew y todo me preguntaban que dónde íbamos y yo pasaba de ellos.

—Sois unos pesado de cojones —dije riendo.

—Que misteriosa, hija —dijo mi amiga negando.

—Que pesada eres —resoplé.

—No entiendo que seas tú sola la que tengas que saber el destino.

—Las Highlands —sonreí con ironía.

—En las Highlands estamos —volvió a negar y poner los ojos en blanco.

Terminamos de desayunar y nos preparamos para salir.

Ni caso, seguía sin decir ni mu ante la insistencia de los tres...

Me monté en el coche y me senté delante junto a Andrew que era el que iba a conducir y los chicos irían atrás.

Estaba nerviosa y no quería transmitirlo y que se notara. No quería dar esa sensación así que me tuve que concentrar en disimular y sonreí en todo momento.

Yo miré en el mapa y les dije un pueblo que había veinte minutos antes, justo cuando puso el coche en marcha.

—Mira, cerca de la casa de la tía Lisbeth —bromeó desde atrás Alec y yo me quedé sin respiración.

—Pues podemos ir a visitarla —dijo Alexandra sin entender nada.

—Claro y que nos tire con lo primero que encuentre a mano —soltó Andrew.

—Joder ¿Tan mal le caéis? —preguntó mi amiga en plan cotilla.

—Ni nos conoce —soltó Alec muerto de risa.

—¿Y eso? —Ya sabía yo que Alexandra durante el camino le iba a sacar todo.

—Pues que de joven se enamoró de un forastero mucho mejor y se fugaron. La familia de mi madre la desterró y ella la pagó con todos, inclusive con ella que tenía quince años y no podía hacer nada.

—¿Y tu madre como lo lleva?

—Mal, la verdad que mal, echa mucho de menos a su hermana y por ella estaría a su lado.

—¿Pero no intentó algún acercamiento?

—Muchos, pero no quiere, el rencor le puede.

—Joder vaya marrón...

Andrew y yo permanecíamos en silencio. Él conducía y yo escuchaba la conversación entre ellos y así me enteraba de en qué tono se tomaban todo. Andrew y Alec lo aceptaban con humor, aunque estaba claro que les dolía por su madre.

—Pues sí que está entonces el patio como para acercar los hocicos por allí —dijo Alexandra.

—Sí y salimos todos a leches —dijo Alec.

A mí me iban cayendo los goterones de sudor y en el fondo pensaba que me metía en algunas que eran de traca, pero con el no ya contábamos, así que lo íbamos a intentar de todas y todas, y yo más feliz que una perdiz si lo conseguíamos.

Casi dos horas después estábamos en el pueblo y les hice parar en un restaurante precioso que había encontrado por Internet, aproveché para ir al baño y llevarme a mi amiga y ponerla al día de mis intenciones.

Se puso las manos en la boca incrédula mientras le contaba la conversación que había tenido con Megan.

—Ay, mamá, los chicos nos van a majar como a las especias, en el mortero... Chica, tú te metes en unos líos impresionantes... Yo me quedo loca.

—¿Y la carita que se le va a quedar a “nuestra suegra” si lo conseguimos? ¿Cómo lo ves?

—¡Tú eras una cabrona! Estás intentando ganar puntos con ella y yo te voy a ayudar, que no me da la gana de que te lleves tú toda la gloria y luego seas la “nuera” preferida y un mojón para ti.

—Eso capulla. Así me gusta que actúes desinteresadamente —reí.

—Es lo que hay —dijo. Ya estaba más animada y yo loca de contenta de verla mejor.

—Pues ahora hay veinte minutos de aquí a allí y tenemos que buscarnos la vida para

deshacernos de estos. Por cierto ¿No cogiste nada para dormir?

—No, pero eso luego improvisamos —reí.

—Lo que hay que improvisar es cómo vamos a llegar hasta allí.

—Pues en el coche de estos. Hay que quitárselo con alguna excusa —reí.

Me encantaba que mi amiga se tirara a la piscina conmigo, pues como siempre sabía que podía contar con ella para todo.

—Tía hay que pensar algo a la de ya...

—No sé, decirles de coger algo por aquí y dejarlos en el hotel con una excusa.

—Vale —sacó el móvil y buscó un hotel cercano. Ni dos minutos y ya teníamos la reserva así que salimos a comer y luego los dejaríamos allí.

La capulla para todo lo que fuera organizar era como una maga y yo estaba archiflipando con lo rápido que estábamos moviendo ficha.

La comida fue amena divertida y luego les señalizamos el hotel y fuimos hasta él.

—Tía, después tenemos que ir a conseguir eso —soltó Alexandra en la mesa ante mi asombro.

—Yo creo que es buena idea —dije como la que no quiere la cosa.

—¿Qué necesitáis? —preguntó Alec.

—No te lo voy a decir —dijo Alexandra riendo y acercando su cara a la de él para besarlo — Es una tontería, pero queremos comprar una cosa y daros una sorpresa.

—Pues no sé si encontraréis por el pueblo algo raro —dijo Andrew levantando la ceja.

—Seguro que sí, si nos dejáis el coche, seguro —soltó con descaro mi amiga.

—Eso ni lo dudes, todo vuestro, pero no os alejéis y os perdáis —respondió Andrew.

—¿Nosotras perdernos? ¡Por favor! —dije muerta de risa.

El lugar era precioso como todo lo que había en las Tierras Altas, con ese encanto tan característico que poseía, hasta la entrada al hotel rural fue espectacular.

Tenía allí una sensación tan bonita que me recargaba las pilas por instantes. Era un soplo de aire renovado minuto a minuto...

Nos dieron las llaves del apartamento de aquel hotel rural. Eran casitas rodeando un patio interior precioso y muy chulo, solo habíamos cogido una noche, para salir del paso, para dejar a estos y poder ir a cometer la mayor locura de nuestras vidas, pero ¿qué era la vida sin esas idas de `pinza?

Nos tomamos un café con ellos allí. La verdad que hasta cafetera con sus cápsulas había, además de leche y azúcar. Estaba muy bien equipado el lugar para pasar allí bastantes días, pero nosotros por lo pronto veinticuatro horas, solo rezaba por no pasar una mala noche por la locura que íbamos a cometer.

Llegado el momento, nos despedimos de los chicos.

—Bueno, pero ir por la sombrita, no sea que os derritáis, bombones y no tardéis que ya ardemos en deseos de comprobar de qué va la sorpresita —añadió Alec.

Arder, podía ser que ardieran, pero no sabíamos nosotras si de deseos. Desde luego, que nos metíamos en unos embolados de cuidado, pero teníamos una increíble ilusión porque aquello funcionara.

—Jodida, igual que tienes pálpitos chungos, espero que con esto lo tengas bueno —me dijo.

—Con esto lo tengo mejor que bueno. Que se preparen que estos pasan a partir de ahora las Navidades todos juntos, por mis mulas, Alexandra.

—Sí, sí. Eso lo tengo yo claro, quieran o no quieran.

—Hombre, y tanto, se me ha metido a mí en el higo y ya sabes....

—¿En el higo? ¡Peligro! Que se den por reconciliados. Válgame Dios, no sabe la tía de estos lo que se le va a colar por las puertas. Lo malo sea que te echen los perros encima.

—¡Pues espero que los tengan vacunados de la rabia! Porque yo voy a la yugular...

—Hija mía, y luego la brutita soy yo. El mundo al revés. Capaz eres de pegarles dos bocados a los animalitos, con tal de salirte con la tuya.

—Es lo que hay, como dirías tú —saqué la lengua.

Pues listo. Iba saliendo todo de lujo, preparadas para ir a la guerra y encontrarnos con Lisbeth cuando llegara el momento. Miedo me daba pensarlo, pero nosotras éramos guerreras y nos íbamos a enfrentar a lo que fuera.

—Yo me pongo detrás de ti y que sea lo que Dios quiera —dijo ella, con guasa.

—Tú ponte donde te dé la gana, pero a mí me va a escuchar esa mujer todo lo que tenga que decirle...

—Joder, Adara, ¿te acuerdas de cuándo éramos pequeñajas y nos cabreábamos por tener que ir a las clases de inglés?

—Hombre, claro que me acuerdo. Queríamos quedarnos en casa comiendo bocadillos de nocilla y nuestras madres decían que un mojón pinchado en un palo. A clases de inglés.

—Pues fijate lo bien que nos ha venido al final, porque de otro modo a ver cómo puñetas nos hubiéramos entendido con los chicos.

—Sí y, sobre todo, a ver cómo cojones íbamos a hacer de diplomáticas, que es la labor que nos toca ahora...

Capítulo 22



Y ahí estábamos las dos, en el coche montadas. Yo conducía y ella iba atenta al GPS del móvil.

Íbamos de los nervios pensando que haríamos y cómo actuaríamos, pero en el fondo sabía que hasta que no llegara el momento era una tontería imaginar. Las cosas saldrían e irían fluyendo al momento, así que solo quedaba resignarse a que todo saliera bien.

Así es como llevaba un tiempo pensando y esa nueva filosofía de vida me iba mejor. Hasta ahora había sido demasiado cuadrículada siempre y no dejaba espacio para la improvisación.

El problema era que continuamente deseaba tenerlo todo bajo control y me frustraba cuando no lo lograba. En cualquier caso, aquello formaba parte de la anterior Adara, de la que dejé en casa de Marcos el día que recogí mis cosas y salí por la puerta.

Y llegamos ante la gasolinera y allí teníamos las dos casas. Pronto descartamos una, pues había una pareja joven con niños de no más de tres años.

—Esa no es la tía Lisbeth —dije bromeando.

—Mejor, pues si fuera, esta noche dormiría debajo de la cama. No veas si está bueno el marido —soltó muerta de risa.

—Es la otra casa, la que tiene la puerta abierta, está esperándonos para el café —reí.

Dejamos el coche y nos acercamos hasta la puerta. Nos pusimos a charlar allí con disimulo y no tardó en salir. Era igual que Megan, sin dudas ahí estaba, sonriéndonos de la forma más bonita, como lo hacía su hermana.

—Hola ¿Os puedo ayudar? ¿Estáis buscando algo? —preguntó dando por sentado que éramos unas forasteras y que estábamos un poco desorientadas.

—Hola —dijimos las dos a la vez —Venimos a buscarla a usted —dijo Alexandra sin parar de sonreír.

—¿A mí? —frunció el ceño sorprendida y sin perder la sonrisa.

— Es Lisbeth ¿verdad? —pregunté en tono relajado, sonriente, para dar confianza.

—Sí, pero me sorprende ¿Por qué me buscáis? Eso sí, no me habléis de usted, por favor. Me hace sentir mayor.

—Ok. Pues entonces nos gustaría hablar contigo tranquilamente e invitarte a un café —señalé a la cafetería que había junto a la gasolinera.

—No, por favor, pasad, ahora mismo lo preparo yo —nos señaló hacia dentro para nuestra sorpresa.

Entramos alucinando por la hospitalidad y cariño con los que recibían a las personas en ese

lugar. Además, se le veía una mirada triste, agotada, cansada, a pesar del buen aspecto que tenía.

Entramos a la casa y miré una foto grande de un hombre a la entrada.

—Es mi difunto marido —dijo con un tono frío —el padre de mis hijas.

Nos sentamos en la cocina. No esperaba que ese hombre hubiera fallecido. Es más, Megan no tenía ni idea tampoco, por aquello que me dijo de que le había perdido la pista a su hermana hacía años.

—Mis hijas viven en Edimburgo. Se fueron hace cinco años tras acabar la carrera y conseguir plaza allí de lo suyo, son profesoras.

—Como nosotras —dijo Alexandra emocionada y sacando una sonrisa.

—¿Sois españolas?

—Sí —dije sonriente mientras miraba cómo preparaba el café.

—Un país precioso. Yo viajé los últimos años que vivió marido mucho junto a él. En España estuvimos varias veces —contaba con añoranza.

—Y, ¿dónde estuviste exactamente? —pregunté, por aquello de ir entrando algo más en conversación e ir ganándonos su confianza.

—Pues en distintos lugares. Estuvimos en el norte, en el País Vasco y también en Galicia. En otra ocasión viajamos a Andalucía, a Sevilla y a Cádiz.

—¡Casi! Si te hubieras movido un poquitín más y llegado a Málaga te habríamos invitado nosotras al café —dije.

—¿Sois andaluzas?

—Sí, malagueñas.

—Me encantó Andalucía y el flamenco. Fuimos a muchos espectáculos y las playas de Cádiz. Bueno, eran otros tiempos —su semblante se volvió a ensombrecer.

Siguió hablando mientras preparaba el café. Era como su hermana. Inspiraba mucha ternura escucharlas, no se veía esa mujer que describían. Estaba segura de que todo fue por el dolor de verse desterrada, fuera de la familia, sin que nadie entendiera ese amor que había surgido en ella y que había sido para siempre.

—Gracias —dijimos al ponernos el café sobre la mesa.

—No hay de qué. Ahora contadme, estoy intrigada por saber que os trajo hasta mí.

No sabía por dónde empezar. Se hizo un silencio sepulcral y saltó Alexandra.

—Nos gustaría ante todo que no te enfades con nosotras, que no venimos a nada malo, solo tuvimos necesidad de hacer un intento...

—Me estáis asustando —dijo con temor, pero sin perder esa ternura.

—No, no te asustes —intervine yo —Nos pasó algo, vinimos de viaje hace unos días y nos enamoramos. —lo solté sin pensar, pero me salió así.

—Vaya, me alegro, espero que sean buenas personas.

—Lo son, como tú.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —preguntó sonriente acariciando mi mano por encima de la mesa.

—Eres la pieza que falta en sus vidas —dijo Alexandra sin pensarlo y a esa mujer le cambió el rostro.

Se puso las manos en la cara, con los codos apoyados en la mesa y comenzó a llorar, a llorar a lágrima tendida, sin soltar ni un quejido, solo hablaban aquellas lágrimas que caían a manantiales.

Permanecimos como dos minutos en silencio. No sabíamos ni qué hacer, mucho menos qué decir, hasta que no pude más.

—Siento mucho hacerte pasar por este mal momento, pero sé que tu hermana Megan te adora. No te imaginas con la pena y tristeza que me habló de ti, no te imaginas lo mal que la tiene lo vuestro, si de algo estoy segura es de que se cortarían un brazo por ti —dije.

—No os preocupéis, es un acto muy bonito ¿os mandó ella?

—No, no nos mandó, ni sabe que estamos aquí, ni tampoco sus hijos a los que dejamos con una mentira en un hotel a veinte minutos de este lugar. Nadie lo sabe, ni nos lo pedirían —dijo Alexandra.

—Pero después de escucharla hablar de ti, llorar, vivir con eso día a día, pensé en meterme en una historia que no era mía y jugármela a que nos echaras o no nos quisieras escuchar, pero creo que os merecéis saber al menos que piensa la una de la otra.

—Y yo decidí venir con ella —añadió mi amiga.

—Sois unas mujeres increíbles, valientes y con una personalidad brillante, es muy de valorar lo que habéis hecho.

—Las increíbles sois vosotras —volvió a llorar con mis palabras.

—Mi historia es muy dura. Ellos intentaron hablar conmigo antes de fallecer mi marido, pero yo no podía, con él delante no y después no me atreví a ir yo —lloraba más.

—Tranquila, no es necesario que nos cuentes —dije acariciando su mano.

—Quiero hacerlo, quiero por una vez poder sacar de dentro de mí aquello que me mató toda la vida, cosa que nunca pude hacer para no causar un dolor en mis hijas, esas que fueron la única alegría y lo serán siempre de esta dolorosa historia —suspiró con el corazón encogido.

—Siendo así, te escuchamos con gusto —dije.

—Mis padres no eran buenas personas. Eran egoístas, con mi hermana sí fingían ser los mejores padres del mundo, pero a mí me vendieron a otra familia, a la de mi marido, por un puñado de libras, obligándome a casar e irme con él y contando a los demás que yo los había abandonado por irme con un hombre mayor —dijo ante nuestro asombro, por lo que comenzamos a llorar sin poder evitarlo y a cogerle una mano cada una para que se relajara.

—Es muy duro. Desahógate lo que necesites —dijo Alexandra.

—Mi hermana no tiene culpa de nada. Sé que me quiere tanto como yo a ella, pero no me permitía mi difunto marido y padre de mis hijas tener contacto con ella y si me llamaban tenía que responder mal y colgar —sollozaba cada vez más —Megan nunca supo la verdad y pensó que sus padres, pues míos no los considero, fueron unas personas buenas, luchadoras y no, fueron dos canallas, mal nacidos y como padres los más indeseables del mundo.

—No me lo puedo creer —dije soltando el aire mientras lloraba.

—Lo pasé muy mal, era una adolescente, una niña sin maldad, me vi a la merced de ese hombre borracho, que me pegaba y no podía hablar, siempre bajo la amenaza de que los mataría a ellos...

—Joder —me levanté —¿Puedo ponerme en la ventana a fumar un cigarro?

—No, quédate ahí —se levantó y cogió un cenicero —Mis hijas fuman, tranquila, hazlo sin problema.

—Gracias.

Seguimos charlando y cómo no, Alexandra y yo le dijimos que tenía que ir a la finca, que tenía que hacerlo ya, que al día siguiente la podíamos recoger y llevarla con nosotras, que se viniera unos días y que no se preocupara por nada que sería bien recibida.

—Es que es muy fuerte —dijo Alexandra. Siento mucho todo por lo que has tenido que pasar, pero ten presente que eso es cosa del pasado. Ya eres libre y dueña de tu destino.

—Sé que yo tenía que haber dado el paso hace muchos años, pero primero por miedo y, después por vergüenza, nunca me he atrevido a mover un dedo. No sé cómo he podido vivir sin mi hermana todo este tiempo...

—Ella también te ha echado de menos más de lo que puedes imaginar, pero no es tiempo de lamentaciones, solo de recuperar los muchos instantes perdidos...

Se puso muy nerviosa, a temblar y todo, pero no lo dudó, así que después de dos horas con ella, le dijimos cómo lo haríamos todo y quedamos en recogerla a las once de la mañana del día siguiente.

Nos abrazó con mucho cariño, agradecida y nos dio unos bombones. Era tan entrañable como su hermana, lo había pasado fatal.

—Nunca, nunca, en mi vida, voy a olvidar la visita que me habéis hecho hoy. Habéis cambiado el rumbo de mi vida. No puedo ser más feliz. Estaba derrotada. Una vez mis hijas se fueron, la soledad hizo huella en mí...

—Hasta hoy —dije —Mañana te queremos muy guapa y arregladita, que va a ser un gran día —dijo Alexandra.

—Desde luego que va a ser memorable. Esta noche procura descansar porque te esperan muchas emociones —dije.

Nos cogía una y otra las manos. Parecía que no nos quisiera dejar marchar. Era como si en dos horas hubiéramos creado un vínculo. Se trataba de una sensación muy bonita que quedaría grabada en nuestro recuerdo.

Volvíamos en el coche flipando, llorando, no podíamos ni hablar...

—Madre del amor hermoso. Ni en una novela de esas que ven nuestras madres pasa una cosa tan tremenda —dije, cuando me recuperé un poco.

—Es cierto que nunca sabes qué historia hay detrás de cada persona —dijo Alexandra.

—Es más, ni siquiera en la de tu propia familia. Cuando Megan lo sepa, va a alucinar.

—No es por nada, pero va a agradecer tu gesto de por vida. Ahora en serio, has sido muy valiente, amiga. No conozco a nadie que se hubiera atrevido a tanto, Adara.

—Pues tú me has seguido, así que estamos las dos en el mismo barco. Esto es cosa de ambas, pero créeme que es lo de menos, lo importante es que ¡lo hemos logrado! —exclamé, loca de contenta.

Los chicos nos llamaron y les dijimos que ya estábamos llegando. Era la verdad, pero colgamos rápido.

Cuando nos vieron entrar pálidas como la cera nos miraron asustados, pero les advertimos que no era nada malo, todo lo contrario.

Les contamos todo y no daban crédito, absolutamente todo. Los hermanos se abrazaron llorando. Nos prometieron que no dirían nada, solo llamaron a su casa para advertir a su madre que hiciera una comida a lo grande, la mejor comida del mundo.

—Pero ¿pasa algo hijo?

—Nada mamá, solo es que, nunca sabe uno cuándo surge una ocasión especial para celebrar y quizás mañana lo sea —dijo Andrew.

—¿Y qué celebramos, si es que puede saberse? —dijo ella.

—Celebramos, simplemente, que estamos todos juntos —y no mintió, solo que no dijo quiénes éramos “todos”.

Fue muy emocionante, esa noche nos dieron las tantas con los nervios, hasta que ya nos fuimos a dormir deseando que llegara el día siguiente.

—Pequeñaja, lo que has hecho hoy es una hazaña digna de toda una guerrera. No puedo estar más orgulloso de ti —dijo Andrew, de lo más cariñoso.

—No ha sido nada. Lo hubiera hecho cualquiera.

—Créeme que no. No he conocido nunca a una mujer más valiente ni con más iniciativa que tú. No sé si eres consciente de que con esto le has alegrado la vida a mi madre.

—Esa era la idea y si he contribuido a poner un poquito de felicidad más en la vida de esa estupenda mujer...

—¿Un poquito? Has puesto una montaña de felicidad, prepárate porque mañana te va a arrugar como a un garbanzo de los abrazos que te va a dar mientras llore a lágrima viva.

—Bueno, pero recuerda que Alexandra me ha ayudado en todo —le recordé —porque si no se va a pasar toda la vida diciendo que soy una asquerosa pelotera que he querido ganar puntos con mi.... —a lo justito me callé antes de vomitar lo de “mi suegra”.

—¿Con “tu qué...”? —preguntó él, riendo y con ganas de darme caña.

—Con mi amiga Megan, merluzo —le saqué la lengua.

Anda, pequeñaja, ven que nos durmamos que han sido muchas las emociones de hoy. Estoy cansado hasta yo. Imagino cómo estaréis vosotras...

Capítulo 23



Nos despertamos temprano. Dejamos la habitación y nos fuimos a una cafetería a desayunar para después ir a casa de su tía una hora antes, pues sabíamos que no molestaríamos, que solo le causaríamos felicidad.

—Estoy totalmente nervioso —dijo Andrew. Es tan emocionante... por fin vamos a conocer a la tía Lisbeth.

—Ya te digo —añadió Alec —toda la vida escuchando hablar de esa mujer y pensando que jamás llegaríamos a tenerla frente a frente.

—Pero sin duda lo más emocionante va a ser cuando la vea nuestra madre. No va a dar crédito. Se quedará para siempre como uno de los momentos más gratos de su vida —dijo Andrew, con los ojos vidriosos.

—Y todo os lo debemos a vosotras, chicas. Sois muy grandes —añadió Alec.

—¿Somos chicas o grandes? ¿En qué quedamos? —preguntó Alexandra, haciendo un juego de palabras, ya que todo el tema de Lisbeth le había venido como agua de mayo y se encontraba mucho mejor.

—No sabemos cómo vamos a poder pagároslo —dijo Andrew.

—No tenéis ni que decir media palabra al respecto. Somos nosotras las privilegiadas de haber podido intervenir en todo esto —dije.

—Ni caso, que el clima de aquí, le nubla un poco el cerebro, ya pensaremos cómo nos lo cobramos —añadió mi amiga con toda la gracia del mundo y sacando la lengua.

Era única para quitar hierro a los asuntos y hacer de todo un chiste. En ese momento pensé que formábamos un equipo cojonudo y que, si podía pedir un deseo al universo, lo tenía muy claro. Deseaba que todo se quedara como estaba en ese momento.

Al aparcar en la puerta y bajarnos, ella salió rápidamente y se echó en los brazos de sus sobrinos. Los abrazó con mucho amor mientras lloraba y los piropeaba, además de decirles lo mucho que los quería.

—Creí que me moría sin ver estas caritas guapas. Dios mío, estoy muy emocionada. Tenéis la misma sonrisa bonita que recuerdo en mi hermana. Sois sangre de mi sangre —musitó entre sollozos.

Andrew y Alec no paraban de llorar también. Aquello era lo más emotivo que mi amiga y yo habíamos vivido en la vida.

—Tía Lisbeth, tú también te pareces mucho a mamá. Ella, ella... es muy grande para nosotros

y encontrarte, que estas chicas te buscaran, es lo más impresionante que podíamos imaginar...

—Mis niños, mis niños...sois muy cariñosos y bonitos. También os parecéis a mis hijas. Cielos es muy emocionante, esto es lo más grande que me podía dar la vida a estas alturas. Estoy recuperando un trozo de mi corazón que había dejado enterrado en el pasado...

A continuación, nos invitó a pasar. Eran demasiadas emociones acumuladas y todos necesitábamos sosegarlos. Incluso nosotras lo estábamos viviendo de un modo tan especial que sentíamos que habíamos recuperado a nuestra propia sangre.

Les enseñó la casa, las fotos de sus primas y nos hizo un café. Estaba muy sonriente, emocionada, nada que ver con el día anterior en el que tuvo que pasar por el amargo trago de contar aquello que le sucedió.

Por el contrario, aquella mañana se le notaba que estaba como volviendo a nacer. Se encontraba pletórica y llena de ilusión por la posibilidad de encontrarse con su hermana casi cincuenta años después.

Un rato después se montó en el coche. Naturalmente, le cedimos el asiento del copiloto para que fuera más cómoda y pusimos rumbo a la casa familiar de los hermanos.

El viaje fue precioso, repleto de momentos únicos en los que nos contaba los recuerdos de los momentos vividos con su hermana. Hablaba con tanto cariño que nos hacía emocionar con sus vivencias, además que las recordaba con total lucidez.

Cuando llegamos a la finca ella súper graciosa entró agachada. Aparcamos entre las casas de los chicos y nos pusimos los cuatro delante para que, en el caso de que Megan y su marido se asomaran, no la vieron.

Estábamos todos temblando y los chicos le iban retransmitiendo a su tía todo aquello que iban viendo y hacia dónde nos dirigíamos.

Divisamos a Cameron de lejos. Estaba con los caballos. Él no nos vio porque se encontraba de espaldas, de modo que entramos directos a la cocina donde estaba la amorosa Megan, preparando el festín cuyo motivo desconocía.

Lisbeth se quedó a un lado de la puerta de esa estancia para que no la viera y entramos los cuatro.

—Hola, mis niños. Ya tenía ganas de veros. Se os echa de menos cuando no estáis. vuestras sonrisas iluminan esta casa y, desde que están estas chicas aquí es como....

—Como si ya estuviéramos todos —interrumpió la loquilla de Alexandra, con todo el descaro del mundo. Y así nos sentíamos, parte de la familia.

—Huele que alimenta, mamá —corearon los chicos.

—Gracias, hijos. Os estoy preparando una comida en condiciones. Almorzaremos fuera en cuanto llegue papá —dijo besándonos a todos —No esperaba que regresarais tan pronto, pero me alegra vuestra repentina vuelta.

—Bueno —dijo Alec carraspeando —la comida es más importante de lo que crees y no por nosotros —volvió a carraspear —será la celebración más importante de tu vida.

—¿Os casáis? —preguntó con las manos en la cara produciendo una carcajada en todos y hasta en Lisbeth que dejó loca a Megan y miró hacia fuera y todos disimulamos.

—No, mucho mejor que eso, créeme —dijo Andrew acercándose a ella y colocándola hacia fuera, mirando para la puerta —Cierra los ojos y no los abras hasta que yo te diga.

—Hijo, me estás asustando —cerró los ojos y él hizo la señal para que entrara la tía, que se puso cerca de ella, frente a frente llorando de lo más emocionada y consiguiendo que su sollozo abriera los ojos de Megan.

La miró, se puso las manos en la cara y comenzó a llorar mientras Lisbeth la abrazaba y ella le respondía igual.

—Hermana, hermana... ¿Eres tú Lisbeth? ¿No estoy soñando? ¿Esto es de verdad? —no podía dejar de decir la buena de Megan.

—Eso mismo me pregunto yo. Eres mi hermana pequeña, mi hermanita. Mírate, han pasado muchos años y por fin puedo abrazarte, por fin mi niña, ya estoy contigo...

Todos llorando como tontos y en ese momento entró Cameron que creyó estar viviendo una alucinación. Sabía que era su hermana porque eran como dos gotas de agua.

—Tus nueras son las culpables —dijo Lisbeth.

—Bueno, eso de nueras —soltó Alexandra muerta de risa —que estamos babeando con ellos sí, pero novias...

Todo se rieron mientras ellas dos no se soltaban. Lloraban como niñas pequeñas y Megan nos miraba incrédula y agradecida.

Le conté todo cuando se relajaron un poco, mientras tomábamos un vino, así que esa mujer alucinó en colores por la decisión que yo había tomado.

—Nunca, nunca, jamás en mi vida, voy a olvidar lo que habéis hecho por nosotras —me dijo.

—No ha sido nada. Nos habéis acogido como hijas desde el primer momento. Además, haciéndolo también nos hemos favorecido. Vivir esta experiencia ha sido algo precioso y cien por cien enriquecedor —dije.

—Vamos, que nos ha hecho también a nosotras mejores personas —interrumpió Alexandra — Eso es lo que quiere decir la melosa de mi amiga, pero ella no sabe ir al grano. Es así, se enrolla como las persianas —soltó.

Todos tuvieron que volver a reír con sus ocurrencias, que además venían muy bien para ir soltando poco a poco aquella enorme presión que sentíamos en el pecho.

El almuerzo fue de lo más ameno y entrañable, como cabía esperar. Las hermanas no cabían en sí de gozo y los recuerdos y anécdotas, tantos años agolpados en sus mentes, salían atropelladamente de sus bocas.

—Teníais que verla. Era la niña más guapa del mundo. ¿A quién iban a salir si no estos sobrinos tan guapísimos que tengo? —dijo la tía Lisbeth.

—Gracias por la parte que me toca —rio Cameron.

—Pobre, no quise decir eso, cuñado, que tú también eres muy guapo, pero es que veo a mi hermana y se me representa esa preciosa niña....

—Que se convirtió en esa maravillosa mujer de la que me enamoré —dijo él.

Comimos y luego las dejamos solas. Era momento que se pusieran al día y que sobre todo Megan supiera de una vez la verdad, esa que desconocía.

Sabíamos que le iba a hacer daño conocer el hecho de que su hermana había estado como retenida en contra de su voluntad, pero también arrojaría mucha luz del por qué no había accedido a hablar con ella en todo aquel tiempo.

—Os dejamos tranquilas, mamá. Tenéis mucho de lo que hablar —dijo Andrew mientras le daba un amoroso beso a Megan y otro a Lisbeth.

—Sí, hijo. Es verdad. Si damos rienda suelta a la lengua, después de tantos años, podemos estar hablando un mes...

—No, por favor —dijo Alexandra —Ten en cuenta que alguien tendrá que volver a cocinar en esta casa. Yo no me puedo ir sin poder volver a probar todos esos platos...

—No te preocupes, que ya tiene refuerzo la cocinera —guiñó Lisbeth el ojo.

Fue un día emocionante. Por la noche volvimos a cenar con ellos y la velada fue realmente inolvidable...

Aquellas mujeres no se soltaban, se abrazaban a cada momento, lloraban, reían, pero se juraban que no se separarían más, además de que Megan le pidió que por favor se quedara una temporada y por supuesto Lisbeth aceptó ya que sus hijas estaban fuera y se había quedado sola.

Vivimos momentos increíbles, Cameron también lloró lo suyo. Era una gran persona, como todos, hasta Alexandra y yo, que habíamos llevado a cabo un pedazo de acto que nos haría ganar el cielo, según los chicos.

Lo que era innegable es que habíamos favorecido nuestros corazones, que estaban más llenos de amor que nunca.

Andrew y Alec nos miraron mil veces con rostro de agradecimiento, de no poder expresar eso que habíamos hecho por su madre, por ellos y por aquella familia que se merecía estar unida.

—La cara de esas mujeres esta mañana no la voy a olvidar nunca —dijo Andrew.

—No, no te preocupes que no la vas a olvidar porque las a ver juntas a partir de ahora, siempre —dije.

—Sí, pero ya me entendéis, el momento, el impacto en el que se encontraron frente a frente. Y todo gracias a vuestra iniciativa —dijo.

—Es que así somos nosotras, impactantes —soltó Alexandra, dejando claro que ella, o decía la última palabra, o reventaba.

La historia que había detrás era brutal, inesperada para todos, pero merecedora de ser sacada a la luz para que comprendieran en la posición que habían estado, sobre todo Lisbeth, que se vio sometida y apartada como una rata de laboratorio.

Esa noche Cameron se acostó el primero. Después los chicos y nos quedamos las mujeres charlando en la cocina de Megan hasta las tantas.

Nos dieron las gracias mil veces y ya estaban diciendo que nos iban a secuestrar para que nos quedáramos allí con ellas para siempre, ¡no caería esa breva!

Eran dos amores, increíbles personas con una historia triste detrás, de mentiras y engaños, de secretos familiares que consiguieron llevarse a la tumba, pero no con ellos la verdad que ese día veía la luz.

Nos despedimos de ellas cerca de las dos de la mañana. Alexandra y yo nos quedamos a la puerta de la casa de los chicos fumando un pitillo, charlando sobre ello y todo lo que nos había dado ese viaje que aún no teníamos prisa en dar por finalizado. Hasta septiembre no trabajábamos y no queríamos pensar en la vuelta todavía.

Subí y abracé a Andrew que dormía plácidamente. No tardó en acurrucarme en sus brazos y besar mis labios, con un “gracias por todo” que le salía desde lo más profundo de su corazón. Para ellos ese momento era muy importante. Sabían que su madre ya no seguiría con ese dolor que le azotaba desde hacía años.

Capítulo 24



Esa mañana nos despertaron unos golpes en la puerta. Bajamos y allí estaba Cameron sonriente.

—Buenos días, tenemos un buen desayuno preparado.

—Buenos días —dije sonriente a la vez que Andrew.

—En cinco minutos estamos allí —respondió su hijo.

—Madre mía, no imagino a qué se referirá con un buen desayuno. Si aquí abrimos de fábula todos los días el pico, sabrá Dios lo que se prepara en las ocasiones especiales —dije.

—Nada que no merezcáis, bonita —dijo en el más amoroso de los tonos.

Me encantaba cómo nos trataban en esa familia, lo pendiente que estaban de nosotras, lo que nos cuidaban. Aquello iba a dejar mucho amor en mi corazón para siempre. Estaba siendo más que un viaje, un paseo al verdadero corazón de las Highlands.

Nos vestimos y salimos hacia fuera. Nos encontramos con los chicos que también iban para allá.

—Está claro que mamá está como loca de contenta y ya sabes lo que le pasa en esas ocasiones —dijo Alec.

—Y tanto. Cuanto más pletórica se encuentra, más hiperactiva se vuelve. Tiene que haber preparado desayuno para un batallón —añadió Andrew.

—Vamos que, la buena de Megan, es lo que se dice en nuestra tierra “un culillo de mal asiento” —dije.

A los chicos les hizo mucha gracia la expresión y decían que los españoles teníamos una forma de expresarnos que era la leche.

—Sí, la monda, lironda —soltó Alexandra —y eso si que no lo puedo traducir, así que ahí lo dejo.

Aquella locuela me abrazó mientras avanzábamos hacia la casa. Estaba feliz por lo que habíamos conseguido, gracias a nuestros arrebatos, esa familia volvía a estar unida.

—Las niñas —dijo Lisbeth mientras se acercaba a abrazarnos.

—Nuestros ángeles —continuó Megan emocionada uniéndose a ese abrazo.

—Chicos, abracémonos entre nosotros —bromeó Cameron atrayendo hacia él a sus hijos.

Era muy bromista, pero siempre con un semblante de lo más tierno, respetuoso y valorando aquellos momentos que para ellos constituían un auténtico regalo de la vida.

El desayuno fue de lo más coloquial. Las hermanas se profesaban continuas muestras de cariño. Su nivel de emoción, lejos de descender, aumentaba por momentos.

—Ya me la quedo aquí —dijo Megan besando su mano.

—Me echarás en nada —respondió su hermana volteando los ojos de lo más simpática.

—Nunca, hermana. En nuestra casa tienes una habitación para ti, espaciosa y todo lo que necesites. Sabes que no tienes que estar en la tuya, que te trae tan malos recuerdos y además no tienes compañía.

—Mis hijas me quisieron llevar con ellas, pero yo no me adaptaría a vivir en la ciudad y además, ellas tienen que hacer sus vidas —dijo con tristeza.

—Hermana aquí estarás mejor y mis sobrinas vendrán a verte a este lugar donde podrán pasar el tiempo que quieran y cuándo quieran.

Sus hijas ya estaban al tanto de que su madre se había reencontrado con su hermana. Estaban felices por ella. No sabían la verdadera historia de Lisbeth, solo estaban al tanto de que tenía una hermana con la que no se había encontrado jamás, así que fue como si hubiera aparecido. En breve vendrían a visitarlas, estaban muy emocionadas por su madre.

—No quiero ser molestia...

—Por favor, eres nuestra alegría, ese brazo que nos falta, ahora tenemos que disfrutar del tiempo perdido. Además, así me ayudas con la casa que se me hace muy grande.

—Yo encantada, de verdad —decía emocionada secándose las lágrimas.

—Y las niñas se deberían de venir aquí también —dijo Cameron señalando a Alexandra y a mí, haciendo un gesto bromista, pero dejándolo caer.

—Papá —irrumpió Alec —eso déjanoslo a mi hermano y a mí que casi las tenemos convencidas —soltó bromeando.

—A mí poco me tienes que convencer. Yo pido un año de excedencia y me vengo aquí a gastos pagados —soltó Alexandra haciéndonos a todos reír.

—A mí no me miréis que me cargo a mi madre de golpe —reí nerviosa solo con la idea de pensarlo en bromas.

—Seguro que si viene tu madre y nos conoce hasta nos coge cariño —dijo Lisbeth con ternura.

—Cariño os cogería seguro —reí —pero se muere si le digo que dejo todo y me voy a otro país a vivir —volteé los ojos.

—Pues nos la traemos también —soltó Andrew levantando la ceja.

—Por supuesto. En las tierras hay sitio para todos —dijo Cameron convencido.

—Nada, que no tenemos excusa —reía Alexandra.

Desde luego que no había duda de que, a pesar del tono jocoso con el que se estaba planteando, el ofrecimiento era de corazón. En pocos días, habíamos pasado de ser desconocidos a familia y aquello era no grande, sino grandísimo.

Solo con imaginarlo me salía una sonrisa. Sería todo un sueño irme a vivir una temporada o toda una vida, pero era algo que me ahogaba solo con replantearlo, demasiadas cosas me lo impedirían. Me puse a analizar la situación mentalmente.

El primer hándicap era que todavía no me unía nada a Andrew, que era evidente que algo bonito había nacido entre nosotros, pero no tenía nombre, algo que me llevaría para siempre en mi corazón. Vaya una lástima el ser de lugares tan diferentes y distantes.

Me encantaba esa estampa en la cocina. Las hermanas tan cómplices y con tantos gestos de cariño la una hacia la otra, con esa historia tan brutal que había golpeado sus vidas.

A media mañana estábamos todos en unas mesas del jardín y comenzamos a beber vino, a picotear un poco de queso y algunas cosas que habían puesto.

—Entonces, ¿cuáles son vuestros planes para estos días? —preguntó Megan de forma cariñosa a sus hijos y a nosotras.

—Yo me quedaría aquí el resto del tiempo que estemos en las Highlands. Ya vi suficiente y esta paz no la cambio por nada —dijo Alexandra.

—Me encanta que pienses así —dijo Cameron y me miró.

—Yo soy cascarón de huevo —reí —también estoy muy bien aquí y agradecida por el trato que nos estáis dando.

—Agradecida yo —dijo Megan —me habéis devuelto esa parte de mi vida que me faltaba.

—Felices nosotras de ver la estampa —dije de todo corazón —no sabéis lo que transmitís y lo que nos hacéis sentir con ese amor que os regaláis la una a la otra. Ahora tenéis todo el tiempo del mundo y la paz para recuperar ese tiempo perdido y los años no son nada debido al espíritu tan joven que tenéis las dos.

—Pues sí —dijo Lisbeth para romper a llorar de nuevo.

—Tía por favor, que te vas a deshidratar —dijo bromeando Alec.

—Estoy que no quepo en mí de felicidad, hijo.

—Ni yo tampoco hermana, pero ya vamos a dejar de llorar y empezar a reír —dijo Megan.

—Y a bailar y a cantar —añadió Alexandra, haciendo el gesto de que ella se ponía a taconear.

—Estas chicas son la bomba, hermana. Deja que se tomen un par de copitas y vas a ver lo que es bueno —dijo Megan.

—Claro que sí, Lisbeth. ¿Tú no decías que habías ido a espectáculos de flamenco? Pues ya verás el que te damos dentro de un rato mi amiga y yo —soltó Alexandra.

La felicidad de Lisbeth saltaba a la vista. No hacía falta que lo dijera, era evidente y esos momentos eran el claro ejemplo de todo, la complicidad que había entre ellas.

Ese día lo pasamos de barbacoa en la finca. Estábamos todos liados con el vino, pero cuando digo liados, liados completamente, las botellas no paraban de vaciarse, una tras otra.

En un momento dado que nos quedamos los cuatro a solas me morí de la risa con Alec.

—No veas como empina el codo la tía —dijo causando una risa en nosotros.

—Siempre hablan los que tienen motivos para callar —dijo Andrew.

—Pero yo soy joven —rió.

—La tía y mamá también —volteó los ojos riendo.

—Esas mujeres tienen derecho a beberse la vida si quieren, demasiado han pasado y sobre todo Lisbeth —dije con tristeza.

—Tienes razón, estaba bromeando —dijo Alec.

—Lo sé —sonreí —me parece tan bonito lo sucedido que os juro que me iré llena de aquí para toda la vida.

—¿Y quién dijo que te irás? —preguntó Andrew levantando la ceja.

—Mi vida está allí... —carraspeé.

—Mierda, pensé que tu vida era yo —soltó un rugido muy sugerente.

—Joder, al final voy a tener mi corazón dividido —reí.

—Amiga, yo creo que nos vamos a pedir esa excedencia y venirnos a pegarnos una temporada sabática. Ya daremos clases de español en el pueblo.

—No os hará falta, en las tierras hay trabajo para todos —dijo Alec.

—¿Nos vais a poner a limpiar las cuadras? —preguntó bromeando Alexandra.

—Bueno, eso sí os portáis mal. Si os portáis bien hasta os cuidamos nosotros —dijo Alec.

—¿No es para comérselo?

—Sí —reí.

Y eran para comérselos. Fue un día precioso donde las indirectas iban como balas

directamente a nuestro corazón y a invitarnos a reflexionar sobre todo.

Por la noche después de despedirnos de los mayores, nos fuimos a la terraza de Alec. Estuvimos allí hasta las tantas charlando sobre preparar algo en esos días para los padres y tía de ellos.

—Seguro que si lo decís es porque tenéis ya algo pensado —dijeron los chicos, que ya nos iban demostrando que nos conocían...

—Bueno algo de eso hay —dije.

Habíamos pensado en hacer una paella Alexandra y yo, así que los chicos quedaron en llevarnos a comprar todo lo necesario, el marisco fresco y demás, así como también el arroz. Ese tenía que ser del largo y que no se pasara, no sabíamos sí allí habría, pero encontraríamos lo más similar a ello.

—A mí me parece una idea excelente y estoy seguro de que les va a encantar —dijo Andrew.

—Eso lo puedes jurar —soltó Alexandra —aquí mi amiga y yo, cuando nos ponemos en la cocina, nos ponemos.

—Sí, otra cosa es que aquí nos estamos acomodando. Nos mimáis mucho. Vosotros mismos, porque al final si que os va a costar trabajo echarnos —dije.

—Sí, sí, que el que avisa no es traidor, yo no quiero luego nada de “me dijo, me dijo” —añadió Alexandra, muerta de la risa.

Estaba feliz, me estaba enamorando de Andrew, de su familia, de su vida de todo aquello... no podía dejar de pensar en eso. Me daba la sensación de haber nacido en el lugar equivocado, de haber crecido sin saber que había un sitio y una persona que serían los ideales para tener todo aquello que necesitaba.

Esa noche lo hicimos como siempre, llenos de momentos de fogsidad, de sensualidad, de provocación, de excitación, dando lo mejor de nosotros, con esas ganas que siempre teníamos a flor de piel.

La forma en la que ya nos manteníamos la mirada mientras lo hacíamos, me hacía ver que, más allá de la brutal atracción que había surgido entre nosotros, era amor lo que se estaba instalando en el corazón de ambos.

Me abracé a él como cada noche, ahuecada en su pecho, sintiéndome la mujer más especial del mundo y sobre todo recordando que la vida estaba hecha de momentos, pero esta vez me los estaba dando todos juntos y con ellos una lección de vida que se quedaría en mi para siempre.

Capítulo 25



Esa mañana desayunamos y nos fuimos a buscar lo necesario para la paella. Ya habíamos advertido en la casa de que no prepararan nada, que nos encargaríamos nosotros.

Alexandra y yo nos sentíamos de lo más felices por poder devolverles un poquito de la hospitalidad que ellos nos estaban ofreciendo.

La tía nos comía a besos a Alexandra y a mí. Estaba de lo más feliz y su mirada brillaba de una forma especial, cosa que me emocionaba mucho.

Salimos de allí y nos llevaron a un mercado a una hora de distancia. Todo fresco. Cogimos langostinos, bogavantes, sepias, mejillones y encontramos el arroz perfecto, así que ya teníamos lo necesario. La verdura la producían sus tierras, así que mejor que eso nada.

—Joder tenéis de todo para vivir en el culo del mundo —bromeó mi amiga.

—Pues claro, ¿qué te piensas? —le hizo un guiño Alec siguiendo el rollo.

—Tenemos hasta dinosaurios —bromeó Andrew.

—Por cierto, había pensado que les podríamos regalar a las hermanas un ramo de flores para las dos, que lo pongan en la mesa de la cocina ¿qué os parece?

—Joder amiga pues sí que piensas, estoy de acuerdo —dijo ella y los dos chicos afirmaron con la cabeza.

Y eso hicimos. Fuimos a una floristería y pedimos que nos prepararan un precioso ramo de flores, pero encima a los chicos se le ocurrió algo mejor...

Daba la impresión de que nuestros pensamientos estaban sincronizados. Íbamos todos a una para lograr la felicidad del resto. Habíamos hecho una piña impresionante.

Fuimos a una joyería y les compramos una cadena de plata a cada una de las hermanas, con un colgante que representaba la silueta de dos mujeres, para que los llevaran como símbolo propio. Dos hermanas que volvían a estar unidas a pesar de que un día el caprichoso destino las separó.

Emocionados, volvimos a las tierras y preparamos un rosco de gas en el exterior con una paellera. Las mujeres estaban emocionadas mirando todo en el momento que los chicos aparecieron con el ramo y la bolsa de la joyería para ellas.

—Es de todos —dijo Alec señalándonos a nosotras también.

No tardaron en romper a llorar emocionadas y se pusieron el colgante. Nos abrazaron a todos y fue un momento muy bonito. Las sentía como si fueran de mi propia familia y se merecían tanto, que les daría lo que fuera por todo eso que nos transmitían.

—No teníais que haberos molestado, era más que suficiente con el bonito detalle de la comida —dijo Megan.

—No es molestia ninguna. Todo lo contrario. Es un verdadero placer. Y además es solo un

detalle. Eso sí, nos pareció un bonito símbolo más de vuestra unión —dije.

—Estos días están resultando perfectos, hijas —dijo Lisbeth —ni a soñar que me hubiera echado podría haber imaginado tanta felicidad junta. De veras que ya no quepo en mí.

—Y nosotras que nos alegramos, tía Lisbeth —dijo la zalamera de Alexandra con toda la familiaridad del mundo, la que en el fondo sentíamos y ellos nos permitían tomarnos.

La paella nos salió bordada. Nos felicitaron mil veces. Así eran ellos. Podían tener mil gestos con nosotras y no darles ninguna importancia, pero bastaba que fuera al contrario para que lo agradecieran hasta la extenuación.

Todos repitieron plato, hasta nosotras, además que sobró y se guardó para el día siguiente tenerla como un picoteo. Brutal, si la llegamos a hacer en España no nos sale tan bien, pero quedó patente que el universo conspiró para que nos saliera así en ese momento que teníamos que destacar algo muy característico de nuestro país.

—Menos mal que nos ha salido buena porque si no tenemos que salir de aquí al galope, Adara —dijo Alexandra, para buscarles un poco la lengua.

—No, no. De eso nada, tan poca cosa no os iba a servir para libraros de nosotros. Así hubiera sabido a rayos —dijo Alec.

—No te preocupes, no, que de aquí no vais a echarnos ni con agua caliente —añadió Alexandra, mientras rebañaba el plato.

—Habló por las dos —reí.

—Sí. Y tú te callas, aguafiestas, que yo sé muy bien lo que me digo —volvió a soltar, sin dejar de rebañar.

Y el caso es que, cuando escuchaba a los unos y a los otros hablar del tema con tanto convencimiento, hasta yo misma me lo creía. O me lo quería creer, que era cosa distinta.

—El asunto es que mis nueras lo tienen todo, hasta son buenas cocineras —dijo Cameron para rematar.

Allí ya se hablaba de nueras y suegros como si tal cosa, era un auténtico cachondeo.

A todo esto, las miradas de amor que los chicos y nosotras nos lanzábamos cada vez que salía a la palestra la posibilidad de que nos instaláramos allí no dejaban lugar a la duda.

En nuestros ojos se reflejaba un enamoramiento latente que iba in crescendo día a día. Las mariposas ya no revoloteaban, sino que iban paseando con nosotros a lo largo y ancho de aquellos bellísimos parajes de las Highlands.

Mis días en aquel lugar eran mágicos, llenos de momentos inexplicables. Me sentía parte integrante de esa familia, como si hubieran estado en mi vida siempre y ese amor por Andrew notaba que no podía ser más real.

No podía explicar lo que sentía, pero sobre todo que quería estar con él el máximo tiempo posible y que necesitaba que la vida arrojara luz para que nuestros caminos continuaran de alguna forma. Aquello era demasiado y todo lo suyo me había robado el corazón.

Cameron estaba ese día súper gracioso. No paraba de gastarnos bromas a las mujeres. Nos decía que nos iba a poner a limpiar las tierras y nosotras le contestábamos que se callara o terminaría castigado durmiendo debajo de un árbol. Parecía un niño en el cuerpo de un hombre.

Me estaba volviendo loca de amor, esa era la verdad...

Mi amiga estaba liándola parda. Decía que lo tenía todo tramado para quedarse a vivir allí y los demás le aplaudían y me miraban para que yo dijera lo mismo.

—Ya quisiera yo, ya quisiera yo —dije riendo.

—Y lo harás —me volvió a guiñar ese ojo Andrew.

—De veras que, si por mí fuera, pero no veo la forma —añadí.

—Deja que todo fluya, confía en mí —musitó mientras ponía amorosamente su mano sobre la mía.

Notaba como si lo dijera totalmente en serio y convencido, como si deseara con toda su alma que no me alejara de él y viviera esa historia que había surgido entre nosotros. Allí, con ellos en ese lugar cautivador que eran esas tierras en las Highlands.

—Un escenario mejor no puede haber, eso no lo voy a discutir... —dije.

—Es que las Highlands, son muchas Highlands —reía la loquilla de Alexandra, radiante de felicidad.

—¡Así se dice, Alexandra! —exclamó Alec, a la que parecía ser la cabecilla de nuestra hipotética marcha a las Tierras Altas.

Ese día estuvimos con la familia y al siguiente nos íbamos a ir a pasarlo por nuestra cuenta Andrew y yo, al igual que Alexandra con Alec. Lo habíamos hablado, también necesitábamos ese momento por separado. Era importante para todos.

—Pero luego me la traes sana y salva —dijo Alexandra a Andrew, haciendo como que ella era la responsable del grupo.

—Palabra de Highlander —contestó él.

Nos acostamos y Andrew me miraba sonriente, acariciando mi pelo, mandándome mil mensajes con su mirada y esa sonrisa, como si me pidiera sin hablar que me quedara a su lado para siempre. Parecía que lo podía escuchar.

Lo hicimos de nuevo, en ese momento que llevaba un rato esperando y deseando, pues me llenaba de vida sentir esa excitación que me producía y sobre todo sentirlo dentro de mí. Eso aplacaba mis ansias de él, las que sabía que de nuevo volverían, así una y otra vez.

Estaba feliz, por momentos lo estaba más, salvo el día en que tuvo que volver Alexandra por la muerte de su tía Elvira, lo demás todo había sido fantástico, un regalo que la vida había puesto en nuestras manos como el mayor de los privilegios.

Así me sentía yo, como una privilegiada por haber tenido la oportunidad de vivir algo tan intenso que rara vez y en pocas ocasiones nos pasaba en la vida.

Me abracé a él fuerte mientras gemía de placer y las imágenes de todo se me agolpaban en la cabeza, como diapositivas que transmitían los momentos que habíamos atravesado y lo mejor de todo, los que nos quedaban por vivir, pues algo me decía que aún había más, que podía sentir más...

Mi madre, eso me vino a la mente, lo feliz que estaba cada día cuando la llamaba y le contaba mis sensaciones, pero siempre me repetía lo mucho que me echaba de menos, lo importante que era en su vida.

En el fondo tenía mucho miedo a perderme. Se alegraba de lo que estaba viviendo, pero tenía temor, lo notaba en su voz y sus palabras ya que yo era su todo, era lo que más amaba en la vida.

Capítulo 26



Mi mano al despertar buscó a Andrew, pero nada, no estaba ahí, así que me estiré, fui al baño y luego bajé a la cocina.

—Buenos días —sonreí al verlo sentado relajadamente tomando un café.

—Buenos días —me devolvió la sonrisa y se levantó a abrazarme.

—Me abandonaste... —carraspeé.

—Eso nunca —señaló a la silla para que me sentara y se puso a prepararme el café.

—Bueno eso de nunca... Ejem, ejem.

—Nunca es nunca, sin dobleces —ladeó los labios.

—¿Te has levantado intenso? —tosí de forma falsa.

—Me he levantado igual que me acosté, a tu lado —puso el café delante de mí y se sentó mirándome fijamente mientras asomaba una preciosa sonrisa.

—Estás muy rarito...

—Intenso y rarito —afirmaba lentamente repitiendo y cavilando mientras levantaba la ceja.

—Escupe, a ti te pasa algo, no te hagas el tonto —resoplé y di un trago al café.

—Para nada, no me pasa nada —sonrió de forma enigmática.

—Más vale que hables, no quiero empezar a calentar mi lengua andaluza y que escuches todo aquello que puede salir por mi boca —le hice una burla.

—No serías capaz —tragó saliva mirándome sin apartar la mirada ni un segundo, me ponía acelerada.

—No me pongas a prueba, por cierto ¿qué plan tenemos hoy?

—Pues perdernos por el pueblo o por otros lugares, los dos solos ¿qué te parece?

—Una mierda de plan —dije bromeando y aguantando la risa.

—¿Qué te haría feliz? —carraspeó.

—Quedarme todo el día en ese porche, mirando al mar, tomando una cerveza, relajada.

Ummm... eso es vida —reí.

—Pues nos quedamos, nada nos lo impide.

—Pues no me da la gana, cogemos el coche y tiramos millas —solté una carcajada.

—Un poquito bipolar ¿verdad? —hizo el gesto de poquito con los dedos.

—Nada, casi no se nota —dije con sorna guiñándole un ojo.

—No tengo yo eso muy claro —soltó una pequeña carcajada.

—Andrew no me busques la lengua que la tengo ardiendo —reí.

Lo veía raro, pero no para mal, todo lo contrario, como si en su mente se atravesaran ideas que no quería soltar por el momento y eso me ponía de lo más nerviosa. Tenía esa sensación desde

que entré en la cocina.

Andrew era así, un seductor nato, con un rostro que le servía para potenciar todos esos valores que transmitía y se veían materializados por sus actos, pero además esa sensualidad que aparecía en cada gesto, en cada mirada...

Ese día paseamos por su municipio los dos solos y tuvimos momentos de lo más bonitos. Era la complicidad de los dos en la calle, la misma que en la cama, esos deseos de que nuestras manos permanecieran unidas, esos besos que nos íbamos robando, esas palabras con mensajes entre líneas. Era todo.

Nuestros siguientes días fueron un camino de sentimientos que ya pasaban a ser de otra forma...

La familia era como si fuera la mía propia ¿cómo podría yo gestionar eso cuando me marchara de allí? Era algo que azotaba mi cabeza constantemente.

No era una acogida en casa de una familia que te brinda unas vacaciones, ya era complicidad, cariño, admiración, sentimientos y un cúmulo de cosas que conseguían diferenciar lo que son unas vacaciones y lo que es un paseo por aquel lugar, uno de esos que te reconfortan el alma.

Lisbeth y Megan se veían como dos almas limpias viviendo una relación de lo más sana y bonita, se desvivían en atenciones la una con la otra, en charlas, en esas miradas que lo dicen todo, las que a mí me gustaban, pues esas se palpaban entre ellas.

Cameron para mí era una persona de verdad y cuando digo de verdad es en el sentido más literal de la palabra. Era todo un señor, caballero, buen padre, buena persona y el alma de las tierras.

Cuidaba mucho a los suyos. Desde la llegada de Lisbeth se volcaba mucho con ellas, con las dos, las hacía reír, las mimaba, les preparaba café. Estaba para lo que necesitaran y siempre bromeando con una sonrisa en la cara, como con Alexandra y conmigo.

A veces pensaba que, si el término hombre tuviera que tener un nombre sería Cameron, sin duda, el que aunaba todo lo que una mujer debería de tener en su vida. Era todo serenidad, protección y amor.

Megan era esa madre, esposa y ahora hermana que destacaba por su humildad, dedicación y el cariño que le ponía a todo, con esa sonrisa que permanecía en su rostro de forma permanente, además de la calma de sus palabras y lo que transmitía con ellas.

Lisbeth era igual, esa hermana por la que tanto sufrió y que no sabía que ella también lo hacía, eran la imagen de querer recuperar el tiempo perdido y protegerse la una a la otra, además de estar constantemente transmitiendo mucho amor de forma recíproca.

Con Alec descubrí que era igual que Andrew, pero cada uno tenía sus pautas. Eran bromistas, irónicos, respetuosos, atentos, muy serviciales y con mucha armonía, eran la calma personificada.

En la finca había jornaleros fijos que iban todos los días, hasta ellos transmitían algo especial. Sería el entorno, tenía que ser eso, pero aquello actuaba a modo de imán al que era difícil no sucumbir.

Cada mañana me levantaba, desayunaba con Andrew, luego me iba con las hermanas y Alexandra a la cocina de la casa principal a preparar con ellas la comida y perdernos en mil risas y charlas mientras tomábamos un vino o una cerveza.

Las hijas de Lisbeth vinieron dos días a conocer a su familia. Eran preciosas, muy parecidas, hicieron mucho con nosotras.

Mai y Anabella, habían estudiado en la ciudad y a esta se fueron a buscar su futuro donde encontraron sus trabajos como profesoras en un centro, así que tenían su vida allí, pero les

causaba mucha felicidad que su madre y su hermana se hubieran reencontrado y hubiera decidido Lisbeth quedarse a vivir en esas tierras.

Cuando se marcharon lo hicieron con la paz de ver a su madre con esa sonrisa que la habían encontrado y que por primera vez brillaba de esa forma tan especial.

Una mañana estábamos en la cocina las cuatro y los chicos estaban con su padre trabajando las tierras. Lisbeth dijo que nunca se había emborrachado, pero que lo tenía que hacer un día, así que Alexandra y yo la animamos a que fuera aquel mismo.

Las cuatro comenzamos haciendo la comida con vino a eso de las once de la mañana, para las dos de la tarde nos habíamos bebido dos botellas y estábamos en la mesa llorando de la risa cuando los hombres llegaron.

Los tres nos miraron y luego se miraron entre ellos, nosotras aguantamos la risa, pero no pudimos. Nos echamos a reír cuando comprobamos que a Lisbeth no le salían las palabras. Cameron negó riendo con la cabeza, se echó una copa de vino y la levantó en señal de brindis por todos nosotros.

No podía, me iba a dar algo, ver a esa mujer intentando decir que le acercaran el pan y la entendimos, pero queríamos que lo dijera, aunque no había forma. Fue un momento brutal, no recordaba llorar de la risa desde hacía bastante tiempo.

Entonces Alexandra, que seguía con la copa en la mano comenzó a liarla un poco.

—Lo veo, lo veo —dijo mientras todos comíamos entre risas.

—¿Qué ves, hija? —preguntó Megan a Alexandra.

—A Adara y a mí, aquí en estas tierras, con vosotras cocinando, viviendo, creo que nos equivocamos de vocación, lo nuestro era el campo —dijo, provocando un ataque de risa en todos.

—Sería como un sueño —dijo Megan y su hermana que seguía sin poder articular ni una palabra afirmaba con la cabeza.

—Pues creo que cuando vuelva a España lo plantearemos —me agarró por el cuello y besó mi cabeza.

—Come y calle —le exigí riendo como todos.

—Déjala —dijo Alec muerto de risa —es los que tenéis que hacer, no podéis dejarnos sin vosotras aquí. Sois parte de esto.

—Muy bien dicho, amor —dijo ella señalándolo con firmeza con el dedo.

—La de Dios, quitarle la copa que en dos minutos forma la boda y hasta las fechas de los nacimientos de los niños —solté negando y riendo mientras la miraba.

—Pues no hay mejor lugar para criar unos hijos que aquí —dijo con ese dedo a modo política.

Lisbeth ya ni comía, estaba aplaudiendo sin fuerzas a todo lo que se hablaba en la mesa. Andrew ni hablaba, solo reía y reía con todo y todos.

Momentos como ese fueron los que llenaron día tras día nuestros corazones, como los de ellos. Nos veían como su familia, no como dos intrusas que habían irrumpido un verano en sus vidas y estarían por unas semanas.

Andrew y yo estábamos viviendo cada momento, los de fogosidad, pasión, ternura, pero vivíamos en una eterna complicidad. Se nos notaba que a partes iguales sentíamos aquello y vivíamos con mucho amor los días que la vida nos había regalado para disfrutar el uno del otro.

Alexandra y Alec parecían estar igual, con esas miradas, esos arrumacos, se ponía de lo más ñoña, pero imagino que ella me veía de igual manera con Andrew, eso es lo que pasaba al estar en un momento tan dulce como el que estábamos viviendo.

Había momentos que me escapaba al municipio a comprar cualquier tontería y paseaba por él

sola, me encantaban las charlas que mantenía con la chica de la mercería, de la panadería, de la tienda de moda que había allí. Era todo, las personas, el ambiente, la armonía que se transmitía en cada uno de los rincones. Eso era lo que me hacía sentir bien.

Otros días iba con Alexandra y nos quedábamos un buen rato en la terraza de una pastelería con otras chicas de allí, charlando animadamente. Ya conocía casi a todo el mundo y no había persona que se cruzara con nosotras y no nos saludara con una preciosa sonrisa.

Era como si fuéramos parte de aquello, como si un día te levantas y te das cuenta de que perteneces a ese lugar y tiembles sabiendo que va llegando la hora de volver a la realidad de tu vida. Esa era la sensación que teníamos, el saber que aquello no era lo que poseíamos por mucho que lo valorásemos y nos sintiéramos parte de allí.

Difícil, cuando los sentimientos van creciendo, cuando ya sabes que queda poco para partir y que empiezan las clases, la rutina, la nueva vida en casa de mi madre. Cuando ya todo señala a que habrá un antes y un después en tu vida, pero siempre marcado por este lugar y la gente que me entregó las semanas más bonitas de mi vida.

Estaba pasándolo demasiado mal cuando quedaban dos días para irme...

Esa noche me acosté y me hice la dormida cuando entró Andrew del baño, necesitaba que me abrazara, pero no hacerlo, no quería hacerlo, mi cabeza era un bombo y no quería llorar.

Se metió en la cama y se pegó a mí que estaba de espaldas. Me agarró por la cintura y no hizo intento de despertarme, era muy respetuoso, cosa que lo engrandecía aún más.

En ese momento me vino a la mente todo el mes de julio y agosto que habíamos pasado allí, casi siete semanas, pero que yo sentía que era como si hubiera estado un año.

El tiempo había pasado volando, pero a la vez fue tan intenso que eso era lo que hacía sentir que el tiempo había sido aún más largo del que realmente era.

El amor había ido creciendo por días, por momentos, por actos, por miradas, por un cúmulo de todo lo que nos rodeaba y los sentimientos que eran imparables, ni nosotros lo quisimos parar en ningún momento.

Por la mañana desperté en el que era mi último día en ese lugar, en esos brazos, al día siguiente partíamos temprano para el aeropuerto y de ahí para España.

Andrew me abrazó y besó mi frente. Lo miré con dolor y él me entendió, no hacía falta decir más nada, sabíamos que el reloj corría y era imposible detener el tiempo, veinticuatro horas quedaban, la cuenta atrás había empezado.

—Sabes que me vas a ver en poco tiempo ¿no? —dijo echándome el pelo hacia atrás y mirándome a los ojos.

—Eso espero, ahora lo tienes más fácil tú para ir —sonreí y me ahuequé en su cuello.

—No lo dudes, tengo que conquistarte hasta que no puedas más y decidas venirte a vivir conmigo a las Highlands —besó mi frente.

—Me vendría con los ojos cerrados, pero sabes que mi trabajo está allí, mi madre está sola... —suspiré y una lagrima comenzó a recorrer mi mejilla.

—Pero ella se puede venir como Lisbeth, sería de la familia y debería entender que has de ir al lugar en el que esté tu felicidad —decía en tono melancólico.

—No me digas eso ahora, no cuando me faltan veinticuatro horas para irme, el tiempo lo dirá todo —comencé a lagrimear.

—No llores, por favor —empezó a secarme con la yema de sus dedos.

—Me duele más de lo que imaginas...

—Puedo imaginarlo, sentirlo, es mi mismo dolor —comenzó a besarme.

Lo hicimos llorando, impresionante pero real y cierto, con el corazón encogido mientras galopaba entre mis piernas, fue un momento excitante y doloroso, que desgarraba el alma.

Bajamos a tomar un café a la cocina y seguidamente nos fuimos con todos a desayunar a la casa grande. Era el último día y lo íbamos a pasar allí con la familia.

Nos habían preparado una jornada especial, el día de la despedida, una fiesta donde no nos faltaron regalos, sorpresas, momentos emotivos, brindis que nos llevaríamos en el corazón y una familia que sabíamos que siempre nos esperarían y nos llevarían en sus corazones como nosotras en el nuestro.

Cameron fue el primero en entregarnos un regalo a cada una, iguales, un precioso reloj de cuero negro y esfera dorada, a lo antiguo, pero una preciosidad que nos había comprado en la joyería del municipio, lloramos abrazada a él como dos Magdalenas y lo hicimos llorar.

Nos pusimos los relojes y sabíamos que no nos lo quitaríamos en mucho tiempo.

—Nuestro regalo es conjunto —dijo Lisbeth sonriente y dándonos una cajita a cada una.

—No nos merecíamos esto, debe ser al contrario —solté entre lágrimas y con el corazón encogido.

—Sois de nuestra familia, nos habéis regalado la posibilidad de volver a estar juntas —dijo Megan acariciando la mano de su hermana.

Abrimos las cajitas y nos echamos a llorar. Nos colocamos rápidamente aquellas pulseras al lado del reloj. Eran de oro con colgantes de iniciales de cada uno de ellos, de los cuatro, para que nunca los olvidásemos.

—Esto también es nuestro —dijo Megan refiriéndose a su hermana y nos dio otras dos cajas más pequeñas.

Venga a llorar y cuando las abrimos más aún. Eran unas cadenas de oro con el colgante del mapa de Escocia, nos las pusimos al momento, lloramos si había que llorar, nosotros y todos ellos, no se salvó nadie.

—Nos toca —dijo levantando el dedo a modo bromista Alec, refiriéndose a él y a Andrew — Nosotros hemos sido más valientes —rio provocando la risa en todos.

Alexandra y yo nos cogimos de la mano, estábamos nerviosas, llorando como dos niñas pequeñas.

Nos entregaron una caja preciosa y al abrirla nos quedamos muertas. Nos echamos a reír y todo, pero llorando, obvio, en cada caja una llave en un precioso llavero de plata grabado cada uno con la cara de ellos. En el mío la de Andrew y en el de ella la de Alec. Una nota en la solapa de la caja.

Mi casa es la tuya y aquí tienes la llave para cuando quieras regresar, siempre te estaremos esperando.

Los abrazamos y besamos delante de todos, nos importaba una mierda, como si no supieran que lo hacíamos, como si no estuvieran felices por ello. Aplaudieron emocionados mientras lloraban, hasta Cameron no lo dejó de hacer en ningún momento.

Ese día fue de lo más emotivo, al despedirnos de sus padres y su tía prometiendo que volveríamos algún fin de semana que tuviéramos puente, o unos días en las fiestas de Navidad, nos fuimos para su casa Andrew y yo.

Al llegar a la habitación se sentó a mi lado en la cama. Me cogió la mano y me colocó una preciosa sortija de oro blanco de lo más fina, yo lo miraba incrédula.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo, ni siquiera que te quedes a pesar de que es lo que más deseo en el mundo, solo te pido que cuando te mires el dedo y veas el anillo te acuerdes

de mí, pase lo que pase, esto es algo que no se merece ser olvidado. Quiero que sepas que voy a luchar por los nuestro, hasta que tú me digas basta.

Lo abracé llorando como un grifo abierto, no podía creerme que eso me estuviera pasando, que la vida fuera así de increíble y dura a la vez ¿Por qué nos separaron al nacer y nos colocaron tan lejos?

No podía creerlo, esa noche lo pasé fatal, lo hicimos al igual que por la mañana, llorando como dos niños.

Nos llevaron al aeropuerto temprano. Una vez allí lo abracé con todas mis fuerzas, llorando a reventar y él me prometió que pronto nos veríamos.

Eso esperaba, volverlo a ver, no había atravesado aún el control de seguridad y ya lo echaba de menos, ya me apretaba el pecho, me entraba ansiedad, me costaba respirar.

Alexandra iba blanca, descompuesta, volvíamos como no imaginábamos cuando con ilusión emprendimos ese viaje que más que eso fue un paseo por las Highlands, al menos así lo sentía yo, era mucho más que una aventura, era el haber conocido un lugar y una familia que sentíamos como nuestras, como si fueran de toda la vida.

Capítulo 27



Los primeros días en Málaga estaban siendo de lo más tristes. Alexandra y yo no levantábamos cabeza, era vernos y abrazarnos llorando, estábamos de lo más deprimidas.

Mi madre, bueno lo de mi madre era muy fuerte, había conocido a un hombre y se veía todos los días un rato con él, pero estaba de lo más feliz y cambiada, la veía marchándose con él a vivir a su casa de la playa, en fin, que me quedaba sin madre, sin amor y con una depresión de caballo.

El inicio del curso fue de lo mejor, pues al menos al estar explicando y con la mente ocupada se me hacían esas horas más amenas, pero no por eso dejaba de pensar en Andrew.

Siempre miraba mi dedo que portaba la sortija que me regaló con aquellas preciosas palabras, además, en mi llavero iba la llave de su casa con el llavero que me regaló, así que siempre la llevaba encima.

Andrew y yo estábamos todo el día enganchados por mensajes y videollamadas. No había un día que no estuviéramos en contacto mil veces.

Mi madre a las tres semanas de llegar yo, hizo lo que pensé, marcharse a vivir con Ricardo, ese hombre que le había robado el corazón, cosa de la que yo me alegraba enormemente.

Ese viernes por la mañana había decidido pasar el fin de semana relajada en casa. Ya mi madre se había ido con él así que era mi primer día de independencia, lo bueno, que al ser la casa de mi madre no pagaba nada, me quedaba sola pero cómoda, pensé riendo.

Salí del trabajo y por poco me caigo de espaldas.

—¡Andrew! —chillé tirándome a sus brazos —¿Qué haces aquí?

—Me dijiste que ibas a vivir sola y vine a celebrarlo —sonrió mientras me besaba y abrazaba.

Lo cogí de la mano y se echó su mochila al hombro. Nos fuimos para mi coche, a él lo había traído un taxi.

Llegamos a la casa y colocamos las cosas en mi habitación, yo tenía una cama de matrimonio.

Salimos a comer al centro a tapear y tomar vinos. No dejaba de abrazarlo, no podía creerlo, al momento aparecieron Alexandra y Alec. Me quedé muerta, eso sí que no lo esperaba, había venido con su hermano que también había sorprendido a mi amiga, la cual trabajaba en un centro diferente al mío.

Andrew le había puesto la ubicación y nada, lo tenían todo muy bien tramado.

—Yo os mato —dije comiendo a besos a los chicos, besaba a uno y otro alternativamente.

—Bueno, pero antes un pinchito —dijo Alec bromeando por lo que siempre le decía Alexandra cuando quería un polvo.

—Mira que bien lo aprendió —reí.

—Me ponía todas las noches un capítulo de esa serie —dijo Alec volteando los ojos —se me quedó grabado hasta lo de “Caña aquí” —hizo hasta el ruido con las manos sobre la mesa de la terraza.

Pasamos la tarde juntos y luego nos fuimos a cenar a una terraza en la playa. La noche estaba perfecta, el clima era ideal, ni frío, ni calor.

Miraba a mi amiga con Alec y me veía reflejada, transmitíamos amor, se nos veía con una sonrisa de oreja a oreja, esa que perdimos tras regresar de Escocia.

Aquella noche al llegar a casa no pasamos del pasillo. Allí nos desnudamos y fuimos directos al sofá del salón donde lo hicimos como si no hubiera un mañana, como si lo hubiéramos esperado toda la vida. Estábamos repletos de tensión sexual e íbamos a soltarla de golpe.

Por la mañana nos fuimos a la playa, el día estaba soleado, hacía bastante calor así que aprovechamos para alquilar una hamaca en un club de playa y tirarnos allí para que nos lo pusieran todo por delante.

Andrew se pasó toda la mañana saliendo y entrando al mar. Le encantaba, estaba feliz y sonriente, me regalaba mil besos y millones de gestos cariñosos. Derrochaba atenciones conmigo, en su línea.

Más tarde llegaron los chicos, justo cuando estaban trayendo la comida. Ellos estaban alojados en el apartamento que tenía mi amiga, pero realmente Alexandra vivía con sus padres, aunque obviamente aprovecharon para trasladarse allí aquellos días.

Pasamos un día precioso y por la noche citamos a los padres de Alexandra además de a mi madre y a Ricardo en un restaurante donde les presentamos a los chicos. Bueno, en realidad a Andrew, porque a Alec lo habían conocido cuando murió la tía de Alexandra.

Ellos los recibieron con los brazos abiertos y agradeciéndoles la acogida que nos dieron junto a su familia en su finca.

Estuvimos hasta la una de la madrugada de copas con ellos tras la cena, luego nos despedimos y nos fuimos para la casa, estábamos rendidos del día que había sido de lo más relajante, divertido y emotivo.

El domingo cogimos el coche y nos fuimos a Gibraltar, quería enseñarle a Andrew el choque de ese lugar en tierras españolas a manos de los ingleses.

Alucinó con aquel cambio tras la frontera que separaba los dos lugares, donde todo se transformaba en cuestión de pasos.

Paseamos por la calle principal, entramos a mucha de sus tiendas y aprovechamos para comprar algo de ropa en alguna de ellas. Incluso ir de shopping con él era ideal.

No nos soltábamos casi ni para comer, ni para pagar, ni para nada, necesitábamos el contacto del uno con el otro.

El día fue precioso, regresamos tarde a la casa y nos volvimos a deshacer en ese momento mágico cuando nuestros cuerpos desnudos entraban en contacto el uno con el otro.

A la mañana siguiente me fui a trabajar y lo dejé en casa, aunque él se levantó y me preparó un delicioso desayuno. Era un amor, era el mejor hombre del mundo.

Cuando regresé del trabajo ya me esperaba con la comida, luego nos quedábamos en el sofá y por la noche salimos a comer. Esa rutina la hicimos toda la semana.

Los hermanos se quedaron hasta el domingo, ese día en que los llevamos al aeropuerto, pero felices de saber que ahora nos tocaba a nosotras devolver la visita y que esto nos había acercado muchísimo más.

Pasaron seis semanas hasta que llegó un puente y nos fuimos cuatro días a las Highlands. Fue

increíble, nos recogieron en el aeropuerto y cuando llegamos a las tierras nos recibieron con una alegría y fiesta increíble.

Allí seguía todo igual, las hermanas con su amor y complicidad, Cameron, las tierras, las casas, mis sueños que quedaron en ese sitio, todo seguía intacto.

Los días volaron. Siempre hacíamos aquello que nos encantaba. El desayuno, el almuerzo en la casa con la familia, los momentos mujeres en las que nos poníamos en la cocina a charlar como cotorras.

Prometimos volver en Navidades y pasar las fiestas allí, lo teníamos claro, además los padres de Alexandra se iban ese año con unos familiares de crucero y mi madre iba a estar con su novio, así que volvíamos en breve seguro y por dos semanas.

El regreso a Málaga no fue tan doloroso, ya que fantaseamos con las pocas semanas que quedaban para volver.

Un día se presentó Marcos en la puerta de mi casa, justo antes de Navidades, llorando como un niño, pidiéndome una charla, perdón y jurándome que no podía vivir sin mí.

No le permití entrar, le dejé bien claro y mirándolo a los ojos que me había enamorado que lo había olvidado, que no le guardaba rencor pues lo que me hizo me sirvió para conocer que había otra forma de amar y otras muchas cosas que yo desconocía.

Me quedé mal, me dio pena verlo tan destruido, pero se lo había buscado solito y la verdad es que a mí me había dado la oportunidad de conocer la verdadera felicidad en todo el sentido de la palabra.

Mi vida ya era Andrew, algo me decía que tarde o temprano íbamos a conseguir tener una vida en común, algo que nos hiciera tomar las riendas y poder decir que íbamos a comenzar una vida juntos.

Al menos eso esperaba, no sabía cuándo sería el momento, pero lo deseaba con toda mi alma.

Esos días antes de las Navidades los pasé muy nerviosa, además tuve una comida con mi madre y su novio para celebrarla anticipadamente. Me encantaba lo bien que se llevaban, ya era hora de que ella rehiciera su vida.

Llegó el veintitrés de diciembre y nos montamos en ese avión que nos llevaría de nuevo hasta las Highlands, en el aeropuerto cómo no esperándonos los chicos con los brazos abiertos y en la casa toda la familia llenos de amor y felicidad para nosotras.

Entramos en las tierras tarde así que saludamos, cenamos y nos fuimos a dormir, no sin antes dejarnos llevar por esa pasión que florecía en cada parte de nuestro ser.

Por la mañana hubo otro momento de lo más sensual y placentero, como todos los que tenía con él.

Tras ducharnos y desayunar nos fuimos a la casa. Era el día de Nochebuena y nos pusimos Alexandra y yo con las hermanas a preparar toda la comida para esa noche y para celebrar al siguiente la Navidad.

Ese día fue precioso, nos tomamos un moscatel que llevamos de la tierra, bueno llevamos un cargamento de botellas de rioja, de moscatel y de vino blanco, si nos llegan a haber abierto las maletas los del aeropuerto, nos hacen pagar hasta una multa por descaradas.

La comida fue en plan informal, picoteando en la cocina a ratos y listo, pero para la noche se preparó en el salón, con la chimenea, en plan bonito. Además, hacía mucho frío, así que no había nada mejor que el calor de un buen fuego.

Esa noche estuvimos hasta las cuatro de la mañana de copas todos, además estaban las hijas de Lisbeth que llegaron por la tarde y se quedarían dos días.

Nos reímos una cosa mala, charlamos y contamos anécdotas de nuestra vida y lo peor fue escuchar a Alexandra, la bruta y encima bebida, llorando de la risa mientras contaba cómo una noche me perdió y fue a denunciar a la policía...

—Como os enteráis, estábamos de fiesta en una plaza de Málaga, tomando unas copas cuando me giro y la niña ya no está —dijo refiriéndose a mí.

—No me lo creo —dijo Lisbeth poniendo las manos en la boca.

—¿Y qué pasó? —preguntó Megan, riendo.

—Pues la llamé y daba apagado, una hora, dos y listo, pasaba una pareja de policía y les dije que quería denunciar la desaparición de mi amiga...

—Borracha que estaba —irrupí riendo.

—Borracha yo y tú desaparecida, así que calla —dijo cortante y causándonos más risas — Pues esa pareja me dijo que no podía denunciar hasta veinticuatro horas después ya que era mayor de edad y que lo mismo lo hizo voluntariamente.

—Madre, vaya miedo y si le hubiera pasado algo, cuando se pusieran a buscarla ya podía estar muerta —dijo Mai poniéndose las manos en la cara y la hermana con la boca abierta.

—Pues ahí no queda la cosa. Yo me negaba a moverme de allí y con una foto de ella en el móvil se la enseñaba a todos los que pasaban para ver si alguien la había visto y nada.

—¿Y qué pasó? —preguntó de nuevo Megan.

—Pues que eran las siete de la mañana y escucho que le dicen los chicos de la limpieza que barren las calles a alguien que dormía en el césped que se tenía que levantar e irse de allí que iban a limpiar. Cuando miro y veo a esa persona levantarse era ella —volteó los ojos riendo y negando —Yo toda la noche buscándola y ella durmiendo bajo un banco en el césped.

Todos comenzaron a llorar de la risa, Andrew me miraba riendo a lágrima viva y negando con la cabeza. Cameron reía con la mano en el lado, del dolor que le causaba esa carcajada, fue un momento buenísimo, como todos los que vivimos ese día.

Al día siguiente me levanté con una resaca monumental. Andrew me preparó un zumo y yo lo seguí zombi a la cocina, además me dio una pastilla para aliviar el dolor.

Una hora después ya estaba nueva, aunque estuve echada en el sofá tras el desayuno.

Nos fuimos a la casa a la comida de Navidad donde todos nos dimos los regalos, nosotras previsoras, llevamos para las primas también.

Recibimos toda clase de regalos de cada uno de ellos, los nuestros gustaron y emocionaron mucho también.

Andrew y Alec fueron los últimos en darnos los suyos, además hicieron todo un show, el mejor de sus vidas, el más bonito y lo que jamás olvidaríamos.

A la vez, arrodillados sobre una pierna, sacaron unas alianzas y nos pidieron matrimonio, que nos casáramos en verano y comenzáramos una vida en común en las Highlands.

Alexandra y yo no lo pensamos, gritamos que sí, lo teníamos claro, íbamos a pedir una excedencia para después del verano que eran vacaciones, así que ahora quedaban siete meses por delante para prepararlo todo, terminar de impartir aquel curso escolar y comenzar eso que deseábamos con nuestra alma.

Vivir en las Highlands, con ellos, con su familia y agrandarla con nuestros propios hijos.

Ese viaje fue de lo más emotivo y bonito, aquello era un sueño hecho realidad.

Le conté a mi madre por teléfono lo sucedido, ese mismo día de Navidad y se puso muy contenta. Me dijo que siguiera a mi corazón, que daba igual donde estuviera, pero que la felicidad no la podía dejar pasar de largo.

Los siguientes días los pasamos relajados, las chicas ya se habían ido a Edimburgo y nosotras íbamos cada día con las hermanas a ayudarlas con la cocina.

Esos momentos no tenían precio, además de saber que en unos meses volveríamos para siempre, al menos eso era lo que esperábamos y soñábamos, que fuera para toda la vida.

Las mujeres rezumábamos felicidad, éramos como cuatro patas de una cama, juntas lo aguantábamos todo mejor y nos sentíamos muy arropadas, aunque no había nada por lo que apoyarse, todo fluía de una forma brillante y especial.

Estuvimos hasta el día de Reyes. Nos despedimos temprano después de recibir muchos más regalos y nos fuimos prometiendo volver para ese enlace en la que nosotras seríamos las protagonistas.

Los chicos de camino al aeropuerto iban muy felices a pesar de que nos teníamos que despedir, pero estaban como nosotras, rebosantes de amor y felicidad, ahora comenzaba la cuenta atrás hacia ese momento en el que volveríamos para no irnos más y eso era muy importante.

Ellos venían de vez en cuando a pasar unos días, al igual que nosotros volvimos en Semana Santa y llenamos unos días aquello de alegría, fiesta, risas...

Nuestra llegada era como si aparecieran unas princesas, pero de España, es que nos recibían por todo lo alto, con unas caras de emoción y alegría que dibujaban las mejores de nuestras sonrisas.

Esa vez sí que era la última hasta volver para la boda y quedarnos, así que la pasamos emocionadas, cada vez quedaba menos.

La tía, como ya llamábamos a Lisbeth y la suegri a Megan, nos regalaron unos preciosos pendientes para el día de la boda, largos, en plan antiguos, de oro blanco con ilustración en envejecido, una belleza que nos emocionó y nos hizo llorar mucho.

Esa separación fue muy emotiva, la última que iba a haber, así que la emoción se notaba por todos lados.

El resto de tiempo los chicos se encargaron de preparar todo para el enlace. Nosotras nos encargamos de los billetes de sus padres y de mi madre con Ricardo para la boda.

Los vestidos ya nos los habían hecho, pero aún no nos los darían hasta unos días antes en la prueba. Ya nos avisaron que con los nervios se solía perder, pero yo pensaba que iba a engordar, el estrés me daba por comer y me sentía así, de los nervios.

Fui preparando todas mis cosas en maletas poco a poco, me tenía que llevar por lo menos cinco con toda la ropa y objetos personales, así que pagué por equipaje extra al igual que lo hizo Alexandra, pero ya aprovechábamos para llevar todo, allí dejaríamos pocas cosas.

Mi madre estaba con Ricardo cada vez mejor y eso que era difícil. Lo suyo era una historia de amor muy bonita, divertida y entrañable.

Se habían conocido en un centro comercial. Mi madre salía con las bolsas de la compra del supermercado y chocaron los dos. Todo cayó al suelo desparramado y él la ayudo a recoger, luego la invitó a un café en el bar de allí a modo de disculpa.

Lo sorprendente fue que mi madre aceptó, decía que quedó hipnotizada, como si fuera un flechazo, un amor a primera vista, como lo que me pasó a mí, que se encontraron nuestras miradas y ahí surgió todo.

Todo estaba perfecto aquí, me podía ir para Escocia a vivir con la tranquilidad de que mi madre no iba a estar sola, iba a estar viviendo su historia.

Me sentía bien, era como si lo estuviera haciendo todo en el momento perfecto. Además, en verano estaba de vacaciones, así que pedimos la excedencia a partir de septiembre, nos la

concedieron sin problemas y lo bueno que podíamos tenerla toda la vida, el tiempo que quisiéramos, lo único que no cobrábamos como era normal, pero cuando quisiéramos, aunque fuera dentro de diez años, podíamos recuperar nuestra plaza, teníamos derecho a ello.

Así que estaba todo bien atado, bien hecho, en el momento justo para irnos con la cabeza tranquila, sin preocupaciones más que de disfrutar de nuestra nueva vida, encima al lado de mi mejor amiga, eso era lo mejor del mundo, que la iba a tener en mi vida, siendo mi apoyo, mi todo...

¿Se podía ser más afortunada? ¡No! En exclamación y con contundencia, no se podía ser más feliz, aquello era lo mejor que nos podía pasar en la vida. Encontrar el amor lejos y no ir sola, llevar un trozo importante de tu vida y eso era Alexandra. Con ella me había criado y había vivido todos los momentos más importantes de las dos y ahora este era mutuo...

Capítulo 28



Y allí estábamos un año después Alexandra y yo viviendo el que, sin duda, sería el día más emocionante de nuestras vidas hasta el momento. ¡Nos casábamos!

Las Highlands nos habían atrapado desde el minuto uno que pusimos los pies en aquellas maravillosas tierras. Su clima frío y húmedo, sus campos verdes y sus lagos y paisajes que parecían sacados de un cuento de hadas constituían el lugar en el que ambas soñábamos con vivir.

El último año, desde que conocimos a los que ese día se convertirían en nuestros flamantes maridos, había sido un trasiego de ir y venir de Málaga a las Tierras Altas y viceversa.

Un año en el que, ni nosotras, ni Andrew y Alec, habíamos desaprovechado una sola de las ocasiones que tuvimos para vernos. Cada vez que teníamos oportunidad, las unas o los otros volábamos a reunirnos con nuestras parejas.

Durante ese tiempo preparamos con todo el mimo del mundo la que sería nuestra unión. Los cuatro deseábamos darnos el “sí, quiero” en una misma ceremonia como símbolo de la aventura que un año atrás comenzáramos a vivir juntos.

Una vez celebrada, Alexandra y yo disfrutaríamos de una temporada de excedencia y comenzaríamos nuestra vida en común con los chicos en las Tierras Altas.

Dado el amor que en aquellos meses llegamos a sentir por esas mágicas tierras, la boda se celebraría en las Highlands y tuvimos la suerte de que todos los seres queridos que deseábamos que nos acompañaran, pudieron estar presentes.

—¡Dios mío, no puede ser! Hijas mías, sois como dos ángeles caídos del cielo —exclamó Lisbeth cuando nos vio vestidas.

—Menos mal que has dicho dos ángeles y no dos santas, tía Lisbeth —dijo Alexandra con su habitual humor —porque verás lo que pasa, en España se dice que “santo que mea, maldito sea”. Vamos que no haya santo viviente que valga un duro, bueno un euro, bueno...

Ya se estaba liando. Hasta el día de nuestra boda tenía que ser ella misma y decir disparates. Además, estábamos de lo más nervios.

—Hijas mías, tiene razón la tía Lisbeth. Vais a dejar a los chicos embelesados, estáis realmente bellas —dijo mi madre, con las lágrimas cayendo como puños por sus mejillas.

—No puedo estar más de acuerdo, añadió Megan, que acababa de llegar con Lisbeth. Sé que no deberíamos estar aquí. Nuestro papel esta mañana está con los chicos, pero ellos ya están vestidos y mi hermana y yo no nos resistíamos a veros un momento ya vestidas de novias.

—Y ellos, ¿cómo están? —pregunté a Megan.

—Están guapísimos y hechos un flan, como diríais vosotras. No he visto a mis hijos más

contentos nunca. Y tienen motivos...

—Ay, Dios, chicas, ¿estáis seguras de que nos han puesto el maquillaje waterproof a todas? Porque por mis mulas que como salgamos en las fotos como mapaches me vais a oír. ¡Menos lágrimas y más cachondeo! —soltó Alexandra.

—Esta hija mía, “genio y figura, hasta la sepultura” —dijo la madre de mi amiga, que también nos miraba encantada.

Desde que la boda se puso en marcha, Alexandra y yo habíamos decidido que íbamos a incorporar a nuestro look de boda buena parte de la herencia de nuestros futuros esposos.

—Dios mío, es que no podéis haber acertado más —dijo Megan.

—Sí. Es la más hermosa combinación de lo antiguo y lo moderno que podía imaginar —dijo Lisbeth.

Decidimos hacer una bonita mezcla entre las indumentarias de las dos, pero tampoco era plan de que pareciéramos las gemelas Olsen así que yo lucía un corsé de tartán sobre mi vestido de novia blanco crudo, mientras que Alexandra llevaba un vestido del mismo color con un moño de tartán.

En el pelo, ambas nos pusimos una ramita de brezo blanco, como símbolo de buen augurio.

Por su parte, cada una de nosotras llevábamos una prima de España como dama de honor y otra prima postiza, las hijas de Lisbeth, a las que conocimos aquel año y con las que también hicimos amistad. Las cuatro exhibían también cintas de tartán en sus vestidos.

En cuanto a nuestros padrinos, el de Alexandra era su padre y el mío, al no tener, fue el propio Cameron, que lloraba a moco tendido el día que se lo pedí.

Las madrinas fueron Megan y Lisbeth. Todos los papeles estaban perfectamente distribuidos.

Cuando los padrinos nos vieron se deshicieron también en halagos y todos juntos salimos de la casa, mientras las novias caminábamos con el pie derecho, como mandan los cánones escoceses.

A la salida dio comienzo el cortejo nupcial o camino hacia la Iglesia. Era el momento de encontrarnos frente a frente con los chicos, que ya estaban acompañados de sus madrinas.

—¡Te juro que me lo como aquí mismo! —me dijo Alexandra cuando vio a Alec.

Y no le faltaba razón. No estaban guapos, sino lo siguiente. Perfectamente ataviados cada uno con su Kilt, la típica falda escocesa, era imposible lucir una sonrisa más bonita.

El momento en el que nuestras miradas se cruzaron fue uno de los más especiales del día y es que no hacía falta que articuláramos ni una sola palabra, el brillo de nuestros ojos hablaba por sí solo.

Precedidos por un gaitero los chicos echaron a andar con las madrinas mientras nosotras les seguíamos con los padrinos.

La iglesia en la que se celebraría la boda era una sorpresa para nosotras. Desde el primer momento Andrew y Alec quisieron que fuera así y nosotras lo dejamos en sus manos.

En aquel momento nos llamó la atención no ver coches por ningún lado que nos llevaran hasta esa enigmática iglesia.

El gaitero seguía andando a través de las tierras familiares y nosotros tras él. Alexandra y yo nos mirábamos sin entender una palabra.

Las que ya sentíamos también como nuestras tierras, eran muy amplias y con zonas boscosas. Algunos de sus rincones ni siquiera los habíamos explorado.

De hecho, en aquel momento, caímos en que ninguno de los hermanos nos había llevado nunca en aquella dirección.

En el instante en que aquella preciosa capilla recién restaurada apareció ante nosotros, mis

ojos se abrieron como platos.

Miré a Andrew y su gesto contenía la emoción, igual que el de Alec, en cuyos ojos se posaban los de Alexandra en busca de una explicación.

Después de la ceremonia nos comentaron que aquella preciosa capilla ya estaba en las tierras cuando Cameron y Megan llegaron a ellas, pero siempre estuvo cerrada por falta de acondicionamiento.

Parece ser que fue Cameron quien les dio la idea de restaurarla para unir allí nuestras vidas y los chicos junto con su padre y una cuadrilla de trabajadores estuvieron trabajando duro para conseguir aquel maravilloso resultado: una capilla creada especialmente para nuestra boda.

—Estás bellísima. No sé si merezco tanto —dijo Andrew cuando me situé junto a él y una lágrima de emoción comenzó a resbalar por su mejilla.

—No llores mi vida. Tú sí que estás guapísimo —le dije.

El momento del “sí quiero” de las dos parejas fue realmente espectacular y, la anécdota del día, como no podría ser de otra manera, la protagonizó Alexandra, que se quedó atorada a la hora de decirlo y a renglón seguido, soltó un “joder que no me salía” en español que debieron entender todos los escoceses porque se tiraron al suelo.

El banquete fue realmente espectacular. No habíamos querido que nuestra boda fuera un circo, pero aun así éramos bastantes y la gente estaba de lo más animada.

Megan, Cameron y Lisbeth nos habían ayudado muchísimo a escoger todo lo que se serviría, encargado a una empresa local que lo cierto es que lo hizo fenomenal.

—Cariño, no puedo ser más feliz de verte así —me dijo mi madre cuando se acercó en un momento dado.

—Eso está muy bien pero el maromo que te has traído también ayuda un poco, no me digas que no —le dijo Alexandra.

Mi madre primero se puso roja y después se echó a reír con sus ocurrencias. La conocía desde niña, pero aun así sus disparates algunas veces todavía la dejaban a cuadros.

—Alexandra, mira que eres borrica —le dije muerta de risa.

—Bueno, en el fondo no te creas que va desencaminada... —añadió mi madre para mi sorpresa.

—Mamá... —reí.

—Si es que es verdad que estoy muy contenta hija. Y de lo otro, ya ves, ni me acordaba y ahora...

—Ahora seguro que piensas que has sido tonta de no darle una alegría al cuerpo antes —volvió a decir Alexandra —mira eso es lo que yo hago con Alec, cada vez que lo cojo, lo exprimo como un limón —y hasta sacó la lengua para hacer el gesto de exprimirlo. Nos teníamos que tronchar con ella.

Mi madre llevaba ya varios meses de relación con Ricardo y les iba fenomenal. Habían sellado su amor en un viaje del IMSERSO y desde entonces no se habían separado.

Los chicos se acercaron y nos escucharon hablar de eso del IMSERSO. Nos preguntaron qué era y les explicamos.

—Muy bien, nosotros también podremos ir los cuatro a ese tipo de viajes cuando seamos mayores —rio Andrew.

—Mira, a nosotras no nos deprimas, que tenemos mucha vitalidad todavía —le contestó mi amiga — De hecho, deja que nos tomemos dos o tres copitas más y os vais a enterar “de lo que vale un pene...” —dijo esa última frase en español.

—Serás cacho de burra, será “de lo que vale un peine” —dije.

—De eso nada, cada una se entera de lo que le conviene —me sacó la lengua.

El momento de los bailes tradicionales tampoco tuvo desperdicio. Un violinista y un flautero empezaron a entonar los típicos *cèilidh*.

El baile lo abrimos las dos parejas y, aunque habíamos ensayado varias veces la coreografía, al final la cabra tiró al monte y, entre risas, en un momento dado, nosotras nos perdimos y acabamos bailando más o menos que por peteneras.

Después se unieron todos los invitados y nos pusimos a bailar en círculo. Alexandra, ya un poco perjudicada, no paraba de decir que allí se daban más vueltas que en la “olla” de la feria y los chicos y yo no podíamos parar de reír.

Pero todavía teníamos mucho que mover el esqueleto. Un grupo de música en directo que habíamos contratado tocó unos clásicos del rock y del funk, que nos hicieron vibrar de emoción a todos, incluidos a los mayores.

—Esto ya es otra cosita —me decía Alexandra, cada vez con más copitas...Que antes parecía que estábamos en el anuncio de “Sidra el Gaitero, famosa en el mundo entero...”

Momentos emotivos no faltaron por doquier en la boda. Nos hicimos un millón de fotos y el corte de la tarta, cuando les ensuciamos la cara a ellos y salimos corriendo para que no nos la devolvieran fue apoteósico.

Alexandra clavó un tacón en la tierra y se cayó, yendo Alec a caer sobre ella. Andrew le cogió de la chaqueta para evitarlo y, del impulso fue tras él y a mí no me dio tiempo a frenar y quedé encima de los cuatro. Cameron immortalizó el momento más surrealista y divertido del enlace.

—La madre que os va a parir de nuevo que me habéis caído todos en lo alto —decía ella, con el vestido embarrado y escupiendo tierra... Esta me la cobro, arrieritos somos —decía.

Al final del día no podíamos haberlo pasado mejor. Jamás se nos podría haber ocurrido un escenario más apropiado para celebrar nuestra boda que las tierras que vieron comenzar nuestras historias de amor.

A una cierta hora de la noche, los invitados comenzaron a despedirse y, poco a poco, nos quedamos solo los más íntimos.

—Me llevo también a vuestra madre y a la tía Lisbeth para la casa —dijo Cameron.

—Y nosotros nos retiramos ya igualmente dijeron nuestras madres, por ellas y sus parejas. Se fueron todos juntos para la casa de Cameron y Megan que estaban encantados de alojarles.

Quedamos los cuatro frente al lago y, cogidos de la mano, nos dividimos por parejas en aquel maravilloso escenario natural.

—¿Lo has pasado bien, mi niña? —me preguntó Andrew.

—¿Tú qué crees? —le respondí, irradiando amor —ha sido el mejor colofón que podíamos darle a nuestra historia. Nunca pude imaginar un final mejor para un paseo por las Highlands.

Capítulo 29



Ya estábamos montados en el avión que nos llevaría rumbo a nuestra luna de miel. Hawái era el destino escogido, aunque fue en lo único que no hubo consenso.

Cada uno de los chicos votaba por lugares dispares. Andrew, como amante de todo lo tradicional, quería ir a Japón, Alec se decantaba por Australia, Alexandra por Nueva York y yo por Hawái.

¿Cómo me salí con la mía? Pues fue un simple “pito, pito, gorgorito”, el que hizo que mi elección triunfara.

En principio no teníamos ninguna predilección al respecto y decidimos alojarnos en la isla de Oahu, donde está ubicada Honolulu.

—Al final va a ser buena idea la tuya, Adara, porque por mis mulas que me muero por ver a estos dos con la guirnalda de las flores.

La cara de los chicos era todo un poema. Nos desternillábamos. Por toda respuesta cada uno levantaba una ceja.

—Desde luego que yo estoy loca también por verlo, dije.

—Vosotras sois dos piezas, buenas —añadió Andrew, cogiéndome por la cintura y pegándome un besazo de tornillo.

—Espera, espera, que voy a provocar un poco al mío que yo quiero otro de esos —dijo Alexandra.

—Al tuyo no hace falta que lo provoques, tenerte cerca, solo olerte o simplemente intuirte me pone...

—Sí, sí, te pone más caliente que el palo de un churrero, eso ya lo sé yo... —dijo ella, mientras avanzaba por el aeropuerto.

Si algo dejaron claro nuestros ya maridos desde el principio es que, en la luna de miel no se escatimaba en gastos, así que ya sabíamos que en cuestión de dinero no había quien les llevara la contraria.

Fue así como llegamos a un resort de lujo que nos dejó con la boca abierta. Desde el principio ya sabíamos que, el de Hawái también iba a suponer un paseo al paraíso.

Los chicos llevaban un súper listado con cosas que hacer porque nos explicaban que tenían ganas de ver las selvas tropicales, los paisajes escarpados y aquellos acantilados de infarto.

—Pues cuidadito con tanto infarto que, como queráis hacer muchas tonterías, llamo a mi suegra y les digo que nos vais a dejar viudas. El chillido se va escuchar desde aquí aunque apague el teléfono —soltó Alexandra, una vez nos habíamos instalado.

—¿Cuál es tu plan entonces, listilla? —le saqué la lengua.

—El mío es ponerme ciega a comer, de lo más morenita en la playa y dejar que mi chico me dé relajantes masajes —dijo ella, con total convencimiento.

—Pues anda que... —dije, riendo.

—¿Anda qué? Ten en cuenta que ahora vivimos en las Highlands, guapita de cara, que muy bonita y todo lo que tú quieras, pero allí el sol trabaja menos que los Reyes Magos, que solo lo hacen un día al año y además con ayuda...

Nada más llegar y la primera en la frente para los chicos. Los empleados del hotel, con su amplia sonrisa y amabilidad características, nos dieron a entender que allí había que lucir un *Lei*, que es la famosa coronita de flores sí o sí, como muestra de afecto.

—Encima que los chiquillos son de lo más cariñosos —dije riendo, al observar la cara de Andrew y Alec con la sonrisa forzada para la foto.

Ver a nuestros Highlanders, que en el fondo eran dos pedazos de pan, pero con su pinta varonil y las guirnalditas hizo que las dos tuviéramos cachondeo para rato.

—¡Foto y para el Face cagando leches! —dijo Alexandra.

Y antes de que ninguno de los dos pudiera decir “esta boca es mía”, la foto empezó a recibir likes a diestro y siniestro.

—Lo que no haga uno por su mujer, hermano —reía Alec, negando con la cabeza.

—Sí, menos mal que ya tenemos una edad, porque esto nos pasa de chavales y de vuelta a las Highlands nos tenemos que abrir la cabeza a pedradas con los colegas de la que se iba a formar —dijo Andrew.

Aquel primer día aprovechamos para relajarnos en la playa, para regocijo de Alexandra, que nos decía una y otra vez que eso estaba muy bien...

—Es que, como me queráis estresar, os doy una pastillita para los nervios a cada uno y me quedo en la gloria —decía con todo el arte del mundo.

—Esto es vida —dije yo.

A nosotras todavía se nos notaba el moreno que cogimos en Málaga antes de casarnos, pero los chicos estaban más blancos que dos pescadillas.

—Ahora fuera de cachondeo, yo necesitaba relajarme. En mi vida podía haberme imaginado que organizar una boda implicaba tantos detalles —dijo Alexandra.

—Es que la nuestra no era una boda cualquiera, mona. Era una boda internacional —dije, con ganas de buscarla un poco.

—Por eso, por eso, yo he acabado más cansada que la mula de Juan Valdés —dijo ella.

—Pero cabrona, qué estás diciendo, si no nos lo han podido poner más fácil.

—Sí, sí, pero una tenía en el cuerpo el estrés de ser la novia, tú no lo entiendes —me dijo, sacándome la lengua.

—Que va, que va, yo ni idea... —dije.

—Lo mejor de todo, es que aquí, en la playa no hay mucho que contar, cuñado —dijo, mirando a Andrew —vamos, que no tienes que vomitar la enciclopedia. Esto es solo agua y arena —y la muy jodida hizo un gesto y repartió arena a punta pala.

—Yo te majo, puñetera —me has acertado en toda la boca, dije corriendo para el agua.

—Esta por la de la boda, que allí tuve yo lo mío —dijo, haciendo el gesto de escupir arena —ya os dije que “arrieritos somos...”

De vuelta al hotel apostamos a ver quién tenía narices de repetir ciertos nombres en hawaiano. Nosotras, por ser hispanohablantes, lo teníamos bastante más fácil, porque la pronunciación de las

letras es igual que en español.

Los chicos no habían caído en la cuestión y los teníamos locos.

—Pues un poco torpes sí que sois. A ver, no me había dado yo cuenta —decía ella, quedándose con ellos.

—Huy, huy... ¿y si se descubre un fallo en la luna de miel no podemos reclamar? —le preguntaba yo.

—Yo creo que sí, amiga, me parece que dijo el cura que teníamos quince días, si encontrábamos alguna tara...

—Tara, os vamos a dar nosotros cuando llegemos al hotel —decían los chicos, cogiéndonos por la cintura.

Teníamos unas ganas de cachondeo impresionantes y aquella noche íbamos a asistir a un espectáculo de danza *hula hula*.

—Esto va a estar muy bien —les dije. Es como en las pelis esas de Elvis Presley, con las bailarinas con ondulantes meneos de cadera...

—Hombre, mal no suena —dijeron ellos.

Con lo que no contaban era con la posibilidad de que los sacaran a bailar a ellos y los dos se quedaron como dos pasmarotes mirándonos cuando los señalaron.

—Entre las dos los empujamos para que acompañaran a las bailarinas y la cosa tuvo miga porque, aunque en principio se quedaron rígidos como dos palos, después empezaron a moverse y tuvieron arte para parar un tren.

—¡Ole la madre que os parió que es mi suegra! —chillaba la loquilla de Alexandra mientras los vitoreaba.

Al final lo hicieron de escándalo y todo el público les aplaudió. ¡Había que joderse, dos Highlanders triunfando a golpe de cadera en Honolulu!

Tal cual estaban bailando, les hicimos un vídeo que enviamos a sus padres y tía. Cameron no daba crédito y decía que “quiénes eran esos chicos y qué habían hecho con sus hijos”, mientras que Megan y Lisbeth afirmaban que nuestra influencia les venía fenomenal.

Después de la cena y el espectáculo vinieron las copas y la noche prometía.

—Mira cuñado, este es el listado que he hecho yo. El de los combinados que tenemos que probar. Ya podéis ir a por unos *Blue Hawaii*...

Estaba claro que aquella noche la íbamos a coger mortal, pero la ocasión no era para menos. Entre risas y bromas caían también el *Mai* —*Tai* y, por si faltaba algo, el *okolehao*...

—Venga, ahora lo tenéis que repetir vosotros —los desafiábamos una y otra vez, más que achispadas, a que dijeran los nombres de las bebidas.

Los pobres iban y venían a pedir, negando con la cabeza.

—Ya sabíais dónde os metíais cuando todo esto comenzó. Yo ahora no quiero saber nada —decía ella.

—Otro *okolehao* —decía yo —que no un cola —cao, no os vayáis a equivocar.

Los dos demostraban tener más paciencia que Jobs y a nosotras nos gustaba tela marinera darles caña.

—¿Sabéis que está hecho con la planta Ti? —preguntaba Andrew.

—Será Té, ¿no? —decía yo, borrachuza perdida.

—Serás tú —me decía Alexandra, que tenía un punto impresionante.

—Será tu abuela —le contestaba yo, ante la incredulidad de los chicos, que tenían mucho más aguante con la bebida.

El caso es que, aunque no teníamos una, sino una docena de copitas de más, antes de meternos en el hotel nos sentamos un ratito en la playa.

Allí, en un escenario tan distinto al que empezó todo, nos tumbamos en la arena, cada una con su chico a mirar las estrellas.

Yo pensaba que no se podía ser más feliz. Lo que había empezado como una aventura se había convertido en el amor de mi vida.

Con el efecto de las copas, pensé en qué lejos quedaban ya Marcos, su madre y, si me apuraba, hasta el mono Amedio.

Al día siguiente teníamos concertada una visita a Big Island y sus volcanes activos.

Aquello cogió por sorpresa a Alexandra a quien procurábamos no darle esas noticias con demasiada antelación por no escucharla.

—¡Yo me voy a cagar en todo lo que se menea! ¿No os parece que hace suficiente calor en la playa para que tengamos que tentar la suerte y meternos en un volcán?

—No seas así. Los chicos también tienen derecho a proponer planes —le decía yo, sabiendo que le iba a dar bien al pico.

—¡Ay, puñetas! ¿No son Highlanders? Yo no sé qué se les ha perdido en un volcán. Si todavía me dijeras que van a una lucha o algo...

—Claro, con su escudo y con todo, pero va a ser que no, bonita. Va a ser que son Highlanders de nuestros tiempos.

En aquellas ocasiones resultaba curioso que los chicos solían callar y escuchar nuestra retahíla como si no fuera con ellos, muertos de la risa.

—Bueno, podemos hacer una cosa —dijo Andrew. Como según tú, lo que nos va es lo de las batallitas y las guerras, pasado mañana nos vamos a la base naval de Pearl Harbor.

—Otra te pego, gallego. Me vais a dar el viaje. ¿Qué se nos ha perdido a nosotros en esa penuria?

—Es historia, mujer —dije.

—Pues si tanto te interesa, te vas con él y ya nos contáis, que a mi Alec le contaré yo otra historia que le va a gustar más en la habitación del hotel, ¿a que sí? —dijo.

El pobre Alec negaba con la cabeza y el caso es que sabíamos que ella era “perro ladrador, poco mordedor” porque al final por la mañana se calzaría las zapatillas y sería la primera que enfilara para cualquier lado.

Hacíamos un equipo fenomenal y, en ese instante, pensé que todos mis fantasmas del pasado habían desaparecido. El día que decidimos ir a las Tierras Altas nuestra vida cambió.

Yo no era la misma Adara de antaño. Ahora era una mujer fuerte que sabía de dónde venía y hacia dónde iba, pero sobre todo lo que quería: seguir compartiendo mi vida con aquel Highlander en cuyo regazo sabía que nada malo podría volver a ocurrirme.

Epílogo



5 años después...

—Logan, palabra de honor que como no te tomes el cacao no vas a pasear con el abuelo Cameron por las tierras esta mañana —dije.

—No te preocupes que con esa amenaza no tarda ni un segundo —añadió Andrew que estaba sentado frente a él en la mesa.

—Es que yo no sé qué se le representa a este niño la leche, pero vaya tela —reí.

—“Ya tá”, mamá —añadió el enano con aquella sonrisa picarona que me volvía más que loca. Otro Highlander que me tenía en el bote, ¡era mi sino!

Logan acababa de cumplir tres añitos y era nuestro único hijo. Elegimos ese nombre en honor al hermano fallecido de Megan y Lisbeth. El día que les hablamos de nuestra elección fue muy emocionante para ellas.

Por su parte, Alexandra y Alec tenían dos niñas, Adaira y Nerys, de dos añitos y seis meses de edad, respectivamente. Adaira era un nombre escocés casi idéntico al mío y esa fue la razón por la que Alexandra quiso escogerlo.

Así me lo comentó tan pronto subo que era una niña, de la que Andrew y yo éramos los padrinos, de la misma forma que ellos lo eran de Logan.

Desde el primer momento, las dos parejas estuvimos de acuerdo en el que lo ideal es que los niños fueran bilingües, por lo que nosotras les hablábamos en español.

Nuestra vida en las Highlands no podía transcurrir más plácida. Transcurrido el período de excedencia, tiempo que ambas parejas nos tomamos para saber dónde fijaríamos definitivamente nuestras residencias, no hubo duda.

—A mí no me mueven de aquí ni con una grúa —dijo aquel día Alexandra, en una comida familiar, con su tono desenfadado de siempre.

—Pues yo digo lo mismo “del barco de Chanquete, no nos moverán” —solté y les tuve que explicar que esa frase pertenecía a un capítulo de la emblemática serie Verano Azul.

—Menos mal, hijas, no podríamos vivir sin todos vosotros, hijos, nueras y nietos —dijo Cameron.

—Ni ellos sin sus abuelitos y tita abuela —dijimos nosotras.

Ambas coincidíamos en que no había un sitio mejor en el mundo para criar a nuestros hijos que en plena naturaleza, en las Highlands. En realidad, lo supimos desde el primer día, la excedencia era un mero trámite.

—No me gustan las niñas repipis, decía siempre Alexandra — Las mías como si se revuelcan por el barro que ya se lavará todo.

Una explicación muy sencilla pero que resumía la esencia de nuestra vida en las Tierras Altas, los niños, al menos los dos mayores porque Nerys era todavía muy pequeña, corrían libres por aquellas tierras y su imaginación era desbordante.

—Por eso no te preocupes que los tenemos completamente asilvestrados —solía contestarle yo.

Pese a todo, el carácter de Logan era algo más apaciguado y, a menudo, era su prima Adaira la que le zumbaba algún zurriagazo cuando nadie los veía. Luego solía venir y me decía “la pima ma pegado” y su cara era todo un poema.

—Pues tú no seas carajote y le das a ella también —le decía Alexandra.

Todos los demás se morían de la risa con aquella expresión suya “carajote”, hasta yo que la había escuchado toda la vida.

—No, Logan — le decía siempre Andrew —La prima es una dama y a las damas se las respeta —él siempre tan caballero, en su línea.

—La prima es un bicho y le mete cada meco al pobre que el día que se vuelva él y le dé uno se le va a quitar todo el cachondeo —respondía Alexandra.

Nuestra vida seguía siendo de lo más divertida y los niños no habían sido más que un extraordinario aderezo que le había dado todavía más chispa a nuestras relaciones.

En cuanto a los abuelos se les caía la baba con todos ellos, igual que a la tía Lisbeth que, desde el día que puso los pies en aquella casa, ya nunca volvió a marcharse. Vamos tres cuartos de lo mismo de lo que nos pasó a nosotras.

—Si es que dónde mejor van a estar estos que corriendo por aquí. No les faltan más que las lianas para ser como Tarzán —solía comentar yo.

—Ya te digo —contestaba Alexandra —te digo yo que no van a ver una consola ni de lejos. Por ahí no paso. Por lo menos mientras sean pequeñas.

Y es que allí no hacía falta. Tenían todo lo que querían y, por si podía faltar algo, los abuelos les pusieron un miniparque infantil para ellos en las tierras, con columpios, juegos de bolas...

El día que lo vimos nos quedamos todos patidifusos. Fue en el segundo cumpleaños de Logan y alucinamos.

—Papá, esto rompe un poco la estética del lugar —dijo, riéndose Alec y recordándole a su padre eso que siempre decía de que las construcciones allí tenían que estar en consonancia con el paisaje.

—Esto les gusta a mis nietos y tú te callas —le dijo él, guiñándole los ojos a los niños —hay muchas tierras para contemplar. Al que no le guste, que mire para otro lado.

Eran los abuelos más amorosos del mundo. Una noche en semana, la de los sábados, teníamos por costumbre que los niños se quedaran a dormir con ellos en su casa, en un gran dormitorio infantil que habilitaron y que era de cuento de hadas.

—Así siempre podemos disfrutar un poco más de la vida en pareja —decía siempre Alejandra —porque hay que darle mucho al molinillo para que la pasión no decaiga.

¡Y por supuesto que no decaía! Todo lo contrario. Los cuatro parecíamos cada vez más enamorados y poder llevar relaciones paralelas juntos, pero no revueltos, en las mismas tierras era todo un privilegio.

En cuanto a nosotras, en conjunto decidimos que sería fenomenal que pudiéramos dedicarnos a los peques y así lo hicimos. Además, no sentíamos que fuéramos una carga ni mucho menos pues siempre estábamos echando una mano.

Al fin y al cabo, no faltaba trabajo tanto en las casas como en las tierras y, aunque vivíamos

divinamente y no nos faltaba ni un detalle nos encantaba sentirnos útiles.

—No tenéis por qué hacer absolutamente nada —nos decían a veces los chicos, cuando estábamos juntas.

—A ver, que esta y yo tenemos mucho glamour —solía contestar Alexandra, pero que no somos unas señorítingas, vamos que no se nos caen los anillos por echar una manita.

—Bueno, bueno, pero con cosas livianas, por favor, que ya sabemos que tenéis más cojones que... ¿cómo es Alexandra? —preguntaba a veces Alec para que ella le repitiera esa frase que tanta gracia les hacía.

—Más cojones que el caballo de Espartero —decía, mientras ellos se tiraban de la risa.

En lo referente a nuestras familias, llevábamos el tema fenomenal. Los padres de Alexandra y mi madre con Ricardo se habían puesto en ocasiones de acuerdo para venir a vernos y se repartían entre nuestras casas.

Cuando eso ocurría a los niños ya sí que no les faltaba un motivo para estar pletóricos y las madres nos quejábamos de la que “nos iba a caer después con tanto mimado suelto”.

La suerte es que los abuelos se limitaban a eso, a mimar, pero en ningún momento se metían en la educación de los niños, que corría a cargo exclusivo de nosotros los padres, por lo que nunca había ningún problema.

Justamente aquel día era una de esas maravillosas ocasiones en las que ellos llegaban de Málaga y se iban a quedar dos semanas. Una vez que los recogieramos en el aeropuerto, disfrutaríamos de un gran almuerzo familiar en casa de Cameron y Megan.

Por nuestra parte, también habíamos ido varias veces a Málaga y tuvimos la suerte de hacer partícipes a los niños de todo lo que representaba nuestra cultura.

De hecho, aparte de que fuéramos en alguna ocasión más, siempre nos reservábamos quince días en verano que coincidiera con la feria.

Eran días en los que los niños disfrutaban al máximo del sol y la playa y en los que los vestíamos de corto y de faralaes, de modo que nuestros pequeños escoceses pisaban con garbo nuestra amada feria.

Nosotras también nos vestíamos y lo mejor de todo es que conseguimos que los chicos también lo hicieran. Andrew y Alec eran dos benditos y daban un brazo porque estuviésemos contentas.

—Pasan por todos los aros los pobres —le decía confidencialmente a Alexandra, cuando estábamos solas.

—Nos tienen que querer tela, porque si no, nos hubieran mandado ya a hacer unas pocas de puñetas a las dos —reía Alexandra.

Incluso Cameron, Megan y Lisbeth nos acompañaron un verano y disfrutaron como locos de toda la esencia de Andalucía, espetos malagueños incluidos.

Después del desayuno, dejamos a los peques con los abuelos y, en dos coches, nos dirigimos los cuatro a recoger a nuestros respectivos padres al aeropuerto.

El reencuentro fue de lo más emocionante, como cabía esperar.

—Hija de mi vida que guapísima estás —me decía mi madre —Y tú, Alexandra, ¿es que llevas los niños en un canasto en vez de en la barriga? Por Dios hija, cualquiera diría que has dado a luz hace seis meses. Estás hecha una modelo —le comentaba.

—Arte que tiene una, buena vida y mucho ejercicio, no os voy a decir cuál exactamente —soltó con todo el descaro.

La llegada a la casa familiar fue todo un acontecimiento. Cameron, Megan y Lisbeth habían dispuesto una mesa en la que había comida para un regimiento.

—Vaya mesa, Megan. Esto es un recibimiento de reyes. Siempre es un placer venir a estas tierras —le dijo mi madre.

—Estas tierras sí que agradecen la llegada de los padres de nuestras niñas —les dijo ella, pues así nos llamaban cariñosamente a Alexandra y a mí.

El almuerzo fue de lo más ameno. Era lo que tenía el contraste entre aquellos mundos y el vivir separados buena parte del año, que cuando estábamos todos juntos nos faltaba tiempo para contar anécdotas que a los unos y a los otros nos hacían reír mucho.

Una vez hubo finalizado, el abuelo Cameron quiso decir algo. Nos quedamos todos expectantes.

—Bueno, hace tiempo que me rondaba la mente hacer un regalo a mis nietos. Intento inculcar en ellos el amor a la naturaleza como hice con mis hijos...

—Eso ya lo sabemos, marido, pero suéltalo ya que nos tienes a todos en vilo —dijo Megan.

—Nada, es simplemente que tengo unos bonitos potros que el día de mañana serán caballos para ser montados por ellos. Tiempo hay porque los niños son todavía pequeños —dijo.

Mientras lo decía, varios de los empleados de la finca los trajeron para regocijo de los niños, que saltaban, brincaban y se deshacían en halagos con aquellos preciosos animalitos.

—Total, que la familia crece —dijo Andrew, sonriendo.

—Parece ser que sí porque, entre lo de hoy, y que en unos meses llegará uno más, esto es un trajín —dije, con la más grande de las sonrisas en la cara y llevando la mano de Andrew a mi vientre.

Pude notar cómo aquella mano temblaba, de la misma forma que lo hizo el día de nuestra boda y al sostener por primera vez al pequeño Logan.

Mi fuerte y varonil Highlander era a la vez el hombre sensible al que aquellos maravillosos acontecimientos de la vida le habían dado la oportunidad de demostrar hasta qué punto era noble.

La forma en la que me miró me llegó al alma y me hizo recordar por qué cada día renovaba con ilusión la promesa que aquella bonita mañana le hice frente al altar.

Andrew aunaba todo lo que siempre había deseado en un hombre: fuerza, sensibilidad, nobleza y capacidad de amor por encima de todo y de todos.

Mientras las felicitaciones de nuestros familiares caían sobre nosotros a puñados, entre abrazos y lágrimas, me sentí la mujer más dichosa del mundo.

Terminado el almuerzo dimos una vuelta a solas en la que le conté a Andrew los detalles de la noticia y le hice ver que bendita la hora en la que decidí dar un paseo por las Highlands.